



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA Y
TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA
COMPARADA

TESIS DOCTORAL:

**ENTRE LA ANGUSTIA Y LA ESPERANZA: UNA LECTURA
DEL MUNDO RURAL CASTELLANO, DESDE LA
PERSPECTIVA DE MIGUEL DELIBES, EN LAS NOVELAS
EL CAMINO (1950) Y *LAS RATAS* (1962)**

Presentada por Gracineia dos Santos Araújo
para optar al grado de
doctora por la Universidad de Valladolid

Dirigida por:

Prof. Dr. José Ramón González García

2014

A todos los *tabaréus da roça* y a mi
padre, José Augusto, (*in memoriam*).

AGRADECIMIENTOS

Quisiera, en primer lugar, emitir los más sinceros agradecimientos a mi director de tesis, el profesor José Ramón González, por su apoyo incondicional, su paciencia, dedicación y aportaciones de gran relevancia para este trabajo.

A mi madre Maria das Graças, por la combinación de vida, de sueños y esperanza que me ha brindado.

A mis hermanas Gracione y Graciêda, por ser mi pilar de apoyo.

A mis sobrinos Luis Augusto y Arthur, por llenar mis días de humor y de *saudade*.

A Rejane, por no dejarme caer.

A Néstor, por sacarme de las *tinieblas*.

A David, por su apoyo, cercanía y optimismo.

A Cleciana, Angelo, Martha, Martinha, Adam, Patricia, Liza, Ilanit, Taís, Tiago, Cilene, Cecilia, por estar siempre cerca y disponible.

A Zé da perua, sô Raimundo, por su auténtico vanguardismo en la superación de lo rural como sinónimo de inferioridad.

A los muchos *tabaréus da roça* que, en su lucha por la supervivencia en el mundo rural, siguen poblando mis recuerdos: Onofre, Miguelina, Titonho, Maria da Bila, Luis da Maia (*in memoriam*), entre otros, con los cuales compartí momentos inolvidables en mi infancia.

A Mari Carmen, Josefa, Javier y Jolanta, por mostrarme el camino que me condujo a Miguel Delibes.

Al profesor César Real (*in memoriam*).

Al profesor José Antonio Fernández Delgado, por su sobresaliente humanismo, sin el cual no hubiera podido llegar hasta aquí.

Al Cansanção, mi primer mundo, por aportar la esencia de lo que soy, a partir de sus colores, olores, sonidos y sabores, alegrías y tristezas.

A la Universidad de Salamanca y a la Universidad de Valladolid.

A la Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo Científico.

Agradezco, al final, a todos los amigos y familiares que han estado presentes, con relevancia, en mi trayectoria académico-profesional y personal, tanto en Brasil como en España, de manera directa o indirectamente.

La novela hoy, antes que divertir – para eso ya están el cine comercial y la televisión – debe inquietar.

Miguel Delibes

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar la representación de la Castilla rural en un corpus de dos novelas del escritor Miguel Delibes (1920-2010), que son *El camino* (1950) y *Las ratas* (1962), obras que reflejan las preocupaciones centrales del autor. Para eso, resaltamos la condición del texto literario como arte, teniendo en cuenta el momento histórico-social y político-cultural de la España de postguerra, en que destacamos el papel del escritor que se indigna con las circunstancias de abandono, miseria y hambre que afligen a la sociedad rural de Castilla. Sin la intención de hacer un mero retrato de la realidad, la literatura de Delibes se sobresale como un vehículo transmisor de los anhelos y necesidades de las poblaciones rurales, pero también de crítica y denuncia social, lo que constituye el eje del conjunto de las obras estudiadas.

Palabras-clave: Miguel Delibes. Castilla rural. Literatura española.

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyze the representation of rural Castile in a corpus of two novels by the author Miguel Delibes (1920-2010) which are *El Camino* (1950) and *Las Ratas* (1962), books that reflect the central concerns of the author. To do so, it is highlighted the status of the literary text as art, taking into account the socio-historical and political-cultural moment of postwar Spain. It is emphasized the role of the writer who is indignant with the circumstances of neglect, poverty and hunger that afflict rural society of Castile. Without falling into the pretension of making a mere portrayal of reality, Delibes literature not only stands as a vehicle for transmitting the wishes and needs of rural populations, but also brings an important matter of social criticism and complaint, which is the backbone of all the works studied.

Key words: *Miguel Delibes. Rural Castilla. Spanish Literature.*

SUMARIO

I - INTRODUCCIÓN	15
1.1 Miguel Delibes, el escritor de Castilla	19
1.2 La consagración de la narrativa del <i>cazador-que-escribe</i> y la defensa casi elegíaca del campesino y campo castellanos	33
II - LA HISTORIA Y LA LITERATURA	43
2.1 Contexto histórico y literatura	43
2.2 Modernidad: complejidad y cambio social	53
2.3 Castilla en la historia: relatos de un mundo no tan nuevo	67
2.3.1 Un personaje especial: la Castilla rural	73
2.3.2 La Castilla rural pintada en la producción literaria delibeana: como relato y como ficción	83
2.3.3 La Castilla rural en su esencia	91
2.3.4 Migraciones y despoblamiento en el mundo rural castellano como un grave problema social	103
III – LA FIGURACIÓN DEL ESPACIO EN LA LITERATURA	123
3.1 El protagonismo del espacio en la narrativa delibeana	123
3.2 El espacio rural castellano en la ficción de Miguel Delibes	135

IV - CONFORMACIÓN DEL MARCO RURAL EN LA NOVELÍSTICA	145
4.1 Breve discusión sobre la realidad y la configuración del <i>corpus</i> elegido: ambiente e individuos/personajes	145
4.1.1 Representación de la vida cotidiana en el mundo rural castellano y el drama de abandonar el pueblo como salida para progresar: la ficción de <i>El Camino</i>	157
4.1.2 Abismos sociales en el campo castellano: la ficción de <i>Las ratas</i>	185
4.1.3 Las novelas <i>El camino</i> y <i>Las ratas</i> : una configuración de la combinación entre ficción y realidad	217
V- CONSIDERACIONES FINALES	229
VI- REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	241

I - INTRODUCCIÓN

Tras la guerra civil española (1936-1939), los problemas existentes en el medio rural castellano y las dificultades económicas de España dieron lugar a la necesidad concreta de una literatura comprometida con la problemática social. Autores como Miguel Delibes han mostrado a la sociedad española que a través de la literatura es posible agitar las conciencias, a fin de evitar que se cometan los mismos errores del pasado y se redimensione el presente, con la mirada siempre puesta en el futuro. En este sentido, el escritor de Castilla decide salir “a cuerpo abierto” a criticar la situación de abandono y miseria que aflige especialmente al campo y a los campesinos castellanos, preocupándose del hombre como individuo. De ahí que extienda su preocupación, también, hacia la urbe, sinónimo de “civilización” y “progreso”, y todo lo que ello conlleva.

Miguel Delibes (1920-2010), el *cazador-que-escribe*¹, trae a la luz la necesidad de redimensionar las políticas agrícolas de desarrollo rural. Al mismo tiempo, el autor trata de dar visibilidad a una cultura en trance de desaparecer, contribuyendo directamente a la transformación y la disminución de los abismos sociales existentes entre el universo campesino y la ciudad.

La actitud de Miguel Delibes ante la problemática existente en el marco rural castellano, de denuncia social y, por consiguiente, el cuestionamiento del sistema vigente, se refleja en obras como *Las ratas* (1962), a través de la cual el autor

¹Término utilizado por frecuentes titulares de diarios y revistas, en el año 1975, como consecuencia del nombramiento del escritor Miguel Delibes a la Real Academia Española, lo que señalaba, desde aquél entonces, la vocación campestre del escritor castellano.

emprende una campaña en defensa de la reorganización de las estructuras económicas y sociales del campo castellano y en pro de la protección de las comunidades agrícolas. No obstante, es en *El camino* (1950) que el autor inicia la defensa casi elegíaca del campesino y del campo castellanos. En esta obra, el escritor vallisoletano traslada una auténtica imagen de lo cotidiano en las aldeas y pueblos de su Castilla natal, completamente alejada de idealizaciones; refleja una vida que se desenvuelve entre la angustia y la esperanza.

El *corpus* de novelas seleccionado para este trabajo posee algunas características en común, como son la localización geográfica o el lenguaje; o temas que se repiten, como el abandono del campo o la exclusión social, etc. No obstante, los argumentos son diferentes e independientes. Con base en esta perspectiva, analizaremos los textos elegidos como una gran pantalla construida por el escritor que se configura de manera distinta en una obra u otra, pero con un repertorio discursivo común. Esta gran pantalla permite que cada narrativa esté estrechamente relacionada, converse con la otra de manera integrada, al mismo tiempo que se amplía o se modifica y se completa, encadenando elementos que posibilitan configurar el todo construido por el autor.

El objetivo de esta tesis es analizar la representación de la Castilla rural a partir del *corpus* seleccionado, con la perspectiva de subrayar la preocupación del autor durante el período de la postguerra, cuya producción literaria responde a la necesidad intelectual de tomar partido ante la problemática existente en el universo campesino. El escritor se implica en el contexto nacional, especialmente en su Castilla natal, motivado por la certeza de la relevancia del texto literario como

vehículo de transformación social. Por esa razón, además del *corpus* elegido y analizado más detenidamente, en esta investigación creímos importante recurrir a otras obras literarias de Miguel Delibes, como forma de complementar nuestra reflexión. Se trata de incursiones que, aun de forma breve, consideramos relevantes para nuestro trabajo.

Al relacionar la producción literaria de Miguel Delibes con la sociedad, en el primer capítulo tratamos de presentar al escritor y la coyuntura político-social de su obra; en el segundo capítulo discutimos sobre los cambios sociales a consecuencia de factores como la modernización, como forma de proyectar la posible implicación del autor con la realidad, a partir del quehacer literario.

En el tercer capítulo destacamos el protagonismo del espacio rural castellano en la ficción delibeana, relacionándolo con estudio literario y su aproximación a la realidad; en el cuarto y último capítulo, analizamos detalladamente las obras seleccionadas para este trabajo, que son *El Camino* y *La ratas*, en las cuales se explicita el pensamiento del escritor de Castilla y se evidencia su preocupación por el campo y el campesino castellanos.

Para finalizar, vale la pena resaltar que en esta investigación no pretendemos cerrar la discusión sobre la producción literaria de Miguel Delibes, sino que queremos dejar abiertas las posibilidades del debate y la invitación a la lectura. Además, se trata de confirmar la importancia del escritor castellano no solo en el ámbito de los estudios y la crítica literaria, sino también en las cuestiones político-sociológicas que conciernen al mundo rural y a la sociedad en general.

1.1 Miguel Delibes, el escritor de Castilla

“Delibes ya forma parte del paisaje castellano, pero es que ese paisaje que nos describe en sus novelas ha de contemplarse no sólo en toda su extensión, sino en su altura y en su profundidad.”

Ramón Buckley

Miguel Delibes Setién (1920-2010), nacido en Valladolid, provincia de Castilla y León, es uno de los más relevantes escritores españoles de la contemporaneidad y puede ser considerado como el máximo exponente de la representación del mundo rural castellano. Su temor ante el progreso incontrolado y, por consiguiente, su implicación con la problemática existente en el universo campesino, le ha llevado a una defensa casi elegíaca del hombre y del campo castellanos, y al mismo tiempo ha convertido al escritor de Castilla en “el primer ecologista, el primer ‘verde’ español”².

Poeta, narrador, dibujante, ensayista y periodista, colaborador en diversos medios de radio y televisión, en diferentes periódicos y revistas; testigo del desmoronamiento del mundo rural y del acelerado deterioro del planeta, el escritor de Castilla alza su voz en muchas ocasiones en defensa del universo rural; denuncia la moral de dominación sobre la naturaleza y sobre las poblaciones, así como también el abandono y la miseria a la que está sometido el campo castellano. De esta forma se convierte en representante de los más débiles, al tiempo que da a

²Confesiones de M. Delibes in Alonso de los Ríos. Barcelona: Destino, 1993, p. 16.

conocer una realidad que está en trance de desaparición. El autor ha creado una obra sumamente significativa en la representación de los dramas del hombre rural, reflejando en sus textos la vida sencilla y humilde de las pequeñas poblaciones rurales de su Castilla natal, pero subrayando también la necesidad de redimensionar la política agraria social y económica destinada al campo castellano. Todo ello, recurriendo a la utilización consciente de un lenguaje cincelado con términos propios del universo campesino, quizás desconocidos para muchos lectores y para la sociedad en general.

Con una producción narrativa considerablemente extensa, gran parte de la cual se desarrolla específicamente en el marco rural castellano, el autor enfoca la realidad de esa región de soledades y abandono con la mirada siempre puesta en las grandes ciudades de España, una vez que estas, al reunir en su seno la “civilización” y el progreso, despiertan el interés y atraen a las poblaciones rurales. Desde la vida sencilla en la aldea, tranquila y cómoda, representada en *El camino* (1950), el escritor vallisoletano se desplaza por un considerable número de poblaciones rurales, marcadas por las desigualdades sociales de miseria y el hambre - algo que se subraya vehementemente en *Las ratas* (1962) -, y también por esos pequeños pueblos antiguos, con sus “cuatro casas mal contadas”, en los que el regreso del protagonista tras cuarenta y ocho años parece irónico (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, 1964), hasta llegar al vetusto y despoblado escenario de disputas políticas (*El disputado voto del señor Cayo*, 1978), donde la emigración se ha convertido en ley de vida.

Algunos años después de terminar la guerra civil, se hace visible en muchas manifestaciones intelectuales de la sociedad española, especialmente en el ámbito literario-cultural, la necesidad de tomar partido ante el oscurantismo presente en el país y de luchar a favor de la democratización. Gonzalo Sobejano (2005), uno de los más importantes críticos literarios y culturales de España, resalta la preocupación de muchos novelistas españoles de postguerra que, a través de lo que puede ser entendido como realismo en sentido amplio, prestan atención primordial a la realidad presente y concreta. Con base en las circunstancias reales del lugar y tiempo en que viven, estos escritores irrumpen en el escenario nacional con una literatura sobresaliente en el compromiso social, convencidos de la necesidad urgente de transformar la sociedad y el sistema vigente.

El período de la postguerra ha contribuido a la implicación del intelectual como elemento fundamental en el proceso de cambio social. En el caso de Miguel Delibes, su imagen va a estar relacionada con la representación de un pensamiento crítico colectivo, atribuyendo al arte un papel social, sin anular su valor estético. En estas circunstancias, con el eminente anhelo de traer a la luz la problemática social del mundo rural, de denunciar la indiferencia del sistema vigente en pro del redimensionamiento de las políticas agrarias destinadas al campo castellano, el intelectual “pinta” un cuadro creíble y verídico de la Castilla rural, sin caer en la trampa de proponer un mero retrato simplista de la realidad.

Los años 1936-1939, período en que ocurrió una de las mayores vergüenzas de la historia del Siglo XX, ocupan un lugar relativamente pequeño en la narrativa de Miguel Delibes. No obstante, las consecuencias de la contienda, y todo lo que ello

supuso para la sociedad española, especialmente para las poblaciones rurales, se ha destacado en su obra, trascendiendo las fronteras nacionales.

Siendo aun adolescente, Delibes vivió el conflicto desde muy cerca, sufriendo las consecuencias de la represión generalizada que alcanzó todos los aspectos de la sociedad y de la cultura española. En un escenario marcado por el odio y la sinrazón, el autoritarismo, la persecución y el miedo, la vida cultural y literaria entra en un profundo periodo de crisis, una vez que el nuevo orden impone su visión del mundo, intentando cohibir las libertades creadoras (crisis más visible todavía si comparamos la producción cultural de la inmediata posguerra con los fecundos años de la denominada “edad de plata”). En ese sentido, el papel de muchos intelectuales españoles fue el de contribuir a la construcción de un nuevo pensamiento, poniendo su obra al servicio del proceso de transformación, el cual exigía un compromiso que iba más allá de lo artístico-literario. En efecto, a partir de la postguerra, esta producción artística y literaria evidencia el anhelo de atenuar el oscurantismo cultural, evitando el sometimiento a las consignas del bando vencedor y sorteando de la mejor manera posible la omnipresente censura. De ahí que gran parte de los escritores estuvieran convencidos de que su misión consistía en dar a conocer –en desvelar- la problemática existente en la sociedad, extendiendo sus obras a la colectividad, como forma de advertir y subrayar las consecuencias negativas y/o los riesgos que suponían el no tomar partido ante la realidad que se vivía en aquellos momentos.

Miguel Delibes, uno de los escritores particularmente interesados en exponer la problemática existente en el mundo rural castellano de postguerra, hizo

visible en su literatura su disgusto y su indignación ante las contradicciones y la indiferencia de un orden social y político más atento al adoctrinamiento ideológico que a proporcionar soluciones a los problemas que aquejaban a amplios sectores de la sociedad española. El autor, en estas circunstancias, aprecia lo estético desde una mirada cuyas dimensiones tienen sus bases en el aspecto histórico y cultural, pero, principalmente, social. Todo ello, como un artista de su tiempo, con sentimientos bien anclados en su realidad, reflejados categóricamente en la expresión de su quehacer literario.

Apoyados en la valoración de Sobejano, es fácil aplaudir la actitud de los escritores que pusieron su literatura a favor del compromiso social, convirtiéndose en vanguardia en los tiempos que corrían, rompiendo el cascarón del *arte por el arte*, o el arte como entretenimiento, con la intención de contribuir a la construcción de una sociedad más justa e igualitaria. Desde distintos posicionamientos ideológicos y asumiendo las propuestas teóricas de las diversas variantes del realismo –desde el proletario al social o el crítico–, fueron muchos los escritores que durante los años del franquismo entendieron que su labor literaria no podía limitarse a la satisfacción de ciertas exigencias estéticas, y que era obligada cierta forma de intervención social. Miguel Delibes se acerca también a la literatura social-realista de postguerra, puesto que evidencia en varios de sus textos la necesidad de cambiar el rumbo de la historia. En ese sentido, observamos que el papel del escritor dista de ser anónimo; va mucho más allá de los intereses estéticos, con la intención de contribuir al bien común de la sociedad. Sin embargo, no podemos asignar al intelectual el exclusivo papel de transformación social ni considerarlo

como mero símbolo de la lucha en defensa de los intereses de la colectividad, adoptando una posición ideológica u otra, aunque sus obras reflejen, en cierto modo, su experiencia y su reflexión personal, pero también sus inquietudes, impregnadas de huellas ideológicas bien identificables en su producción literaria.

Debido a la declarada preocupación hacia los problemas del marco rural y su defensa del campesino castellano, la producción literaria de Miguel Delibes, mayoritariamente ambientada en su Castilla natal, forma parte de la literatura social que anhela representar, a través de la ficción, la realidad del universo campesino. Delibes aspira a insertar el espacio rural castellano en la literatura nacional, pero lo hace con un planteamiento diferente al de la literatura que se había hecho anteriormente sobre la región –en especial por parte de los escritores de la llamada Generación del 98. De este modo, la lectura de la realidad castellana que realiza Miguel Delibes se aleja de una manera clara de la de los defensores de una Castilla idealizada, interpretada en clave casi metafísica, y su escritura, ajena a todo intelectualismo, da preferencia a la realidad de los personajes y su entorno, con el propósito de “aguijonear” el sistema vigente, poniendo el dedo sobre la problemática social del momento. Esa avidez de tomar partido hace que surjan de la pluma de Delibes un conjunto de valiosas obras que no solamente abordan las cuestiones del marco rural, aunque este sea uno de los principales escenarios de su narrativa. Así, a las novelas que forman parte del corpus de estudio elegido, se le pueden sumar obras como *La hoja roja*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *Los santos inocentes* o *Cinco horas con Mario*. En términos generales, las historias narradas se ubican todas ellas en el periodo de la postguerra, y los textos abordan la realidad social cotidiana

con ideas claramente humanistas, pero también desde una perspectiva que no carece de implicaciones políticas. Con una obra que trasciende las fronteras nacionales, Miguel Delibes ha alcanzado la universalidad como escritor humanista, lo que le ha permitido conectar con público amplio de lectores y críticos, que han contribuido a ubicarlo en la pirámide de los clásicos contemporáneos, y son a su vez los responsables de mantener su obra viva, actual.

La escritora Pilar de la Puente Samaniego (1986, p. 08), al referirse al autor castellano, destaca que “nos hallamos ante un escritor, ante un artista cuya visión de las cosas se traduce en palabras, en módulos expresivos y giros idiomáticos peculiares”. Los diversos premios recibidos a lo largo de su carrera literaria demuestran la importancia del escritor castellano y son razones suficientes para elevarlo a la categoría de escritor universal. Mucho antes de su fallecimiento se había reeditado numerosas veces gran parte de su obra, y se sigue reeditando con frecuencia. Además, muchas de sus novelas alcanzaron una segunda vida al ser adaptadas al cine, como fue el caso de *El camino*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *El príncipe destronado*, *Los santos inocentes*, *El disputado voto del señor Cayo*, *El tesoro*, *La sombra del ciprés es alargada*, *Las ratas* o *Diario de un jubilado*.

La sólida trayectoria literaria de Miguel Delibes, desarrollada a lo largo de más de medio siglo de trabajo continuo, y objeto de numerosos estudios críticos, le permitió ocupar un lugar canónico entre los narradores españoles de la segunda mitad del siglo XX. Su nombre es ya indiscutible, pero me interesa especialmente resaltar y subrayar la importancia del escritor castellano en el abordaje literario de su tierra y su territorio, Castilla, una vez que es capaz, a través de su ingenio

literario, de ficcionalizar la realidad de un mundo poco conocido y en trance de desaparición, como es el universo campesino, partiendo de lo local para alcanzar posteriormente dimensiones universales. Su literatura, a diferencia de la que se había hecho hasta entonces sobre este entorno rural, parte no solo de un conocimiento teórico, sino también de una vivencia del paisaje y del paisanaje castellano muy precisa y sostenida en el tiempo.

Para el escritor vallisoletano, todo en Castilla es importante y eso se refleja en cada uno de sus personajes, en cada una de las anécdotas o relatos que construye, sabiendo trasladar cuidadosamente a sus ficciones, como nadie lo había hecho antes, la realidad de Castilla, especialmente del mundo rural. No es difícil entender las razones de la universalidad de Miguel Delibes, entre muchos españoles contemporáneos suyos, debido a la magnitud de su obra, a la forma cómo trata los problemas que afligen a gran parte de la población castellana, que son problemas localizados en una geografía y en un tiempo determinados, pero que a la vez son profundamente universales, ya que a la postre se trata de personajes que se enfrentan al reto de cambiar de vida, muchas veces luchando con importantes desafíos como el de la emigración, o resignándose ante la dureza de la existencia y la falta de perspectiva del mundo que les rodea.

Una de las hipótesis que se puede barajar en cuanto a la universalidad de Delibes tiene que ver, sin duda, con el abierto compromiso social y humano del autor, evidenciado no solo en su producción literaria, sino también en sus discursos o en su participación político-periodística en *El Norte de Castilla*, y que se hizo visible

en numerosas ocasiones a lo largo de su carrera desde que asumiera el puesto de redactor en el año 1944.

Ahora bien, conviene igualmente atender a los matices y reconocer que en la literatura de Delibes ese compromiso se manifiesta a menudo de una manera sutil e indirecta, y el autor no cae casi nunca en la prédica abierta. Se trata más bien de una incitación a comprender y a hacerse cargo de la realidad, de manera que el lector pueda extraer sus propias conclusiones. Y a algo de esto se refiere sin duda Jiménez Lozano, gran conocedor de la vida y obra del escritor castellano, cuando en su trabajo “Lectura privada de Miguel Delibes” (1991-1993) subraya que, a pesar de este compromiso social, la obra de Miguel Delibes no pretende cambiar el mundo. Para el escritor abulense la literatura no está ahí para cambiar el mundo y tampoco se percibe en la escritura delibeana el deseo de una sociedad más perfecta. No obstante, según reconoce el mismo Jiménez Lozano en un trabajo posterior (2003), aunque la literatura no vaya a cambiar el mundo, no sería literatura si después de leerla se siguiera viendo el mundo igual que antes. De ahí que critique la postura de algunos escritores que han caído en la tentación de dejar que su anhelo o su sueño se traslade a su escritura, con la idea un tanto ingenua de transformar la sociedad, lo que lleva inevitablemente, y ante la imposibilidad de la tarea, a la decepción y al fracaso.

En la *Carta Prólogo a los Estudios sobre Miguel Delibes*, del año 1983, el propio autor describe su dilatada carrera profesional de más de cuarenta años y, sin menospreciar otras colaboraciones en varios diarios y revistas, presta una especial

atención a su participación en el diario *El Norte de Castilla*, ya que reconoce que sus tareas periodísticas fueron fundamentales para delinear su papel de novelista:

En este tiempo aprendí dos cosas fundamentales para mi posterior dedicación a la novela: la valoración humana de los acontecimientos cotidianos –los que la prensa refleja– y la operación de síntesis que exige el periodismo actual para recoger los hechos y el mayor número de circunstancias que los rodean con el menor número de palabras posibles (pp.09-10).

La necesidad de enfrentar una “operación de síntesis” se hace visible ya en su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada* (1948), donde, en el inicio y de manera muy detallada, el autor nos presenta al protagonista, Pedro, marcado desde su tierna infancia por sórdidas circunstancias que le obligan a enfrentarse con el lado más hostil de la existencia: la muerte. Además, Delibes inaugura su oficio de novelista con un sentimiento favorecido por su profunda conciencia de la importancia de conceptos como la amistad o el amor, aunque el autor se basa principalmente en los tres conceptos primados por la Revolución Francesa de 1789: *liberté, égalité, fraternité*.

La postura de Delibes ante la realidad llegó a incomodar en varios momentos a las autoridades y a los gobiernos de turno, que no dudaron en recurrir a las amenazas y a las sanciones. Cabe recordar aquí, como el episodio más significativo, la campaña que, como director de *El Norte de Castilla*, emprendió en defensa de la reestructuración del campo castellano y de modernización de las estructuras sociales de protección de las comunidades agrícolas, lo que va a incomodar el gobierno que interrumpe y silencia dicha campaña. Paradójicamente, la decisión de las autoridades, que actúan directamente contra Miguel Delibes, será ampliamente

comentada en los medios de comunicación del país, lo que va a dar más visibilidad a la obra del escritor castellano y a sus propuestas de modernización agraria. Ante esos hechos, la respuesta de Delibes no se hace esperar y traslada inmediatamente su denuncia al territorio de la ficción. Surge así inmediata y contundentemente una obra como *Las ratas*, que viene a ser una respuesta a la decisión gubernamental. Se trata de una novela que, de acuerdo con María del Pilar Palomo (2001), en su artículo titulado “*Las ratas*, entre testimonio y símbolo”, publicado en *Espéculo. Revista de Estudios literarios*, 2002, de la Universidad Complutense de Madrid, “es algo mucho más complejo que un simple espejo de la realidad”. En efecto, esto es debido al tenor de denuncia que caracteriza a la novela, plagada de sarcasmo e ironía, donde la acusación está más en la forma en la que el autor transmite el mensaje, que en el propio contenido de la obra. El resultado de todo eso es atraer todas las miradas críticas hacia la magnitud de las dimensiones que alcanza su propuesta literaria, debido a la agudeza de la denuncia en la construcción del contenido, vía personajes e historias del cotidiano del universo campesino. Conquistando además a un sólido público de lectores que le acompañará a lo largo de toda su trayectoria como escritor.

La literatura delibeana nace acompañada de una reflexión social y política de lo que es el espíritu de la sociedad española. Esa literatura, con un significativo tinte regionalista, es fundamental para delinear la literatura española de postguerra. Por un lado, se puede creer que Miguel Delibes cultiva una cierta idealización de su Castilla natal; por otro, pinta nuevos modelos de “castellanismo” y trata de definirlos y defenderlos.

Miguel Delibes tiene como base sus experiencias personales por tierras castellanas, desarrolladas en un mundo social cuyos habitantes disponen de una sabiduría milenaria que les lleva a ser verdaderos diamantes en bruto que se van puliendo en función de las circunstancias espacio-temporales; en una Castilla caracterizada por un ancestro cultural antiquísimo, peculiar en su geografía, en su historia. La pluma de Delibes recrea Castilla y la representa desde su interior, desde la intimidad de las cuatro paredes de una casa o de la amplitud de la extensión del exterior de la vivienda. Por otro lado, el autor representa la figura del hombre rural castellano desmitificando su tradicional imagen de inferioridad. Los personajes campesinos encarnan una tipología humana, propia de la Castilla rural; demuestran la firmeza de su identidad, su sabiduría y su fortaleza – una cierta “superioridad” - ante el mundo “civilizado” de la urbe. Con eso, el escritor subraya la necesidad de delinear la inmortalidad del hombre rural castellano como un ser imprescindible para el mantenimiento de la vida en este marco, muchas veces dando a entender que el campesino castellano es un tipo de héroe en lucha contra la fatalidad del destino, impregnado de una fuerza peculiar, que viene reforzada por un ambiente poco propicio para autocomplacencias de cualquier tipo.

En muchos casos, el escritor castellano atribuye a los protagonistas de sus novelas rurales unas características excepcionales, dotándoles de una fuerza física admirable y una increíble resistencia para el enfrentamiento con el medio áspero, a veces hostil, que presenta el universo campesino.

Son escalofriantes las circunstancias en las que brotan las narrativas de Miguel Delibes. En un momento de retroceso político e ideológico en la sociedad

española, influido por la nebulosa herencia de una guerra civil, el autor es dueño de una madurez que le permite reconstruir y repoblar los espacios en ruinas, recuperando la fuerza de su infancia y adolescencia en la geografía castellana. El escritor aprovecha los intensos recuerdos que pueblan su mente para presentarnos la realidad de los hechos que narra en su producción literaria. Sin embargo, no podemos atribuirle al escritor la responsabilidad de reconstruir la historia española desde la perspectiva literaria. Tampoco es pertinente juzgarlo por los rumbos que ha podido tomar la historia de España durante o después de la guerra civil, dada la angustia que le invade como persona y como intelectual.

Miguel Delibes se puede situar a caballo entre la Generación del 36, cuyos representantes nacieron entre 1910-1920, y la Generación del 50, que tiene a Juan Goytisolo como su principal exponente. Para Samaniego (1986, pp. 11-12),

Esta nueva generación dirige sus miradas fuera de España, se aleja de la novela 'subjetiva' moviéndose en la dirección de una novela que pretende ser 'objetiva' en que el narrador no se identifica con sus personajes, sino hace de ellos títeres –a semejanza suya– dentro del orden social que les determina.

La Generación del 50 se dirige hacia lo social, vinculándose a la problemática existente en la sociedad española, volcándose en la denuncia social, asumiendo una postura politizada, pero no partidista; poniendo el arte a en favor de la sociedad, reflejando las circunstancias del momento como un importante instrumento de concienciación. Sin embargo, es importante recordar que Miguel Delibes no ofrece un mero retrato de la realidad de postguerra, sino que busca en la realidad su

principal fuente de inspiración. En ella encuentra la esencia que le es indispensable para representar su visión de mundo.

El autor anhela que su obra adquiriera dimensiones muy amplias; que despierte en su lector el sentido crítico; que se sensibilice con la problemática existente en el universo rural, con el medio ambiente, etc. De esta manera, podemos afirmar que uno de los grandes desafíos del escritor castellano es crear una literatura con una imparcialidad político-partidaria considerable, que permita el acceso a todos los lectores en su más variada posición ideológica, ya que su principal objetivo es hacer visibles los problemas del campo. Por ello, pretendimos trazar un breve perfil del escritor castellano, con el objetivo primordial de entender la clave de su literatura de carácter rural. De este modo, con la intención de no perdernos en divagaciones, optamos por ubicar al escritor vallisoletano en la cuna de la maestría de la literatura española contemporánea, situando su voz y su palabra más allá del espacio castellano, de su lugar o estado de nacimiento, y trazando algunas hipótesis sobre su universalidad.

1.2 La consagración de la narrativa del *cazador-que-escibe* y la defensa casi elegíaca del campesino y el campo castellanos

En el año 1941, Miguel Delibes ingresa como caricaturista en *El Norte de Castilla*, periódico de su ciudad natal, Valladolid, donde inicia una larga labor periodística, pasando a ocupar más tarde el puesto de redactor (1944), subdirector (1952) y, finalmente el de director (1958-1963). Su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, le brinda el prestigioso Premio Nadal en el año 1948 y es inmediatamente publicada, dando inicio a una brillante carrera literaria. No obstante, fue con la publicación de *El camino* (1950), su tercera obra, que Miguel Delibes se consagró como representante/portavoz del universo rural, provocando un gran impacto en la literatura española contemporánea. Traducida a varios idiomas, *El Camino* alcanzó una repercusión muy notable en países como Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos y otros muchos, debido a la manera como el autor presenta el marco rural con una verosimilitud peculiar y un ritmo rebotante de imágenes cuya expresividad y fortaleza hacen que la realidad del hombre rural castellano, privado de los derechos más básicos y fundamentales para la supervivencia, salga a la luz y adquiera categoría literaria.

Mucho más allá de la atmósfera idealista que invade la primera mitad del siglo XX, el escritor de Castilla, más que otros intelectuales, observa al hombre castellano desde una perspectiva social, pero también filosófica; analiza cada paso de su realidad, subrayando la importancia de su presencia en el marco rural. Al mismo tiempo, emprende la lucha para poner fin a las desigualdades existentes;

defiende un progreso sin consecuencias negativas, capaz de llegar al campo sin que la población rural tenga que abandonar su mundo en búsqueda de los beneficios aportados por el referido progreso. El escritor pone como metáfora una Castilla “fuera de órbita”, idealizada, utópica, y a la vez real y verosímil, rebotante de anhelos y necesidades, que necesita superar las consecuencias de la indiferencia social del sistema de gobierno vigente, trazando nuevos rumbos.

En la representación del mundo rural castellano, el escritor de Castilla no deja sombras ni vacíos; esparce las imágenes y los colores con ritmos muy marcados y sólidos, con una tonalidad rebotante de sabiduría, de entendimiento... Todo ello, ribeteado por protesta, inquietud o angustia ante el arraigo de las circunstancias que separan, por otro lado, lo urbano y lo rural, dando paso a lo que le consagraría futuramente como el primer “verde” español, un heraldo de la justicia e igualdad. La perfecta comprensión de Miguel Delibes acerca de las adversidades, las connotaciones y el universo rural de su Castilla natal, permiten que su narrativa se destaque por el objetivismo y la verosimilitud. Hecha de manera agrídulce, profunda... la realidad presentada por el escritor de Castilla llega a bordear lo patético, lo escalofriante, lo tremendo; nos arranca la inquietud y nos hace revelarnos ante las injusticias, las desigualdades... Nos llena de indignación a medida que va mostrando las vicisitudes de poblaciones castellanas, víctimas de la fatalidad del destino, del abandono, la miseria y el hambre. Los personajes delibeños son personajes víctimas de la estupidez humana que marcan la trayectoria político-social de la postguerra.

Enigmática y fascinante, la Castilla rural y toda su realidad es “pintada” por Miguel Delibes de manera intensa y elaborada, suscitando el surgimiento y recurrencia de diversos temas que van a desplegarse en sus novelas. El escritor vallisoletano hace que los asuntos más cotidianos cobren importancia, alcanzando los principales escalones de la pirámide de toda su producción literaria. Para Buckley (2012, p.13),

Delibes no sólo toma posesión como escritor de un territorio muy definido de la geografía española –Castilla y León-, sino que, al apropiarse de su lengua, al utilizar centenares de palabras del riquísimo lenguaje rural así como del argot de la Castilla urbana, da un poco la impresión, al leerlo de que su prosa ha echado raíces en aquella tierra, de manera que es ya materialmente imposible separarla de ella.

En su cotidiano, esa Castilla es vista de manera muy expresiva, aunque veces parece poco dinámica. No obstante, se presenta como poseedora de una gran fortaleza, capaz de soportar todo tipo de adversidades.

En la trama de la vida, el espacio rural castellano influye en las decisiones y las luchas de sus habitantes. En una parte de la amplia y variada producción delibeana, podemos observar que la Castilla rural funciona muchas veces como un personaje más. El hombre rural, habituado a las exigencias del clima y acostumbrado a vivir en medio de la escasez, tiene a esa Castilla rural como su principal aliada. Solamente en casos muy puntuales Castilla “expulsa” a sus hijos en búsqueda de mejores condiciones de vida.

El valor de la representación de la Castilla rural se da a partir del conjunto de las narrativas del escritor vallisoletano, y reside en la forma en la que el escritor recrea y representa el universo campesino. Delibes recorre el panorama de Castilla

de Norte a Sur, adentrándose en los rincones más inhóspitos del mundo rural; incorporando la lucha en defensa de la vida y las tradiciones, recogiendo los problemas, las inquietudes y los anhelos de las poblaciones aldeanas. El propósito del autor no es el de representar al campesino ni la Castilla rural de manera eminentemente realista, sino demostrar su preocupación por el hombre rural y su presencia en el marco social, sin retratar su realidad como un documento socio-histórico, pleno de una veracidad contundente. En efecto, muchas veces el autor presenta al hombre castellano aferrado a su tierra, pero no encerrado en ella, en su tiempo, o cerrado en su propio mundo, sino que está abierto a las relaciones sociales, y va de caza, y vive en grupo... con los convecinos, con los amigos o con sus contemporáneos. Todo ello, con un peculiar ingenio literario, presentando una “España seca, dura, pobre, trabajadora, donde la escasez es escasez y no literaria austeridad” (SAMANIEGO, 1996, pp.26-27).

Además, Miguel Delibes muestra en sus textos las distancias existentes entre el mundo rural y urbano, gozando este de todos los beneficios aportados por los descubrimientos científicos, en forma de tecnología, etc., mientras que aquel sobrevive a duras penas, al estar privado de los elementos más básicos para la supervivencia. Se puede decir que el narrador no tiene prisa al “pintar” el mundo rural castellano, sin obsesión en torno a la rapidez en las transformaciones sociales. Él cuenta la historia de la Castilla rural como si fuera un personaje más de sus narrativas, sin preocuparse por lo que supone toda una trayectoria de lucha en defensa de mejores condiciones de vida para las poblaciones rurales.

Abandonado en su soledad, castigado por la escasez o por los caprichos del mundo urbano... el mundo rural resiste a todo tipo de adversidades que llegan a ser extremas, como un *cactus*, hecho para sobrevivir tanto a las sequías como a las inundaciones; tiene raíces sólidas, tiene cuerpo y mente; es dueño de una psicología propia que le permite resistir lo irresistible. En este universo, el hombre castellano, igual que la tierra, se hace fuerte. Además de conocer cada rincón de la tierra, de saber hacia dónde lleva cada sendero, conoce muy bien el nombre de cada árbol, de cada hierba... como también distingue cada uno de sus sonidos, la “voz” de cada pájaro, en armonía con la naturaleza, su gran aliada para la supervivencia. El cazador-que-escribe recrea un espacio diferenciado para mostrar también otra cara del universo rural castellano: el poder de las “élites” rurales, representado, principalmente, por grandes propietarios de tierra, ganaderos o comerciantes de los enseres producidos en el campo, como veremos en *Las ratas*. De acuerdo con Samaniego (1986, p.19):

En la obra de Delibes no encontramos – y sería contradictorio si esto sucediera – un sentir el dolor de Castilla por el AYER/HOY o AYER/FUTURO. Para nuestro escritor la Castilla de ayer, hoy y mañana es descrita con el mismo dolor porque ha visto, ve y verá que en Castilla hay pobreza; y no lucha ni lírica filosóficamente para que la situación cambie, sino mostrándonos la realidad de los pueblos y ciudades castellanos.

En casi toda prosa de Miguel Delibes, el lector se va a enfrentar con la problemática existente en el campo castellano, pero también se va a deslumbrar con el paisaje natural; se sorprenderá con la forma de vida de las poblaciones rurales... y se va a encontrar igualmente con mucha pobreza, abandono y retraso.

Según Samaniego (1986, p.18), “la visión castellana de Delibes no es estetizante porque es inmediata; carece de la perspectiva de Azorín, de la sutil lejanía que engendra visiones estéticas. Delibes no describe sobre el paisaje, sino desde el paisaje.” Como ya hemos comentado en apartados anteriores, la literatura delibeana sobre Castilla y sus habitantes, principalmente los que pueblan la geografía rural, destaca en el escenario literario español.

El eco de la literatura de Delibes, desde sus primeros escritos, trasciende las fronteras nacionales, hecho que nos enorgullece y torna sus obras dignas de lectura e investigación. Es una forma de analizar la importancia de la ficción literaria sobre el universo rural castellano y todo lo que ello supone. En ese sentido, podemos observar que la Castilla representada en la narrativa delibeana se encuentra muy presente en el tiempo. La especificidad de su obra tiene que ver con las circunstancias en las que se desarrollan sus historias, gracias al protagonismo que da al espacio castellano en la literatura española contemporánea.

Como un precursor de la representación de la Castilla rural, Miguel Delibes proporciona una visión magistral del universo campesino, tanto por su preocupación por el presente como por los ecos posteriores que van a concretar su realismo social. Como hemos comentado anteriormente, la noción del marco rural como un lugar caracterizado por las desigualdades sociales y, por consiguiente, por el abandono y retraso, vulnerable a la interferencia de la “civilización”, va a estar presente en gran parte de la producción narrativa del escritor vallisoletano. El autor es consciente de que su literatura es un importante vehículo de comunicación que contribuye a la lucha en defensa del espacio rural castellano, para las visiones

futuras de lo que es la región, pero, también, para el conocimiento del presente, reflejando muy bien el rostro castellano, una fisionomía que sorprende, que encanta y deslumbra, a pesar de toda su problemática, su retraso y su ruralidad. Su lenguaje es especial, con una gran capacidad de representación de lo rural, de enfatizarlo todo, otorgándole una dimensión sumamente amplia, resultando sencilla la complejidad del universo que elige para desarrollar sus narrativas.

La narrativa de Delibes carece de aspectos meramente épicos o pintorescos; sus obras se ubican mayoritariamente en la geografía e historia castellanas. No obstante, el autor logra incorporar en su narrativa elementos de la historia universal y circunstancias propias de la condición humana. Además de obras de carácter mayoritariamente rural, el autor extiende su preocupación también por las circunstancias urbanas de la preguerra o postguerra española, como ocurre en *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953) o *Cinco horas con Mario* (1966), entre otras. En esta, el autor demuestra su preocupación por la situación a nivel humano en la postguerra. Aquellas personas son víctimas de la doble moral imperante, que se origina a partir de la hipocresía social y el oscurantismo asfixiante que domina la sociedad española de la época. El autor enfatiza y profundiza en este dilema, subrayando la peligrosidad de los excesos de la sociedad que, de igual forma que la escasez, puede destruir o arruinar a los hombres. Su literatura alcanza estatus de realismo social al demostrar que el mundo rural agoniza, víctima de una guerra sin precedentes, del abandono de los poderes públicos... y lo hace con un discurso que describe y analiza profundamente la organización de la sociedad cuyos poderes son

indomables, proyectando sobre el retraso de los campos castellanos un futuro incierto, que deberá ser de conocimiento de todos.

Haciendo especial hincapié en la preocupación del escritor castellano con la problemática del mundo rural, desde una mirada crítica, valorando que literatura e historia circulan a la par, se puede entender la literatura delibiana como uno de los principales vehículos de sensibilización de la sociedad. Se aprecia una literatura que elabora un verdadero retrato del espacio rural y todo lo que ello conlleva, con el objetivo de hacer pensar y actuar frente a unas circunstancias establecidas y solidificadas en el período de la postguerra española.

La amplitud de la crítica contemporánea, en lo que se refiere a la relación entre literatura y realidad, nos permite incluir a Miguel Delibes tanto dentro del grupo reconocido como literario, como el histórico, asegurándonos una cierta placidez a la hora de resaltar en nuestro estudio dos obras que consideramos relevante, a las que podemos caracterizar como un tipo particular de literatura social. Son novelas que a lo largo de muchas décadas se destacan y ocupan lugar relevante en los análisis, debates y estudios en la actualidad. En su quehacer literario, el autor exprime de la realidad, sin indiferencia u omisión, elementos y hechos de su tiempo, excelente caldo de cultivo para su ingenio literario, resultando mucho más sencillo y menos complejo su oficio de creador-narrador. Por lo cual, elabora una narración con una vehemente grandeza literaria, sin distorsión ni espejismo, fusionando elementos históricos a su ficción. De ahí que su experiencia de vida en la Castilla rural adquiera nuevos significados y aporte al lector la

posibilidad de mantener un contacto estrecho con la historia de la novela realista española de postguerra.

II - LA HISTORIA Y LA LITERATURA

2.1 Contexto histórico y literatura

“...mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro”.

Miguel Delibes

Tras la guerra civil, que duró de 1936 a 1939 y costó, aproximadamente, un millón de muertos desde que comenzó con un levantamiento militar contra la II República³, la literatura española adquiere una dimensión ampliamente social, vinculándose a la problemática existente en la sociedad. La postguerra es un momento de madurez artística, de compromiso que se expresa a través de una escritura autónoma, con una nueva forma de pensar la cultura y actuar ante las circunstancias que condenan al país a la miseria y al hambre; momento de necesidad de cambiar el rumbo de la historia del país, de redimensionar la vida de hombres y mujeres que padecen las consecuencias de una guerra sin precedentes.

La guerra civil originó un cambio profundo en todos los órdenes de la sociedad española y, al finalizar, trajo consigo la división de España entre vencedores y vencidos, ocasionando cambios significativos en todos los ámbitos de la sociedad. De ahí que 1939 sea una fecha muy significativa para la literatura, una

³Véase información más detallada en la introducción del libro de Gonzalo Sobejano: *Novela Española de nuestro tiempo (En busca del pueblo perdido)*, pp.15-35.

vez que marca la apertura de un nuevo período para la creación literaria, cuyo carácter social es sobresaliente. En esas circunstancias, muchos escritores de la postguerra hacen una revisión de la literatura y cultura españolas, recurriendo al arte como instrumento para reflejar la realidad. Al mismo tiempo, se convierte en instrumento de concienciación político-social, de ahí que la literatura no represente la España de postguerra -mayoritariamente agraria- como un escenario idílico, sino que propone una crítica y establece una ruptura con la tradición literaria, invitando a tomar partido ante la problemática político-social y cultural existente.

De acuerdo con Sobejano (2005, p.15):

Antes de 1936 los novelistas de España, con raras excepciones, cultivaban un tipo de novela que aspiraba a una autonomía artística absoluta, arraigada desde luego en la esencia humana universal, pero sin conexión suficiente ni marcada con la existencia histórica y comunitaria de los españoles. Esta conexión es precisamente lo que buscan los más y los mejores novelistas después de la guerra civil, y a esto es a lo que podemos llamar realismo, entendiendo por el realismo la atención primordial a la realidad presente y concreta, a las circunstancias reales del tiempo y del lugar en que se vive.

No obstante, aunque la literatura de postguerra está acompañada de una creciente conciencia política y social, que pone el arte al servicio del reflejo de la realidad, no podemos olvidar que los escritores no ofrecen un mero retrato de la sociedad, sino que, privilegiados por la imaginación y anclados en elementos aportados por las circunstancias histórico-sociales y/o político-culturales, encuentran la mejor vía para expresar su visión de mundo y su preocupación por la problemática social. A pesar de eso, no podemos atribuir a la literatura ni a los escritores todos los cambios sociales necesarios en la sociedad de postguerra, tal

como tampoco podemos responsabilizarlos por los nuevos rumbos que debe tomar la historia de España, teniendo en cuenta la realidad que les aflige.

Ante una realidad de miseria y hambre, de frustración y desesperanza... los escritores de la postguerra son conscientes de la importancia de su papel como formadores de conciencias, de la necesidad de destinar su literatura a las cuestiones sociales, sensibilizando a los lectores, y al público en general, e invitándolos a tomar partido ante las circunstancias. Para eso, es imprescindible que la literatura alcance dimensiones amplias, que conquiste un público lector de distintas clases sociales, no solamente un pequeño universo selecto, tal como pretendía una parte significativa de la tradición anterior a 1936. Ya no hay lugar para un arte deshumanizado, defendido y alabado por los escritores de las dos generaciones que antecedieron el período de postguerra (Generación del 14 y del 27, respectivamente).

En esta perspectiva, para continuar y profundizar esa reflexión inicial, no pretendemos aplicar teorías, ni ceñirnos servilmente a ellas como único pilar de sustentación de nuestro trabajo, sino apoyarnos en las bases aportadas por los estudios teóricos y adoptarlas como elementos de apoyo que pueden auxiliar las lecturas de los textos de Miguel Delibes, en que se conservan las sobresalientes cualidades artísticas del escritor vallisoletano, una vez que el escritor castellano combina en su producción literaria la descripción de los ambientes de sus personajes con el modo de vida que estos desarrollan; las claves del tiempo y el espacio por los que transitan. Por otro lado, con los propios personajes que va creando, y que vamos conociendo y singularizando, a medida que les vamos acompañando en su cotidiano: les escuchamos, les re-interpretamos... En esta

perspectiva, en nuestra investigación teórica no dejaremos de aludir, aunque sea de refilón, a conceptos como el de *mímesis*, al entender que la relación entre literatura y realidad contribuye a comprender mejor y a pensar el papel que asume el escritor de Castilla y la renovación que este representa en la literatura española.

La literatura de Miguel Delibes no considera la problemática social como un simple “dilema” histórico, sino como un problema, también, de carácter estético-social y humano-cultural, de manera que parte de lo local y alcanza dimensiones universales. Desde la publicación de su primera novela, señala Sobjeano (2005, p.109):

Delibes ha ido acercándose cada vez con más responsable conciencia a los problemas inmediatos de su sociedad y de su tiempo, y esta conciencia crítica (a la que se deben, creemos, las otras virtudes: superación del naturalismo mecánico, poda de superfluidades y dinamización del modo expresivo) no puede menos de infundir trascendencia mayor a sus novelas últimas. Delibes ha ido pasando de una problemática existencial relativamente abstracta hasta una problemática social muy actual y concreta que le coloca hoy en el mismo frente en que han operado o siguen operando novelistas algo más jóvenes, como Fernández Santos, Sánchez Ferlosio, Martín-Santos y otros.

Con el compromiso y preocupación por la sociedad española de postguerra, Miguel Delibes representa la renovación de la literatura nacional, debido a la forma como trabaja con las tradiciones literarias, heredadas del regionalismo decimonónico. El escritor de Castilla, no obstante, a diferencia de los escritores del XIX, que intentaban que la obra literaria fuera un espejo de la realidad, se aleja de la propuesta decimonónica y se niega a hacer una literatura que sea mera copia o documento. No quiere caer en simplismos ni en reduccionismos de cualquier tipo.

Al referirnos a la preocupación del escritor vallisoletano por el mundo que le rodea, retomamos el pensamiento de Eric Auerbach que, en su libro *Mímesis*, subraya la importancia de la relación entre literatura y realidad y todo lo que ello supone. Por otro lado, recordamos que, desde sus orígenes, la idea de mimesis ha estado presente en la estética occidental, siendo, hasta la modernidad, uno de los campos de estudio más destacados en la literatura occidental. A veces, buscando respuestas a las crisis sociales, a veces cuestionando las diversas y nuevas realidades, elaboradas por el lenguaje, ocasionando, así, constantes tensiones entre lo real y lo imaginario. Y para entender conceptos como *modernidad*, nos basamos en el pensamiento Marshall Berman, filósofo marxista de origen estadounidense, que, apoyado en las ideas de Marx y Engels, reconoce que esta, en cierto modo, une a la humanidad, ya que “los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología” (BERMAN, 1991, p.1). No obstante, añade que es “una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia”.

A partir de las ideas de Marx, que subraya que “todo lo sólido se desvanece en aire”, el filósofo estadounidense destaca:

La vorágine de la vida moderna ha sido alimentada por muchas fuentes: los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, que han cambiado nuestras imágenes del universo y nuestro lugar en él; la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos entornos humanos y destruye los antiguos, acelera el ritmo general de la vida, genera nuevas formas de poder colectivo y de lucha de clases; las inmensas alteraciones demográficas, que han separado a millones de personas de su hábitat ancestral, lanzándolas a nuevas

vidas a través de medio mundo; el crecimiento urbano, rápido y a menudo caótico; los sistemas de comunicación de masas, de desarrollo dinámico, que envuelven y unen a las sociedades y pueblos más diversos, los Estados cada vez más poderosos, estructurados y dirigidos burocráticamente, que se esfuerzan constantemente por ampliar sus poderes; los movimientos sociales masivos de personas y pueblos, que desafían a sus dirigentes políticos y económicos y se esfuerzan por conseguir cierto control sobre sus vidas; y finalmente, conduciendo y manteniendo a todas estas personas e instituciones un mercado capitalista mundial siempre en expansión drásticamente fluctuante (BERMAN, 1991, pp. 1-2).

Así, apoyándonos en la reflexión de Berman (1991), podemos decir que el escenario de los tiempos modernos está edificado a partir de los procesos histórico-sociales y culturales de los siglos XIX y XX, cuyas raíces se hunden en las transformaciones científico-tecnológicas que se iniciaron en los dos últimos siglos. De acuerdo con la concepción bermaniana, a partir de los dos últimos siglos la modernidad es considerada como un conjunto de experiencias vitales, comprendida entre tiempo y espacio, compartidas por hombres y mujeres de todo el mundo. No obstante, ese conjunto de experiencias, que denota unidad, es algo disparatado, una vez que lo que existe es la unidad de la deshumanidad. El entorno moderno, con sus promesas de aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de todo y todos, al mismo tiempo que “ofrece” esa “felicidad”, “amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos” (BERMAN, 1991, p.1). Todo eso, debido a que la modernidad nos ha “vendido” la idea de “progreso”, de “desarrollo”, de facilidades y ampliación de las posibilidades: comunicación, transporte, ocio, etc., y, en medio de todo eso, nos ha conducido a la ruina y al desconcierto.

En su fructífero ensayo “El pintor de la vida moderna”, publicado en 1863, escribió Charles Baudelaire que “la modernidad es lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente, la mitad del arte, cuya otra mitad es lo eterno y lo inmutable” (BAUDELAIRE, 1995, p.92). Con este escrito, uno más entre tantos otros textos notables de Baudelaire sobre la vida y el arte modernos, somos conscientes que el significado de lo moderno, tal como señala Berman (1991, p.131), “es sorprendentemente escurridizo y difícil de fijar”. El artista moderno debería, de acuerdo con Baudelaire (1995, pp. 86-87), “elegir morada en el número, en lo ondulante, en el movimiento, en lo fugitivo y lo infinito”, o sea, erigir su hogar en el seno de la multitud, en medio del flujo y el reflujo del ajetreo, a mitad de camino entre lo fugaz y lo eterno, en medio de la muchedumbre metropolitana, puesto que “la muchedumbre es su domino, como el aire es el del pájaro, como el agua el del pez” (BAUDELAIRE, 1995, p. 86). Y añade “Su pasión y su profesión es desposar la multitud”.

A partir de la perspectiva baudelairiana, entendemos que la modernidad, en un sentido amplio, conlleva una estrecha relación entre el arte de crear (el arte literario) y la historia (la realidad). Además de eso, está asociada al lenguaje (exteriorizado a través del arte de la narración), una vez que ese conjunto de elementos nos permite ser individuos interpersonales, intersubjetivos...e intercambiarnos informaciones, experiencias, etc. Con eso, tenemos los aparatos suficientes que nos permiten reflexionar sobre los cambios que el escritor Miguel Delibes aporta a la modernidad literaria española, en medio de las circunstancias

particulares de modernización que enfrenta el país, marcado por las huellas de una guerra civil que cambió, para siempre, la historia de España.

La reflexión sobre el compromiso social que asume Miguel Delibes en su literatura nos lleva a revisar la historia de España y de la literatura nacional, para entender así las complejas y desiguales relaciones entre la población menos favorecida y la ideología dominante, impuesta por los vencedores de la guerra civil. Sobre la España “perdedora”, se “teje” una nueva literatura -con un tinte local-, y Miguel Delibes es una de las figuras más representativas de esta realidad. El escritor vallisoletano da un énfasis especial al paisaje rural y a los individuos que pueblan el universo “(in)-civilizado”, explorando al mismo tiempo su subjetividad.

La literatura delibeana presenta a los individuos en su soledad, aun viviendo en comunidad. Al final, la situación social legada por la guerra civil, sumada a las consecuencias desoladoras de la modernización, promovidas por la modernidad y por el desarrollo de la ciencia y tecnología, da un resultado fragmentario y desbaratador. En sus textos, el escritor vallisoletano “captura” al individuo en su soledad, abandono y miseria, y lo pone en el centro del debate. Todo eso, como construcción de lenguaje, que permite la reflexión y la crítica. Por eso, es necesario que, a la hora de reflexionar sobre la literatura de Miguel Delibes, se tenga en cuenta el tema de las relaciones comunitarias de las poblaciones rurales y el debate sobre la soledad del hombre campesino.

En el entorno rural, con la llegada del progreso - ocasionado por factores estrechamente ligados a la modernización -, los individuos son arrollados por la acelerada e inevitable idea de “civilización”, que acaparan las políticas socio-

culturales y conduce los nuevos rumbos de la historia, acentuando, por ejemplo, los grandes contrastes entre la ciudad y el campo. En este sentido, las obras que forman el corpus de este trabajo son una verdadera representación de los cambios ocasionados por la modernidad, cuyos protagonistas son símbolos de la exclusión del progreso, pasando de la condición de hombres rurales de la Castilla de postguerra a representar una imagen cuya dimensión es de carácter universal.

El conflicto entre el mundo rural y el mundo urbano no refleja apenas las adversidades del espacio y tiempo reales, sino que es el resultado del “nuevo orden” mundial; de la desintegración del propio lenguaje. Todo eso, muchas veces, lleva a los sujetos a aventurarse en búsqueda de la “felicidad”; de la solución de sus problemas y la recompensa de sus angustias; a escaparse del dolor del sufrimiento; a “perseguir” unos sueños a veces vanos; a emprender el viaje hacia algún lugar, que puede convertirse en ningún lugar. Este “algún” lugar está, en general, ubicado en los centros urbanos, considerados “civilizados”. El Isidoro, protagonista de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, una vez que abandona su pueblo en búsqueda de mejores condiciones de vida en la urbe, desahuciado, fragmentado... toma conciencia, por la indiferencia y la soledad que la “civilización” provoca, de sí mismo y de su vida en comunidad. El protagonista puede ser visto como el caminante que no va a ningún lugar, estando entregado a la merced del destino y el tiempo, en estado casi vegetativo para el mundo de la “civilización”; divaga en su propio vacío, se pierde en sus propios pensamientos e incertidumbres: “¿Dónde va el Estudiante?” Y yo le dije: “¡Qué sé yo! Lejos” (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, p.9).

Mientras, los hombres rurales dan muestra de resistencia, luchando duramente para sobrevivir, aunque una y otra vez todo parezca en vano, las luchas que emprenden y las “huidas” que acometen no suelen ser conscientes. En general, no existe discernimiento contra el carácter hostil y predador de una modernización que nace y se impone de manera arbitraria. La modernización no pide permiso. Es una trampa cuyo cebo tiene su presa asignada; que se establece en el lugar, su lugar, siendo una regalía privada para el hombre campesino que, aunque pertenezca a su entorno, a su terruño, está condenado a la marginación: miseria, hambre, soledad, silencio o exclusión.

2.2 Modernidad: complejidad y cambio social

“Nada distingue tanto al hombre antiguo del moderno como su entrega a una experiencia cósmica que este último apenas conoce.”

W. Benjamin

Para Max Weber, filósofo y crítico alemán de la actualidad, la modernidad es el resultado de la racionalización surgida en Occidente a partir del siglo XVIII. Weber afirma que los procesos de racionalización han existido en todas las esferas de actuación posibles; y, junto a ello, considera que cada categoría de la vida puede ser racionalizada desde los más variados puntos de vista:

Hay, por ejemplo, “racionalizaciones” de la contemplación mística, es decir, de una actividad que, vista desde otros ámbitos de la vida, es específicamente “irracional”, igual que hay racionalizaciones de la economía, de la técnica, del trabajo científico, de la educación, de la guerra, de la justicia y de la administración. Además, cada uno de estos ámbitos pueden “racionalizarse” desde puntos de vista y objetivos últimos de la mayor diversidad, y lo que visto desde uno es “racional” puede ser “irracional” visto desde otro. De manera que ha habido racionalizaciones de los tipos más diversos en los diferentes ámbitos de la vida en todas las culturas (WEBER in RUANO DE LA FUENTE, 1996, p.43).

No en vano, Weber explica que es posible entender el “racionalismo” como cosas muy diversas, desde ámbitos también variados. Así, podemos entender que esa “racionalización” de las sociedades haya marcado las grandes transformaciones científico-tecnológicas, pero también político-culturales.

Incorporando el pensamiento de Weber, en el conjunto de sus aportaciones sobre el sentido de la modernidad y todo lo que ello conlleva, la intención de este apartado no es discutir la periodización de la historia de la teoría y/o el concepto de modernidad, sino que es reflexionar sobre las nuevas implicaciones socio-culturales que este fenómeno ha provocado desde sus orígenes. Para entender el “malestar” de las transformaciones ocasionadas por la modernidad y sus síntomas (fragmentación, ruinas...), observaremos las características más relevantes de este fenómeno, consideradas y recogidos por David Harvey (1988) en sus investigaciones sobre los orígenes del cambio cultural. Conforme Harvey (1998, p.26):

Si es cierto que la vida moderna está tan marcada por lo huidizo, lo efímero, lo fragmentario y lo contingente, es posible pensar en varias y profundas consecuencias. Para empezar, la modernidad puede no tener respeto alguno por su propio pasado, y menos aún por aquel de cualquier otro orden social premoderno. La condición transitoria de las cosas hace difícil la conservación de un sentido de continuidad histórica.

Harvey, además, añade que si la historia tiene algún sentido, ese sentido debe ser descubierto y definido dentro de la confusión del cambio, una confusión que afecta no solo a los términos de la discusión, sino también el objeto sobre el cual se discute. No obstante, es Charles Baudelaire quien subraya los indicadores de los cambios, empezando por la crisis del lenguaje que, según él, deja de ejercer el control sobre una realidad fluida y pasa a extenderse a partir de su imaginación. Con eso se delinea la separación entre discurso literario y discurso social. Baudelaire ha sido el primero en darse cuenta de de las transformaciones del tiempo y pasó a identificar el arte con la actualidad. Sin embargo, al mismo tiempo que él enaltece la

modernidad, la rechaza. En la década de 1850, al analizar el comportamiento de la sociedad y el arte de su tiempo, el autor consagra la idea de modernidad. Para él, el artista de aquel entonces es un hombre solitario, provisto de una imaginación activa, que viaja a través del gran desierto de los hombres. De ahí que tenga el objetivo más elevado que el de un observador cualquiera; y que goce de una capacidad especial:

Estar fuera de casa, y sin embargo sentirse en ella en todas partes; ver el mundo, estar en el centro del mundo y permanecer oculto al mundo, tales son algunos de los menores placeres de esos espíritus independientes, apasionados, imparciales, que la lengua sólo puede definir torpemente (BAUDELAIRE, 1995, p.87).

En un viaje, tal vez hacia el vacío, el artista busca algo que se permite llamar modernidad, encontrando en la muchedumbre una especie de *almacén de electricidad*, que también, todavía según Baudelaire (1995, p.87), “se le puede comparar con un espejo tan inmenso como esa multitud; con un caleidoscopio dotado de conciencia, que, en cada uno de sus movimientos, representa la vida múltiple y la gracia inestable de todos los elementos de la vida”. Siendo la modernidad lo efímero, la mitad del arte, siendo la otra mitad lo eterno y lo inmutable, tal como señala Baudelaire, podemos entender lo que el autor señala, de manera vehemente: “ha habido una modernidad para cada pintor antiguo” (BAUDELAIRE, 1995, p.92), ya que “la mayor parte de los bellos retratos que conservamos de los tiempos pasados visten trajes de su época” (*ibid.*). Todo eso porque, todavía según Baudelaire (*ibid.*), “son perfectamente armoniosos, porque el vestido, el peinado e incluso el gesto, la mirada y la sonrisa (cada época tiene su porte, su mirada y su sonrisa) forman un conjunto de una vitalidad completa”. De

ahí que insista Baudelaire en que el mérito del artista del siglo XIX está, precisamente, en tratar de extraer la belleza que la vida humana, de manera involuntaria, confiere a su tiempo. Es solamente de esta manera que el arte puede contener una modernidad digna de tornarse antigüedad.

En la producción literaria de Miguel Delibes, podemos observar la estrecha, y a la vez tensa, relación que existe entre la modernidad y la sociedad en su fase de modernización. Si las examinamos detenidamente, en las obras literarias del escritor vallisoletano que elegimos para nuestro trabajo podremos analizar el fenómeno de la modernización y todo lo que ello conlleva. En su literatura, Delibes capta la manera desoladora y sin piedad del proceso de modernización en España, especialmente en el marco rural, centrándose en una Castilla pobre, desamparada, perdedora.

La modernización no modifica las perspectivas dañinas de la decadencia o la fragmentación de la sociedad, pero modifica el poder en su más amplia dimensión. De manera paradójica y disparatada, este se vuelve más hábil para sentar sus bases. Cuánto más fragilizada la sociedad o cuánto más débiles los “dominados”, más “eficiente” es el poder. Es básicamente bajo esa perspectiva que la narrativa de Miguel Delibes “dibuja” la modernidad. El escritor vallisoletano presenta la modernidad en su aspecto más despiadado, con realismo crítico, revelando el ultraje de sus “promesas” de “progreso”. De todos modos, en esta etapa de nuestro trabajo, no trataremos de discutir con detalle las cuestiones que Benjamin o Baudelaire plantean sobre la modernidad, porque nos limitaremos a hacer una lectura de sus acotaciones, entendiéndolas como una base temática y un punto de

apoyo para el acercamiento a los textos de Delibes. Para Baudelaire, el artista no es un simple *flâneur* que se pasea en el París del siglo XIX y se “compra” la ciudad - porque “la ciudad no se visita, se compra” (BENJAMIN, 2002, p.94-), aunque el París del *flâneur* baudelariano esté presente en las ciudades de la modernidad, donde muchos escritores todavía escriben para atender a las demandas del poder económico. Según Baudelaire, el artista tiene un objetivo más elevado que el de un simple observador; él busca algo, ese algo que se permite llamar modernidad, extrayendo de la moda lo que ella pueda contener de poético en lo histórico, descubriendo en lo transitorio algo eterno; observa el mundo a través de una mirada curiosa, laberíntica.

Para Benjamin, la ciudad es la realización del antiguo sueño del ser humano del laberinto, cuya realidad es “perseguida” por el *flâneur*. Sin embargo, es una “persecución” hecha de manera instintiva. Así sucede cuando el *flâneur* se pasea por este laberinto, coleccionando imágenes, donde el pasado, el presente y el futuro clavan sus huellas. De este modo, podemos subrayar la historia como un elemento totalizador de las circunstancias, a través de la cual, en la obra de Miguel Delibes se pueden vislumbrar diversos mundos: el del Ratero, el de Daniel, el del Mochuelo, el del Señor Cayo o el del Isidoro, por referirnos a algunas de las obras que hemos tomado como referencia.

El artista de la modernidad no es como un mero comprador o frecuentador de las galerías parisinas; no está atado al *glamur* expuesto en los escaparates... es un contemplador interesado de los acontecimientos de la vida cotidiana, de las circunstancias que le envuelven; su opción es la de traducir nuevos valores de

sociedad, crear nuevas realidades, no retratar lo que ve a simple vista. Con ese perfil de contemplador interesado, gozador de su libertad imaginativa y de crítica social, Miguel Delibes “persigue” la realidad, tanto del campo como de la ciudad, colecciona imágenes y acontecimientos del pasado o del presente, con vistas al futuro, teniendo en la historia uno de los principales pilares de apoyo de su obra. No obstante, siempre con la intención de tomar partido ante la realidad, de incitar al debate y cambiar el rumbo de la historia, especialmente en lo que se refiere a la realidad rural que padece, entre otras cosas, factores como la influencia y/o consecuencias de la modernización del país y, por consiguiente, las primeras señales de transformación del campo castellano. Esta modernización, caracterizada por la imposición de una racionalidad técnico-científica, en detrimento de una cultura tradicional, especialmente en la geografía castellana, ha transformado el universo campesino y su paisaje, provocando significativos cambios en las relaciones sociales y de trabajo, conduciendo a los campesinos a la nueva dinámica social.

Entre las transformaciones más relevantes de la España rural, recuerda Alfonso (1975), se puede subrayar la construcción de presas⁴, fenómeno económico que da a conocer la jornada de ocho horas, las horas extraordinarias o los seguros sociales. Ante esa “nueva” dinámica social, se erige el mundo de los protagonistas de Miguel Delibes, delineado entre las ruinas y la fragmentación del mundo rural, ocasionado por el proceso de modernización -este que, al llegar a los laberintos y la

⁴Un ejemplo de modernización muy significativo son las Presas de Aldeadávila y Almendra, ambas en la provincia de Salamanca (1956-1963 y 1963-1970, respectivamente), dos de las hidroeléctricas más importantes de España.

periferia del universo campesino, modifica la lógica de la vida. Una vez en su poder y su conocimiento, Delibes, describe la historia de una modernización desoladora, impiadosa y voraz, captando el curso de la historia como catástrofe. Lo hace todo sin linealidad, con una libertad imaginativa consciente, sin obsesión ni aspaviento; a veces apoyado por la configuración de su memoria de “hombre-de-campo-con-la-pluma-en-la-mano”, o de “cazador-que-escribe”, pero añadiendo además elementos nacidos del ingenio o del inconsciente. Hipocondríaco, robustecido, desahuciado... el Isidoro, protagonista de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, relata sus memorias bajo esa libertad imaginativa y bajo el carácter involuntario de sus recuerdos: el silogismo de quien observa y se siente observado; perseguido por la discriminación que sufre en la gran ciudad, personificación que transmite sus inquietudes, sus desesperanzas y frustraciones. El Isidoro intenta escapar de los estereotipos, del peso de la historia que lleva a sus espaldas, haciendo lo posible para liberarse de los recuerdos de una vida que le asignó la exclusión, al tiempo que contempla y acomoda su mirada e intenta liberar su pensamiento. Es en estas circunstancias que la mirada del artista moderno, antes de todo, detecta el ambiente digno de ser transformado en obra artística, sea campo o ciudad, valle o llano... En el caso de nuestro trabajo, el campo o el mundo rural (en todos los casos), como una secuencia de imágenes y palabras que acomoda con alusiones figurativas.

Miguel Delibes construye sus narrativas en un escenario de los tiempos modernos, teniendo en cuenta los acontecimientos histórico-sociales y político-culturales de la España de postguerra, con una lógica heredada de la sociedad y

cultura de los siglos XIX y XX. El escritor vallisoletano, al referirse a las poblaciones rurales de su Castilla natal, observa que el torbellino de la modernización impone un nuevo ritmo social, transformando la vida de sus habitantes e imprimiéndoles nuevas necesidades. Las poblaciones del marco rural, al padecer las catástrofes de la modernización, se ven cercadas por las ruinas del progreso, y tienen que luchar a duras penas para sobrevivir. Así, al volverse conscientes de esas circunstancias, tal vez sea importante recordar que, de acuerdo con una perspectiva baudelairiana, el mundo moderno (rural o urbano) exige que sus poblaciones se adapten a las transformaciones ocurridas, de caos y ruinas. Todo eso por creer que las consecuencias catastróficas de la “nueva lógica” vigente posibilitan nuevas formas de sensibilidad y también libertad. Baudelaire ha sido, quizás, el primero en mostrar como el *flâneur* sabe moverse en esta realidad, recorriendo libremente todos los laberintos con los que se enfrenta en su trayectoria.

Lejos de las bonanzas o del *glamour* de las ciudades modernas, los personajes de Miguel Delibes se fusionan con las ruinas generadas por la modernización de la sociedad, con su mirada perdida, con su lento caminar... A lo largo de la crónica social que se responsabiliza de “hacer conocer”... el narrador se encarga de recuperar de la propia realidad los ingredientes que en ella se han perdido. Por medio de palabras o imágenes dialécticas, hace que lo real se desvele, junto a una conciencia histórica. Para eso, el autor retoma la *mímesis* baudelairiana como forma de representar los personajes de su texto y las circunstancias en las que viven, con un tinte crítico-social, pero tornando presente la esencia de la representación artística. Según Eco (1996, p.94), “los mundos de la ficción son, sí,

parásitos del mundo real, pero ponen entre paréntesis la mayor parte de las cosas que sabemos sobre este, y nos permite concentrarnos en un mundo finito y cerrado, muy parecido al nuestro, pero más pobre.” En ese mundo más pobre, fruto de la imaginación del autor y su libertad de creación, elaborado o formado de las más diversas maneras, constituye uno de los elementos fundamentales de la producción literaria.

Desde la perspectiva de la estética marxista, el acontecimiento literario está subordinado a la representación auténtica de lo real, precisamente a partir del pensamiento de George Lukács. La existencia de la noción de *reflejo* en la literatura tiene una historia muy peculiar en Occidente. Desde la Edad Media se ha conocido la idea de lo real en grandes dimensiones. Pero es a partir de la racionalidad Renacentista que eso se va a configurar. En el caso de la narrativa delibéana, observamos que el autor suministra una realidad bastante reconocible, no obstante, una realidad entrecomillada, considerada real, pero sin serlo; un mundo atravesado, constantemente, por la instancia histórica; dotado de un pasado problemático, que mantiene su influencia en el presente. Es en medio de esa problemática donde el autor encuentra en las palabras la única manera de representación, construyendo la escritura por medio de la cual expone sus circunstancias, habiéndose abastecido de una realidad tajante, dotando el texto de significado mediante un acúmulo de materias o ideas.

Siendo entendida como un proceso colonizador del tiempo y del espacio, la modernidad rechaza la España natural, en su versión agrícola, ganadera, minera o pesquera, con sus habitantes que pasan a ser considerados sujetos atrasados, es

decir, portadores del estigma y la vergüenza del pasado, favoreciendo, sin duda, el individualismo que caracteriza la sociedad contemporánea y abriendo el paso a la violencia y la guerra como alguna de sus consecuencias más terribles. Con ese raciocinio, Palmar Álvarez-Blanco (2010) señala la dicotomía espacio rural / espacio urbano, y llama la atención sobre las consecuencias del pensamiento moderno con relación a la existencia de un “paraíso en espacio urbano”. Álvarez-Blanco define la dicotomía urbano / rural como realidades independientes, no como entidades excluyentes; entidades que se necesitan y se completan mutuamente. Entre el espacio rural y la urbe, de manera involuntaria e invisible, se acaba erigiendo una especie de barrera que, de forma enigmática, aísla esos dos mundos entre sí, dificultando o impidiendo el acceso de las poblaciones campesinas al llamado mundo del progreso. Al estar apartado de la “civilización, no hay posibilidad de movilidad en el campo, sus poblaciones están condenadas a estar estancadas en el espacio y en el tiempo, ocultándose en la peculiaridad de los espacios más íntimos de la sociedad, en el seno familiar, en la intimidad del hogar, etc.

En obras como *Las ratas*, el autor parte de un tema local, de la Castilla rural de postguerra -miseria, hambre, características sobresalientes de la vida martirizadora y excluyente de sus personajes-, y alcanza lo universal. El universalismo de la obra literaria de Miguel Delibes surge del valor humano de sus personajes, de sus anhelos y necesidades. Todo eso lo podemos vislumbrar en los capítulos de la obra que, como en un rompecabezas, son independientes, pero al final forman un gran cuadro, en el que caben todas las angustias y desesperanzas de la realidad.

En el intento de elevar a niveles universales la humanidad de sus personajes, como los campesinos, los perdedores, los hambrientos, los desgraciados, los prisioneros del sistema que les devora, les excluye y les oprime... Delibes nos presenta a estos personajes como seres que viven completamente al borde de la marginación, apartados de los supuestos beneficios de la modernización. En cierto modo, son personajes que se presentan de manera casi desintegrada de la condición humana de supervivencia, asumiendo, a veces, características y posturas animalescas, sin las cuales difícilmente sobrevivirían en unas circunstancias que, a ciencia cierta, les exigen unas fuerzas que no son propias de los humanos.

En medio de un panorama caótico, desolador... el escritor de Castilla intenta interpretar la humanidad que lleva dentro cada uno de sus personajes y la encuentra camuflada, confundida, entre el paisaje de *la parda, seca y amarilla Castilla* o entre la nieve, el frío o la borrasca de sus inviernos rigurosos. La humanidad de los personajes delibeños se codea con el dolor de la opresión, con la condición a veces animalesca a la que están sometidos. Con eso, sus circunstancias cobran carácter universal. En *Las ratas*, El Nini simboliza esa condición universal del ser humano que trabaja noche y día para tener atendidas las necesidades más básicas de supervivencia.

La condición humana del hombre rural, y de las poblaciones campesinas en general, es vista como una situación crítica, puesto que las necesidades reales que sufren las gentes que viven lejos del mundo urbano, considerado civilizado, son también necesidades del "alma": sobran los dramas, abundan las incertezas y las desigualdades... Por mucho que se intente comprender, parece difícil de justificar;

no fácilmente se encontrarían respuestas para lo incomprensible, lo injustificable... Esta situación de constante crisis en la que viven los personajes de Miguel Delibes invita al lector a reflexionar y a tomar partido ante las circunstancias.

En una perspectiva socio-crítica y/o antropológica, el sufrimiento debe estar siempre acompañado de la esperanza, de optimismo y toma de decisiones que permitan modificar la realidad. En unas circunstancias dramáticas, de plena y constante crisis, el hombre rural intenta sobrevivir con su esfuerzo diario, impregnado de valentía; toma las decisiones que cree necesarias, siendo siempre fiel a su honor. A veces sus aventuras fracasan, a veces sus sueños se frustran. No obstante, siempre serán fieles a su condición de luchadores, de estar en continuo caminar hacia adelante, aunque las circunstancias les acaben derrotando o privando de sus objetivos.

Siendo un escritor atento a las circunstancias de su Castilla, lector vehemente de la crisis que aniquila la vida en el marco rural, Delibes interpreta en su creación literaria el modo de vida de las poblaciones campesinas, el modo de vivir dramático del hombre del campo, y lo hace con conocimiento de causa, siempre con la conciencia de que es una realidad que en última instancia se le escapa de las manos y que jamás va a poder ser representada en su totalidad. El escritor no puede extraer todas las consecuencias de las transformaciones de la sociedad, no puede tratar todos los problemas que afligen al hombre rural, pero sí es capaz de “sacudir” las conciencias de los lectores, y de la sociedad como un todo, llamando la atención a la problemática existente. De esta forma puede contribuir a la construcción de un futuro que respete la dignidad humana, empezando por las

circunstancias del presente, herederas de un pasado reciente oscuro, desolador y excluyente.

Las circunstancias de crisis que exponen al hombre rural al sufrimiento se concretan y encarnan casi físicamente en la miseria y el hambre. Por otro lado, llevan al hombre a la impotencia, la desesperanza, la frustración. Y la literatura, aun sin pretender solucionar los problemas de la humanidad, o señalar posibles caminos para transformar la realidad de los seres humanos que padecen las consecuencias de las transformaciones sociales científico-tecnológicas, de carácter globalizador y civilizatorio, trae a la luz una realidad ante los ojos de las políticas “modernizadoras”, dramatizando o narrando su evolución histórico-social.

En *Viejas historias de Castilla la Vieja*, el protagonista Isidoro, al recordar su historia, como narrador de sus aventuras y desventuras en la ciudad industrializada, moderna...es consciente de enfrentarse con un real irreal, que lo oprime y lo excluye y que, a pesar de todo, cree necesario superar. La problemática que enfrenta este personaje insinúa que el lector debe tomar partido ante la realidad, puesto que queda claro que las circunstancias exigen una sociedad más justa e igualitaria. Por otro lado, el escritor también se ve implicado en la problemática, sintiéndose obligado a producir una obra que sea, aun en pequeña medida, instrumento de transformación social. Así, reconocemos y subrayamos el carácter social de la literatura de Miguel Delibes, definiendo su especificidad como la capacidad de dar testimonio y otorgar conciencia al ser humano marginado, excluido del bienestar social de la modernidad; de rescatar al individuo de su soledad y abandono, integrándolo en el texto (y, por extensión, en el contexto

social inmediato). Todo eso sin la mínima preocupación por encontrar respuestas y/o señalar soluciones para sus preocupaciones e inquietudes ante el proceso de modernización que cambia la lógica del entorno rural y de las sociedades menos desarrolladas (Delibes no es un arbitrista que aspira a descubrir fórmulas mágicas, sino un constructor de conciencia).

2.3 Castilla en la historia: relatos de un mundo no tan nuevo

Sin la intención de ofrecer un recorrido por la literatura de temática castellana, ni de realizar una revisión historiográfica exhaustiva de la crítica sobre esta literatura, lo que implica un cierto procedimiento arqueológico, en este apartado proponemos una breve visión de los más distinguidos elementos histórico-literarios o sociales que han contribuido a la construcción de la Castilla literaria, y que son referencia importante para la literatura contemporánea.

Existe una clara apropiación del espacio castellano en la literatura española desde los primeros textos, como es el caso de *El Cantar de mío Cid*, primera obra narrativa extensa de la literatura española en lengua romance y situado históricamente en la segunda mitad del siglo XI. Este primer ejemplo ha sido leído como una forma de construir una nación y una literatura que la glorificara y sentara las bases de una cultura que, posteriormente, sería incorporada en todo el territorio de lo que hoy es España. Así, además de la incorporación del espacio castellano al discurso literario, también se va a mitificar Castilla, no como un lugar de paso, sino como un lugar de batallas, de luchas constantes... y también como un terreno fértil para las divagaciones y penas románticas, etc. Podemos considerar *El Cantar de mío Cid* como la partida de nacimiento de la literatura española o el “certificado de bautizo” de una Castilla que debuta en la ficción como “documento” de las primeras narrativas nacionales. Desde este conocido “documento”, que relata las hazañas heroicas de un caballero castellano medieval, ríos de tinta se han vertido sobre el territorio castellano (lugar de batallas, pero también de gloria).

El pasado glorioso de los descubrimientos geográficos, protagonizados por Castilla a finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI, ha sido otro de los factores más importantes para la conformación del territorio castellano y su literatura. La experiencia gloriosa de la Castilla conquistadora ha permitido, de manera muy pragmática, la ampliación de sus relaciones de poder (político-religioso y social), a partir de una óptica exploratorio-mercantilista, destinada exclusivamente a producir riquezas, lo que la llevó históricamente a una posición de hegemonía frente a las demás regiones del país. No obstante, pasados algunos siglos, Castilla se enfrentó a una situación de cataclismos, como el denominado “desastre” de España, que puso fin al gran ciclo expansionista, coincidiendo con la decadencia y pérdida de los territorios de ultramar en el año 1898.

La situación de decadencia del país exigía un “examen de conciencia”, llevado a cabo mayoritariamente por los intelectuales noventayochistas quienes abordaron la problemática española y toda su supuesta esencia; señalarán así las posibles causas de sus males y reflexionarán sobre su pasado y su destino histórico. Como señala Sixto Sánchez Lauro en su artículo “Cataluña, Castilla, España. Entre el mito y la realidad”⁵, esos intelectuales abordan esa problemática “en una recreación literaria cargada de ideología y pesimismo” y “con una actitud valorativa no exenta de ambivalencia”. Es ahí cuando buscan a Castilla y la encuentran como referente, identificándola con España. Por otro lado, subraya el autor que esos intelectuales lloran el glorioso pasado castellano, pero lo denuncian también como el

⁵Artículo publicado en las Actes de la XI Jornada d’Estudis Loca. Catalunya i la Corona d’Aragó. *De la Península a la Mediterrània*, Ajuntament de Bot (Terra Alta), Barcelona, 2011, pp. 29-49.

responsable de la decadencia. Todo ello por haber sido Castilla la “forjadora” de España y de su política unitaria y expansionista.

La epopeya del Cid campeador por la estepa castellana, al subrayar la superioridad del hombre castellano, deja como legado el mito del castellano-español como motor de la historia. Como afirma Ortega y Gasset, *Castilla hizo a España y la deshizo*. Con esta herencia, los escritores de la Generación del 98 “inventan Castilla” y la retratan de manera idealista. “Castilla para la Generación del 98 es una excusa, por ello la inventan, del latín ‘invenire’ = hallar. Se sirven de Castilla para desahogar su inquietud, para poder ‘quitar su dolorido sentir’” (SAMANIEGO, 1986, p.27). Todavía según Samaniego (1986, p.18), “La Generación del 98 busca Castilla porque ella ‘hizo España’, esperan desvelar el secreto; anhelan no un paisaje donde recrear la mirada, sino un paisaje para meditar, pensar en su eterno tema. Inventan Castilla”. Escritores como Unamuno, Valle Inclán, Baroja o Azorín, entre otros, tienen una visión bastante idílica del paisaje rural castellano, donde encuentran el espíritu para su literatura y, por otro lado, los elementos que creen necesarios para la anhelada España nueva.

Aunque haya una cierta dualidad recurrente en cuanto a la representación de la Castilla noventayochesca -Arcadia versus realidad-, no se puede afirmar que una generación literaria priorice únicamente uno de los dos polos (Arcadia o representación realista), porque ambos se encuentran enlazados y los escritores de la Generación del 98, a pesar de limitarse a representar a Castilla de manera idealista/metafísica, tienen también consideración por los problemas de la Castilla real. Miguel de Unamuno, a diferencia de muchos escritores de su generación, se

mueve guiado por grandes preocupaciones sociales, lo que le lleva a hablar de una Castilla más humana, más “real”. Por eso, busca el castellano de vida intensa y profunda; reconoce que la base de la españolidad está en la Castilla primitiva y, por eso, hay que estimular y potenciar la identidad española para atender al hecho histórico integrador castellano originario.

De acuerdo con Urdiales Yuste (2006), los autores de la Generación del 98 salieron en búsqueda del hombre en el campo y en el campo lo encontraron y lo tomaron para su literatura, ofreciéndonoslo a la luz y al color de sus grandes preocupaciones. Para ello, “parece que no hiciera falta lámpara especial para encontrarlo a pleno día”, concluye. El mito de la superioridad de Castilla y del hombre castellano va a ser utilizado hasta pasada la Guerra Civil, cuando, en los momentos más culminantes del período franquista, la literatura falangista lo magnifica, utilizando los instrumentos del pasado y manipulándolos para justificar su soberbia imperial. Sánchez Lauro (2011), recuerda las palabras de Julio Valdeón, historiador español, al referirse a la era de Franco como nefasta para Castilla y León (y para toda España⁶), puesto que el nuevo régimen, instaurado por el Generalísimo, entró “a manos llenas” en el arsenal de la ideología castellanista para utilizarla como arma al servicio de un Estado totalitario, centralizador en su más alto grado de exaltación.

La existencia de una Castilla absolutista, mística, agraria y guerrera, identificada con lo español y la españolidad, cerrada y centralizada en sí misma, xenófoba por naturaleza y misonéista; lugar de inquisidores, soldados incultos y

⁶El subrayado es nuestro.

cruces, de hidalgos indolentes y vanidosos, de conquistadores desalmados...contrastándose con otras regiones del país, como Madrid o la Cataluña “moderna, laica y europea, amante de la libertad y con el espíritu laborioso, dotada de una industria y comercio dinámico y competitivo”⁷, ha despertado el interés, de manera casi obsesiva, de los escritores de la Generación de 1950 quienes, bastante lejos de los tópicos creados, impuestos y mantenidos por los nacionalistas de turno, se dispusieron a ensanchar el pasado franquista, tomando como base una literatura comprometida con la realidad histórica y social. Sin embargo, no podemos decir que los todos los escritores de la Generación de 1950 se hayan dedicado exclusivamente a representar la realidad social del país, porque hay en ellos diferentes sensibilidades y diferentes énfasis.

Es con una gran preocupación por la realidad social de la España de postguerra que la literatura delibeana irrumpe en el escenario literario español para denunciar la problemática existente en el país, enfocando su inquietud, mayoritariamente, en el marco rural castellano. Urdiales Yuste, en su artículo “La palabra y la imagen en el discurso popular de Miguel Delibes”⁸, recuerda que Miguel Delibes da preferencia al hombre de carne y hueso, un hombre concreto, social, ligado a su circunstancia rural; va en su búsqueda y lo encuentra en la geografía castellana. De este modo, con base en la preferencia del escritor de Castilla por un hombre concreto, social, ligado a su circunstancia rural, en apartados posteriores

⁷Artículo publicado en las Actes de la XI Jornada d’Estudis Loca. Catalunya i la Corona d’Aragó. *De la Península a la Mediterrània*, Ajuntament de Bot (Terra Alta), Barcelona, 2011, pp. 29-49.

⁸Artículo publicado en la Revista de folclore. 308 (2006), pp. 39-49.

nos dedicaremos con especificidad al mundo rural castellano, como “esqueleto” principal de nuestro trabajo.

2.3.1 Un personaje especial: la Castilla rural

A partir de la segunda mitad del siglo XX, el mundo rural castellano ha pasado por intensas y significativas transformaciones, tanto en el plano económico como en el social. La política de desarrollo del país, que incluía construcción de presas y carreteras, favoreció el cambio de la sociedad, a partir de la llegada de técnicos con formación y mentalidad ajena a la de la España tradicional, comprendida, según Alfonso (1975), como “la España del señorito y del cacique”. Esos nuevos cambios parecen haber redimensionado la mirada ante lo rural y sus tradiciones, representados por comunidades en general cerradas y relativamente aisladas, desmitificando el mito del campesino ingenuo, cuya situación económica y social ha sido regularmente miserable, a la que se ha visto como fuente de problemas. De ahí que surgen las primeras señales de optimismo, de percibir que en este universo peculiar existe posibilidad de superación de los problemas y, por consiguiente, de transformación social.

Todavía de acuerdo con Alfonso (1975), esas transformaciones han afectado, en mayor medida, al campesino tradicional, dueño de sus propias tierras; inmerso en una sociedad ancestral, autoritaria y excesivamente normada, que ha creado su propio sistema de valores, posiblemente calificables como sustentadores de fascismo:

A este tipo de hombre rural el cambio le ha afectado en mayor medida y ha tenido que ver su comunidad dispersada, su familia quebrada y sus ideas contrastadas. Su presente, basado en el ayer, ha tenido que transmutarlo en un presente sólo orientado por las exigencias de lo futuro. Lo nuevo por encima de lo antiguo (ALFONSO, 1975, pp. 28-29).

En medio de estas transformaciones nace el discurso de Miguel Delibes y el autor se apropia de la realidad castellana apartándose de la retórica del 98, huyendo de lo ornamental, de la superficialidad y la inconsistencia con la que, muchas veces, se había descrito Castilla. El universo campesino de esta región deja de ser un lugar cuya tierra es, simplemente, “parda, seca y amarilla”, digno de ser apreciado, y pasa a ser visto a partir en una dimensión más real y menos idealizada, atendiendo a los problemas que cierran y aíslan esta tierra, y que necesitan ser superados. En ese sentido, Miguel Delibes ve a Castilla distante de la óptica de la Generación del 98 y considera que los autores de esta época no han sabido ver al hombre del campo en toda su entereza, tanto en su realidad rural como humana, sino que lo ha visto como un ser idealizado y poetizado, que no tiene nada que ver con “el hombre de carne y hueso, concreto, social, vinculado y atado a su circunstancia rural”.

La Castilla de Delibes no se limita a las meras descripciones de sus campos o sus ciudades, o a sus viejos monumentos; deja de ser el eje del paisaje, representante de la esencia u orgullo español. En este momento, la preocupación por la problemática existente en la sociedad de postguerra gana densidad, recuperando el frescor original de denuncia social que ya habían perdido los autores de la Generación del 98, que a medida que fue pasando el tiempo acabaron evolucionando desde el fervor revolucionario y el compromiso social de la juventud a la evasión literaria o el rapto casi metafísico, adoptando, a veces, posturas conservadoras. Gran parte de las afirmaciones y enfoques de la Generación del 98 frente la realidad castellana están muy lejos de la perspectiva social que caracteriza

la producción literaria delibeana. No obstante, debemos reconocer que, pese a ello, es posible encontrar en los textos de Miguel Delibes ciertas coincidencias con la escritura, por ejemplo, del rector de Salamanca, Miguel de Unamuno.

Estas coincidencias tienen que ver con la independencia física de Castilla y su gente, subrayadas por Urdiales Yuste (2006), que destaca que la meseta castellana, que es toda cima en su redonda e ilimitada extensión, y su cielo “monoteísta” ejercen una fuerza telúrica de dilatado horizonte sobre las gentes que ocupan. Para el crítico, “ella condiciona el talante de sus habitantes” y, a través de un soneto de Miguel de Unamuno, en *Poesías*, 1907, Urdiales recuerda esa independencia física de Castilla y el hombre: “Tú me levantas, tierra de Castilla /en la rugosa palma de tu mano (...) en ti me siento al cielo levantado, / aire de cumbre es en el que se respira / aquí, en tus páramos”.

En la obra de Delibes siempre habrá episodios o lugares emblemáticos de Castilla - como punto de referencia en la ficción - y como ejemplo de la acción del hombre en la naturaleza y la relación que mantiene con el entorno. La abundancia de las transformaciones del campo castellano, debido a la sed de *progreso*, podrá explicar muchas catástrofes naturales y humanas, y eso va a ser un motivo más de las grandes preocupaciones del escritor castellano. Así, subraya Sánchez Jiménez (1975, p.12) que “el hombre del campo, como su propia vida, está especialmente condicionado por el clima, por la geografía en sí, por cualidades del terreno y por el tipo de producción que el mismo terreno ha venido imponiendo”. No obstante, añadimos que, además de eso, las poblaciones rurales están condicionadas por los anhelos y las necesidades del mundo “civilizado”.

Para Delibes, el espacio rural lo es todo. De ahí que Castilla, especialmente la Castilla rural, constituya su principal referente. Por eso Buckley (2010) recuerda que la imagen de Castilla que aporta Miguel Delibes no tiene nada que ver con la visión de sus predecesores, al tiempo que supera y rectifica tanto a los escritores de la Generación del 98 como los regeneracionistas, quienes presentaban el alma castellana bajo un prisma romántico. El escritor vallisoletano analiza y deconstruye el romanticismo de sus predecesores, adoptando una postura sociológica en su literatura, deshaciéndose del discurso oficial sobre el mundo rural. De acuerdo con la perspectiva delibeana, señala Buckley (2010, p. 14) que:

Castilla no puede ser sólo paisaje sublime con un pasado glorioso y un presente en ruinas, ni tampoco (como quería la generación – *del 98 (el subrayado es mío)*) simplemente un problema de falta de recursos hidráulicos y carencia de masa forestal... Delibes nos describe en sus novelas una tradición oculta, una sabiduría popular que va desapareciendo en contacto con la modernidad, a medida que los campesinos emigran a las ciudades.

En ese sentido, Delibes se apropia de las imágenes del mundo rural castellano, tratando de cuestionar con sus obras la visión bucólica que ha proyectado el imaginario noventayochista español.

Dado el retraso de la región castellana de postguerra, donde las desigualdades son notorias, de manera preocupante para el escritor vallisoletano que conoce cada rincón de su Castilla natal, y conoce la historia y las necesidades de sus paisanos, en un ambiente verdaderamente castigado por la escasez, se pone también el problema de la unidad lingüística de la región, principalmente si consideramos que Castilla es la cuna del castellano. No obstante, no abordaremos

estas cuestiones en este trabajo, ya que no dedicaremos esta tesis a cuestiones lingüísticas. De todos modos, vale la pena resaltar que el atraso imperante en el universo rural castellano (nítidamente mostrado por Miguel Delibes), el silencio de los viejos y casi muertos pueblos de la provincia parece trascender el mundo cotidiano. Mientras Cataluña y el País Vasco se europeízan, concentrando la poca industria que sostiene el país, Castilla se mantiene cerrada en sí misma, caracterizada por el analfabetismo y el retraso, y su aportación es la de mano de obra barata y sin cualificación para los centros urbanos más industrializados.

Miguel Delibes muestra la realidad de la Castilla rural, cómo el drama de la pobreza en el campo castellano se empieza a vivir muy pronto. Es ahí donde el autor deja claro que no hay lugar para el parasitismo; no se puede confundir calamidad con conformidad, tampoco se puede atribuir a la pereza la vida penosa de los protagonistas. Muy tempranamente, el hombre rural se capacita para enfrentar las adversidades de la vida; carga la experiencia de la dureza de la lucha por la supervivencia, de la incertidumbre, del miedo; está expuesto al peligro, cuando emprende junto a los mayores, que se lanzan como animales, a través de los sentidos, de las percepciones visuales, auditivas... lo que favorece y facilita la misión emprendida en la búsqueda del sustento. No obstante, la capacidad de superación es casi nula, lo que constituye una gran atadura existencial para la mayoría de las poblaciones rurales.

Así, no sería demasiado afirmar que la realidad de la Castilla esencialmente rural que nos presenta Miguel Delibes en obras como *Las ratas*, bordea lo patético. Más que irónica, la realidad es lacónica... una realidad que deja una grieta abierta en

el futuro de las generaciones venideras, imprimiendo la etiqueta de la incertidumbre para el futuro que a la vez poda la vida de niños que, como el Nini, tienen sofocada la esperanza; no tienen derecho a la infancia ni a gozar de la vida sin acelerar el paso de la existencia por la tierra; niños obligados-condenados a prescindir de la inocencia infantil para ir en búsqueda de un bocado que le asegure la vida; niños que, precozmente, tienen que hacerse “hombres”, asumiendo puestos antes asignadas a los adultos, luchando contra las propias leyes de la naturaleza:

Había llegado el momento de la prueba, no porque el sajar al cerdo fuera tarea difícil, sino porque en esta coyuntura la referencia a la abuela Iluminada era inevitable. Al Nini le tembló ligeramente la mano que empuñaba el cuchillo cuando el Malvino voceó a su espalda:

-¡Ojo, Nini, tu abuela en este trance nunca hizo mierda!

El niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir delicadamente la telilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración (*Las ratas*, p.52).

Al describir las tareas que realiza el Nini en *Las ratas*, Miguel Delibes resalta las duras circunstancias que han convertido de repente a niños en adultos. Con la infancia robada, y sin estar debidamente preparado para enfrentarse con el mundo de los mayores, muchos niños, además de la infancia, han perdido el sencillo derecho a ser niños. No se respetan sus derechos más elementales, como el acceso a la educación, o incluso aún más básico, el derecho a tener un plato de comida asegurado. Tal situación, hiriente, se justifica en gran medida por la dureza del medio y por la escasez propia de la sociedad de posguerra.

Ante el mundo “civilizado” del progreso, lo rural cobra valor negativo, de inferioridad; se presenta como lugar alejado del progreso y sus beneficios, y que

precisa ser modificado, “civilizado”. No obstante, en la literatura delibeana lo rural es una realidad visible, “pintada” a partir de lo imaginario del autor, pero bien anclada en su experiencia personal de los campos de su tierra castellana. De esa forma, el universo rural adquiere también un valor simbólico, una ideología geográfica, al no ser una mera representación de lo real.

La necesidad de lucha por la supervivencia, desprovista de toda y cualquier tecnología, lleva al campesino a encontrarse cotidianamente entre la “espada y la pared”, desarrollando una cosmovisión muy acertada en cuanto a las adversidades del tiempo y el espacio. Todo ello como forma de permitir que el sufrimiento sea más llevadero, que haya previsión de lo que puede suceder a lo largo del año. En ese sentido, se adoptan las actitudes necesarias, evitando mayores desgracias, como en el caso del mejor aprovechamiento y almacenamiento de los bienes producidos en el campo.

Mientras el hombre rural ve en el campo un valor a explotar, el hombre urbano se mantiene distante, atribuyéndole un valor inferior, sin percatarse de la riqueza e importancia del estrechamiento de ambos mundos. Delibes muestra que el mundo rural y el mundo urbano son totalmente opuestos, que se rechazan entre sí. No obstante, son mundos que se complementan y se necesitan, cada uno con sus características y sus aportaciones. Mientras en este las relaciones se basan en el capital económico, de la ganancia, en aquél las relaciones vienen gobernadas por una mecánica menos ambiciosa; pendiendo de un hilo la lógica desarrollista del capitalismo.

De manera equivocada, el universo rural es visto como atrasado, carente de “civilización”, lugar apartado del progreso. Ser de pueblo representa, muchas veces, una desgracia, como lo podemos observar en *Viejas historias de Castilla la vieja* (2010, p.10):

...el hecho de ser de pueblo se me hacía una desgracia, y yo no podía explicar cómo se cazan gorriones con cepos o colorines con liga, ni que los espárragos, junto al arroyo, brotaran más recio echándoles porquería de caballo, porque mis compañeros me menospreciaban y se reían de mí. Y toda mi ilusión, por aquel tiempo, estribaba en confundirme con los muchachos de ciudad y carecer de un pueblo que parecía que le marcaba a uno, como a las reses, hasta su muerte.

Vemos aquí que la escritura asume un papel tajante de denuncia social, de defensa del ser humano, de valoración del hombre y del universo rural. El ser discriminado, un hombre de campo, es consciente de su “inferioridad” ante los muchachos de ciudad, aun sintiéndose orgulloso de la importancia de su experiencia y conocimiento de mundo. Con este ejemplo, Miguel Delibes, en su sencillez, trae a la luz su preocupación por el ser humano y sorprende al lector, llamando su atención atención hacia lo que supone el universo rural y todas sus implicaciones.

Para Sánchez Jiménez (1975), las clases dirigentes no han sabido salvar a la gran masa campesina y en eso consiste uno de los males más graves de la vida contemporánea española, siendo bastante pesimista el futuro de las generaciones rurales. En cierto modo, la vida en el campo depende directamente de la vida urbana, de sus anhelos y necesidades. “Habrà que observar cómo los pueblos envejecen con sus gentes y convencerse de que las yuntas de bueyes o de mulas no

son productivas porque el tractor las suple y suplanta o porque ‘no merece la pena arar’” (SÁNCHEZ JIMÉNEZ, 1975, p.07).

Las obras de Miguel Delibes que van a ser estudiadas en esta tesis, tal como veremos a continuación, están ligadas al realismo social por su preocupación por la problemática de los habitantes del medio rural castellano, sus anhelos y necesidades. Por otro lado, aparece también el medio castellano no solo como un personaje más de su literatura, sino como un espacio geográfico que posee características propias, que ejerce total influencia en sus habitantes.

La estrecha relación del hombre con el medio, al mismo tiempo que estimula la superación de las adversidades, puede favorecer el conformismo, como ocurre con los personajes de *Las ratas* (1962), ilustrado en este caso por la figura del Ratero quien, aferrado al terruño, vive en la más extrema pobreza, en un mundo infrahumano, condenado al retraso, a la ignorancia y a la indigencia, y es incapaz de ver más allá de su cueva o de las extensiones de tierras bajas de don Antero, el Poderoso. A pesar de todo ello, de las circunstancias de miseria y abandono en las que vive gran parte de la población rural, Miguel Delibes va a mostrar que esa relación del hombre con el entorno no constituye obligadamente una fuente de depresión, ni va a ser necesariamente una cárcel o un condicionante patológico.

El principal problema del espacio rural castellano no está vinculado a los fenómenos meteorológicos, ni a la geografía del lugar. La exclusión a la que están sometidas las poblaciones de campo tiene causas también externas y se justifica por la falta de inversión de los poderes públicos y la inoperancia del sistema vigente, y por consiguiente de las desigualdades sociales. Por ello, en ningún momento Miguel

Delibes se refiere al campesinado con desprecio, ni les responsabiliza de vivir en unas circunstancias infrahumanas, donde no hay ni rastro de *progreso*, ni posibilidad de movilidad social.

El protagonismo de Castilla en la literatura delibeana es nuestro principal objeto de tesis. No obstante, más que tratar meramente las angustias que refleja el escritor vallisoletano, la problemática existente en el mundo rural de su tierra natal, complementaremos nuestro estudio con otros aspectos abordados por el escritor, aspectos que nos permitirán ver esa región con otros matices, otras perspectivas, tal como lo comprobaremos en los siguientes capítulos.

2.3.2 La Castilla rural pintada en la producción literaria delibeana: como relato y como y ficción

A lo largo de más de medio siglo, el ambiente rural castellano ha sido fuente de inspiración para la producción literaria de Miguel Delibes. Gran parte de la narrativa del escritor vallisoletano otorga un protagonismo especial al hombre y al espacio rural de su Castilla natal, en detrimento del espacio y el hombre urbanos. Según Ricardo Senabre, en el prólogo del libro *Castilla en Miguel Delibes*, de la escritora Pilar de la Puente Samaniego (1986, p. 7), “Castilla está presente en Delibes incluso cuando está ausente: al viajar por Europa o América”, ya que considera que la mirada delibeana es siempre profundamente castellana. Para este estudioso, a una escala castellana, el escritor es transportado a paisajes, costumbres e impresiones acumuladas en su retina de viajero curioso y perspicaz.

El abordaje del espacio rural castellano en la literatura delibeana irrumpe en el escenario español con referencia a lo cotidiano de los seres más desfavorecidos, con un gran estrechamiento del paisaje, en un ambiente, en general, abierto, de las pequeñas ciudades o aldeas. No obstante, se encarrila más hacia el plano rural en sus grandes dimensiones, en las que el autor va a centrar su preocupación como escritor, comprometido con las cuestiones sociales del universo rural.

Aunque gran parte de la literatura española de la postguerra procura “curar” las heridas dejadas por la contienda, con una escritura destinada a cambiar la sociedad, la guerra civil, esa preocupación no constituyó tema central de la narrativa delibeana. De todos modos, estas circunstancias van a ser decisivas para la literatura

de Delibes, dada la gravedad de las circunstancias ocasionadas por esa sucesión de disparates que, como un seísmo, destrozó la vida de la gente: “Al concluir los bombardeos, durante la guerra, las campanas también repicaban alegres, mas con un deje de reserva, precavido y reticente. Había que tener cuidado. Otras veces, los tañidos eran sordos, opacos, oscuros y huecos...” (*El camino*, p.207). Este fragmento sirve para mostrar como el autor registra sus impresiones y sus inquietudes ante una guerra que origina una de las épocas más truculentas de la historia de España.

Miguel Delibes pasea por cada rincón del territorio castellano, dándole un gran protagonismo en sus novelas. El narrador “pinta” el cuerpo y el alma de Castilla, con gran énfasis en el espacio rural, capaz de sorprender el lector a cada instante, haciendo que sus obras ganen trascendencia no solo en el territorio español, sino también allende los océanos. Y para ello plantea una serie de temas que son recurrentes en el marco rural: la cuestión del tiempo, como uno de las principales diferencias frente a la vida de la urbe; la sabiduría del campesino y el conocimiento del medio; las migraciones; la religiosidad de la gente y la presencia de la iglesia católica; las tradiciones milenarias y las costumbres que están en trance de desaparecer o ya han desaparecido:

Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarles. Y también lo ignoro el padre del maestro y el padre del Quino, el Manco, y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil? (*El camino*, pp. 38-39).

En este sentido, podemos observar que el autor le da otra dimensión al universo rural y, lejos de limitarse meramente al espacio geográfico, le asigna un carácter universal, que parte siempre de lo local. Delibes capta el modo de vida de los campesinos, y hace personal cada una de las historias vividas por sus personajes. Como afirma Vilanova (1993, p. 32):

Esa captación del vivir de las gentes y los pueblos de Castilla en su realidad actual de cada día, esa adivinación de los sentimientos y pasiones que mueven el alma labriega y pueblerina, no tiene nada que ver con la idílica estampa de la vida rural reflejada en nuestras viejas novelas regionales y costumbristas, siempre dispuestas a encontrar el elogio del terruño y la alabanza de la aldea.

Miguel Delibes subraya a la condición subalterna del hombre rural, de esos personajes “inferiores” frente al mundo desarrollado del progreso; muestra a los lectores, desde una perspectiva pluridimensional, los pensamientos del campesino que, de manera voluntaria o involuntariamente, es un ser que desempeña un papel importante dentro de su realidad.

El escritor de Castilla no se limita a erigir la pirámide que separa el mundo rural del mundo urbano, sino que retrata el panorama del sistema vigente dentro del universo rural; les da una oportunidad a sus personajes marginados por el mundo considerado civilizado; los defiende y los apoya, instando, de cierta manera, a la sociedad a tomar partido ante la problemática de su mundo. Así, la representación del espacio castellano en la narrativa delibesiana no posee el más mínimo toque de exotismo, ni se contagia de un regionalismo exagerado, ubicando a la geografía en que ambienta su narrativa un lugar privilegiado en la cumbre de la pirámide.

Lo que hace Delibes es representar la sociedad rural española de postguerra con sus bases ancladas en unas tradiciones milenarias, heredera de un sistema divisorio de realidades que institucionaliza las desigualdades sociales, a la vez que dificulta la movilidad social. Además de eso, muchas veces el narrador muestra la resistencia de ese mundo arcaico, que se opone a la modernización aferrándose a su condición de inferioridad y resignándose ante sus señores, aun cuando vivan en condiciones que bordean la esclavitud. De ahí que el mensaje que anhelaba el escritor de Castilla para su epitafio fuera el de “acertó a pintar Castilla”. Y siempre que se le preguntó sobre con qué se conformaría, Delibes no ocultó su vehemente deseo de ser inmortalizado como un pintor que, realmente, **acertó a pintar Castilla**. Como él mismo aspiraba, su anhelo es indudablemente una realidad, ya que el autor **acertó plenamente**, y pintó el paisaje de su tierra, sus gentes, sus tradiciones... al mismo tiempo que identificó sus anhelos y necesidades: “No en vano, salvo *Diario de un emigrante*, todas las novelas de Delibes están circunscritas al campo o ciudad de Castilla”, subraya Samaniego (1986, p.11).

La Castilla rural representada por Miguel Delibes es mucho más que una realidad geográfica, social o política... es también una realidad psicológica y metafísica; un espacio donde el castellano no es tan solo un hombre rural, habitante de una geografía específica, en un tiempo específico, porque encarna a un ser universal, heredero de problemas eternos como la miseria y el hambre. Así, con un discurso eminentemente rural, el autor carga en sus obras imágenes peculiares del espacio rural y expresiones populares - algo común al conjunto de su producción literaria-, y otorga a los elementos que la forman cualidades cinematográficas muy

significativas. Miguel Delibes trata de reinterpretar el pasado, describir el presente y proyectar el futuro, yendo mucho más allá de las implicaciones propias del aspecto físico o cultural del universo campesino.

Con una especial creatividad, el escritor vallisoletano refleja el entorno de su tierra natal, inventando nuevas formas para representarlo, modificando su identidad, sus características. De ahí que concrete todo lo visto, lo vivido o escuchado...en personajes también concretos. Uno se llama Daniel, el otro Azarías... otro más el Barbas, la Guindilla (mayor o menor), Lorenzo, el señor Cayo, don Moisés, el maestro, Paco, el herrero... todos ellos dueños de un lenguaje concreto, como la realidad misma. De acuerdo con Urdiales Yuste (2006), Miguel Delibes no “inventa” las imágenes de la Castilla rural para poder representarlas en sus novelas rurales, sino que, a través de su experiencia personal y el contacto con el entorno campesino, favorecido por su vocación de cazador, el autor capta las necesidades reales de la gente. Es una etapa que Urdiales Yuste (2006) caracteriza como “etapa de observador-cazador de materiales para sus obras”, que es cuando el autor se desplaza por los pueblos de su Castilla y habla con sus habitantes. Eso le va a acompañar en toda su producción narrativa. Todo ello gracias a su conocida relación con el campo, lo que le permite alcanzar un conocimiento profundo de lo que supone la vida en el marco rural.

La producción literaria delibeana se presenta como un importante vehículo de crítica a las desigualdades existentes en el mundo rural castellano, y denuncia con vehemencia la problemática social, fruto de la concentración de la riqueza en manos de pocos; una Castilla marcada por el autoritarismo del poder político

vigente, condenada a su propio destino y tiempo. Ese es uno de los principales rasgos que caracterizan la obra narrativa de Miguel Delibes a partir de los años 50. En casi toda su obra, el escritor de Castilla deja clara la necesidad de adentrarse en el universo rural, de enfrentarlo de todas las formas; desplazarse por sus laberintos... “controlarlo” a partir de lo que él aporta, por vía de la fuerza de la literatura. Delibes lleva el lector a familiarizarse con un lenguaje propio del medio rural, con la idea de mostrar la diversidad y riqueza del habla campesina, apuntando a la superioridad del hombre rural -en lo que se refiere al conocimiento del medio natural -, en su sencillez y a la vez complejidad; destacando la sensibilidad del hombre rural al relacionarse con la naturaleza en comparación al comportamiento del hombre urbano en la frontera de la civilización.

De manera muy tajante, Delibes se manifiesta abiertamente en defensa de la vida y las tradiciones de la Castilla rural; actúa con una sensibilidad y objetividad peculiares, estando dispuesto a enfrentar el reto que supone la lucha en pro del universo rural. Todo ello marcando la tendencia que caracteriza gran parte de su producción literaria ambientada en su Castilla natal. De esta manera, sin embargo, podemos señalar algunas consecuencias de esta toma de decisión en la caracterización de su novelística y del papel que juega dentro de la sociedad.

Anclado en el *objetivismo*, que nace más o menos simultáneamente al *tremendismo*, Miguel Delibes irrumpe en el escenario literario español con su novela social de manera autosuficiente, libre para crear una literatura comprometida que, al final, contribuya a resaltar la necesidad de tomar partido ante las desigualdades

sociales típicas de la España de postguerra. El autor se convierte así en una especie de portavoz de los seres más desfavorecidos de la sociedad.

En efecto, Delibes parece hablarle al lector directamente al oído, mostrándole, además, imágenes nacidas de su experiencia personal en los campos castellanos, al tiempo que les imprime el tono de quien conoce muy bien el ambiente en el que se mueve sus personajes, como si la problemática a la que está sometida la población rural le impregnara el alma y la conciencia de las desigualdades que reinan en universo rural, producto de las injusticias sociales, respaldadas por el sistema político vigente, como extensión de las inquietudes del escritor humanista al ser testigo de la miseria que padece gran parte del campesinado castellano de postguerra.

La Castilla rural en la obra de Miguel Delibes es un universo con un alma propia, que posee la fragilidad de una amapola, pero también posee una fortaleza como la del roble, dando lugar seres humanos rudos y serenos, acostumbrados desde muy niños a convivir con la vida y la muerte, con el peligro... con las adversidades. Pero en la adversidad, su valor y osadía pueden servirle de armadura. Cualquier campesino sabe lidiar con la lluvia o el sol, con el calor o el frío... el hombre castellano oculta en sí un gran guerrero. Sus armas son la experiencia, la persistencia... A pesar de todas esas "armas", el campesino es supersticioso, pero sin dejarse llevar por el fanatismo. Esa Castilla que llega a parecer mística se encuentra en cada labriego, en el hombre de la aldea, en general, sea este niño, joven o viejo; hombres encontrados en su tiempo y en su espacio, dotados de una vida silenciosa, sin muchas novedades...; hombres que se despiertan y se levantan

con el sol, y bajo el sol o la lluvia, y salen de casa para llevar a cabo su labor diaria, cargando con muy pocas provisiones, seguros de regresar al hogar, tras la faena diaria, para reposar un poco y luego seguir la lógica de la vida campesina, guiados por el eterno ciclo de los días y las noches.

2.3.3 La Castilla rural en su esencia

"El campo es una de las pocas oportunidades que aún restan para huir."

Miguel Delibes

El mundo rural castellano, con sus llanuras y sus castillos... desde la Edad Media a la actualidad, ha servido de inspiración para las obras de muchos autores: "Si España era 'la reserva espiritual de Occidente' el campesinado era el 'reservista'", señala Alfonso (1975, p.23). Y gran parte de esta 'reserva espiritual' se encuentra, precisamente, en Castilla, cuyo territorio es de los más extensos del país.

Quizás si nos preguntamos por qué considerar al campesino español como el "reservista" de la "reserva espiritual de Occidente", idealizado en extremo, no será muy difícil encontrar la respuesta, ya que podemos considerar que el "alma" del universo rural está, antes de nada, en los seres que la habitan. Además, describir la vida en el marco rural con tintes idílicos también se puede justificar a partir de la propia historia del país, puesto que, en los momentos difíciles, como durante la llamada época del hambre, se vivía o se comía mejor en las zonas rurales que en las ciudades. Por otro lado, el hombre del campo era considerado un ser "bonachón, poseedor de una filosofía práctica que le hacía estar alegre y contento" (ALFONSO, 1975, p.23). No obstante, subraya el autor que este perfil del hombre rural no deja de ser una mistificación utilizada como recurso ideológico oficial, ya que en la

práctica el campesino seguía siendo considerado como un ser inferior que, en el mejor de los casos, debía estar sujeto a un trato paternalista.

La Castilla rural se caracteriza por una cultura milenaria y un pasado glorioso; está marcada por la lucha diaria del cultivo de la tierra (siembra, cosecha...) o la labor con el ganado; la caza, la pesca... las faenas dentro y fuera del campo - en casa o lejos de ella; distinguida por la sencillez de la vida cotidiana, la ausencia de consumismo y por la organización de la vida en comunidad o individual. Por otro lado, dividida y ordenada por el calendario religioso y sus respectivas fiestas, que organizan la vida y, en cierto modo, parecen trazar el futuro de cada uno de sus habitantes. Todo ello con una base simbólica sumamente significativa, que le da sentido a la existencia y fortaleza para la lucha del día a día del campesino castellano. En efecto, al fundamentarse en esta perspectiva, es posible afirmar que la Castilla rural que protagoniza la narrativa de Miguel Delibes tiene su lado misterioso, simbólico, pero a la vez real; está literariamente configurada como una geografía prodigiosa, dueña de una cultura y tradición milenarias excepcionales, diferente del resto del país.

Hasta mediados del siglo XX la Castilla rural se mantiene con su ropaje medieval, conservando su vida y sus comunidades cerradas y, en cierto modo, aisladas. El trabajo agrícola, rudimentario y terriblemente duro, con jornadas de sol a sol, hielos en inviernos y sofocantes calores en verano, marcado por la incertidumbre del tiempo atmosférico, bastante menos idílico que en la imagen presentada, en general, por escritores de generaciones anteriores a Delibes,

demuestra este aislamiento de la región castellana, en comparación con otras regiones de España.

En regiones como Madrid o Cataluña, los beneficios y/o perjuicios del progreso hincaron sus bases con mucho más antelación y cambiaron la realidad de sus habitantes, especialmente en las ciudades. Elementos como la “Pepsi” o el butano han llegado a los lugares más recónditos, facilitados por el intenso proceso de modernización. Todos esos cambios, por consiguiente, han contribuido u ocasionando la disminución de las distancias, factores que no ocurrieron en la realidad rural castellana, ni favorecieron los cambios sustanciales, sino más bien han perpetuado y/o solidificados estereotipos, exhibidos a través de programas de televisión más que cuestionables, como el presentado en la TVE, titulado “Crónicas de un pueblo” que, además de ridiculizar al campesino español, dejaba clara las diferencias sociales existentes en la sociedad rural de postguerra, como destaca Alfonso (1975, p.22). Pese a esas consecuencias del “progreso”, se puede observar que la cultura rural castellana permanece estancada en el espacio y en el tiempo, sin alterarse apenas por la pujante tecnología del entonces y la breve riqueza que ya se instalaba en los centros urbanos. En la perspectiva de Sánchez Jiménez (1975, p.12),

La comunidad rural así entendida es primordialmente campesina. Todo el tiempo y toda la familia giran en torno a actividades agrarias o con ellas relacionadas hasta tal punto que nace y se desarrolla una actitud global ante la agricultura, que se niega a ser considerada como un modo de producción o un negocio cualquiera, para convertirse en un modo de vida, una especie de “instinto social” formado poco a poco con apoyo en la costumbre y tradición.

En efecto, este “instinto social” de las comunidades rurales, anclado en la tradición como código rector de la vida social, como algo por el que han pasado las sociedades, de modo general, está cada vez más fragmentado. Todo ello a causa de los cambios sustanciales, irreversibles, en la sociedad, motivados, entre otras cosas, por factores como la mecanización y la modernización del campo, proceso este imparable que quiebra las culturas tradicionales y sienta las bases de su modernidad y transforma la realidad en dimensiones sumamente amplias, no solo modificando el paisaje, sino la esencia misma de la vida y cultura campesinas que, tradicionalmente, había mantenido sus bases sólidas, ancladas en un pasado ancestral. De ahí que, aunque parezca irónico, el tono que predomina en gran parte de la narrativa de Miguel Delibes frente a los beneficios del progreso puede ser vislumbrado en episodios que aluden a la descreencia de los personajes y/o del narrador, como es el caso de Daniel, el Mochuelo, tal como lo detallaremos más adelante.

Miguel Delibes demuestra en su narrativa que la llegada del progreso al espacio rural no es del todo negativa, que es posible introducir cambios sociales en el marco rural sin que eso destruya la esencia campesina. El autor defiende un progreso quizás más “humano”, que atienda a las necesidades del campesinado, sin que fuerce a este a abandonar su terruño para ir en búsqueda del bienestar. Sin embargo, es consciente que el desarrollo de las ciudades resulta mucho más atractivo que la vida en el universo campesino. Por eso su preocupación por defender un progreso “razonable”, que podemos señalar como una realidad casi imposible, debido a la avidez y exigencia de la modernidad de llegar a cada vez “más

lejos”, y de su gran poder de transformación, aliado a seres muchas veces gananciosos y avarientos, dueños de un poder heredado o conquistado a base de sangre y sudor, como es el caso de los grandes propietarios –representados en la figura de personajes tan emblemáticos como don Antero, el poderoso (*Las ratas*).

Esta modernidad deja resplandecer su lado más salvaje, como una plaga que devora los frutos cuando las cosechas están a punto de brotar, estableciendo un caos, modificando las tradiciones, “devorando” la armonía del espacio o el tiempo, en una utilización casi abusiva de los recursos naturales. En medio de estas circunstancias de desequilibrio, Miguel Delibes muestra su obsesión por la defensa de la naturaleza y el bienestar de las poblaciones rurales de su Castilla natal. Con un lenguaje exacto, sin sinuosidades, el autor traduce con espanto el *shock* que le causa el progreso incontrolado; revela la necesidad de dar a conocer la importancia de la preservación de la naturaleza, como forma de asegurar la vida en el planeta.

Desde la perspectiva de Gier (1997, p.11), “muchos escritores se han ocupado marginalmente del campesino castellano, pero pocos de una manera completa o de lo que se podría decir aproximándose a su experiencia real”. Para el autor, se ha dado mucha más atención al entorno rural, específicamente a la naturaleza, que al hombre que nació en el campo, el individuo que vive y trabaja en él. Sin embargo, el “hombre-de-campo-con-la-pluma-en-la-mano” es consciente de esta falta de atención, de ahí que recoja en su literatura todo lo que conlleva la vida del campesino que habita el universo alejado de la civilización de la urbe.

El escritor de Castilla, como conocedor y amante del mundo rural, reconoce que el progreso en el universo campesino parece un “mal” necesario. No obstante,

no deja de ser impertinente si se tiene en cuenta las consecuencias de su “intromisión”, puesto que cambia el rumbo de la historia o incluso borra las huellas del pasado. Y las máquinas son elementos intrusos que, en su impertinencia, se imponen sobre los campos cuando la naturaleza, por sí sola, ha tratado de adornarlos con sus árboles o pasto, animales o pájaros, etc. En efecto, el ruido de los motores - que hiera la tierra para dar lugar a carreteras o ferrocarriles -, siembra el más puro desorden, la más escandalosa modificación de los paisajes, alterando la vida, cambiando las perspectivas del medio, redimensionando el futuro o, incluso, acercándolo al abismo en lo que se refiere al mantenimiento de la vida y tradiciones campesinas.

Con base en esta perspectiva, la narrativa no deja de aprovecharse del imaginario en torno a los beneficios del *progreso*, de lo que puede ocurrir en el espacio rural cuando el hombre y su sed de “civilización” interfiere y modifica la naturaleza. Esa interferencia del hombre en la naturaleza, fundamentada en los ideales del desarrollo y la “civilización”, puede ocasionar muchos desastres, empezando por catástrofes naturales, causando serios impactos ambientales y, por consiguiente, contribuyendo al desequilibrio del planeta.

Si la modernización de Castilla, ocasionada por la construcción de carreteras y vías férreas, altera la geografía de la región, enlazando dos inmensos mundos contrapuestos, rural y urbano, nuevas formas de vida y costumbres también van surgiendo en ambos escenarios; empiezan a consolidarse igualmente los movimientos migratorios, vislumbrado en el (cada vez más frecuente) abandono del campo, a cambio de la “comodidad” aportada, mayoritariamente, por las ciudades.

Todo ello, bajo la “protección” del *progreso* que es, muchas veces, uno de los principales responsables de la solidificación de la división de la sociedad en ricos y pobres, del campo o de la ciudad, una vez que las oportunidades de acceder a los posibles no son las mismas. Todo eso puede ser observado en la necesidad de migrar y/o de vender la mano de obra a cambio de la supervivencia, aun pagando con el sudor y la sangre el *pan-nuestro-de-cada-día*.

Miguel Delibes “pinta” la imagen de una Castilla rural escondida detrás de las pantallas gigantes; condenada a ser “cortada” por los asfaltos de las carreteras y urbanizaciones que se erigen y se imponen como plagas incontrolables, fruto de la ambición del progreso, de la estupidez humana... de la avidez de “civilización” y la falta de preocupación por el futuro; observa la vulnerabilidad del campo, haciendo un retrato de sus habitantes, niños y mayores que están a merced de su propio destino, victimizados por la acción predatoria del inmediatismo que se instala. Y es precisamente ese inmediatismo, esa sed de *progreso*, el que inaugura la decadencia del universo campesino. En ese sentido, nada es adorno en la producción literaria delibeana, nada es gratuito. Todo tiene un sentido, un por qué; todo es importante.

Los acontecimientos más recurrentes en el mundo rural cobran gran valor en su literatura. Factores como el legado ancestral aparece de manera muy notoria en la narrativa de Miguel Delibes. Además de la preocupación del autor por el futuro del espacio rural, coexiste la preocupación por la tendencia abrumadora a la homogeneización de la cultura y tradiciones del medio campesino. Así, en obras como *Las ratas* es destacable la implicación del autor en el mantenimiento de las tradiciones populares como, por ejemplo, la vieja costumbre castellano-rural de

señalar el calendario mediante santoral. Todo ello, gracias a la linealidad del tiempo; caracterizado por no seguir un rigor lógico-cronológico, que permite ser calculado y/o entendido, sin necesidad de ajustarlo a un orden numérico. Como lo podemos observar en *Las ratas* (1962 ed.[2010]): “En llegando a San Andrés” (2010, p. 28)... “Para Santa Escolástica” (p.35)... “Desde San Zacarías” (p.37)... “Por San Sebas” (p.40)... “porque por San Dámaso había llovido” (p.53)... “Hacia San Segundo” (p.85), etc.

Además de la imprevisibilidad a la que está condenado el espacio rural, ese enlace de dos inmensos mundos contrapuestos sacude las expectativas del lector. Podemos observar la vehemencia con que el narrador reconstruye la realidad del campo castellano, modificado por la acción del hombre en la naturaleza. Lo que puede parecer sinónimo de “civilización” o *progreso* acaba resultando nocivo. La escritura de Miguel Delibes también deja claro que la acción del hombre en la naturaleza ocasiona impactos no solo ecológico, sino sociales y/o económicos, instaurando una nueva perspectiva del espacio rural castellano. Y para eso se apropia de la palabra oral y tradicional, absorbida por el discurso literario, como forma de abstraer una comprensión más aguda de lo que es ser y estar apartado del mundo “civilizado” del progreso y todo lo que ello supone. Así, el autor transforma su literatura en un instrumento de conocimiento de la realidad rural castellana, de la condición humana del hombre campesino.

Como ya hemos mencionado en capítulos anteriores, Miguel Delibes concentra su producción en el marco rural, en una geografía muy similar, sin una distancia física considerable entre las capitales y los pueblos del interior. No

obstante, a pesar de ser un territorio relativamente pequeño, es posible el aislamiento entre muchos pueblos; no existe una Castilla uniforme, “perfecta” en cuanto a la organización del espacio y el tiempo.

Desde un punto de vista cultural o político, es posible visualizar fácilmente elementos en común en la Castilla rural, y uno de estos elementos es el fenómeno de la cultura de las emigraciones. Según Sánchez Jiménez (1975), en los años cuarenta, debido a la gran preocupación de producir para remediar el hambre o la subalimentación, se produce un creciente flujo migratorio, que se acentúa en los años sesenta, en los que más de un millón de brazos abandonan la agricultura, es decir, el campo, siendo que: “El ochenta por ciento de estos emigrantes pertenecen al proletariado rural - jornaleros sin tierras, eventuales del latifundio, casi todos -; mientras que el resto son agricultores de tierras escasas y normalmente pobres” (SÁNCHEZ JIMÉNEZ, 1975, p.08).

En general, el hombre que habita en el medio rural conoce muy bien el entorno natural en que vive, cómo funciona la lógica del tiempo; es un ser sabio, poseedor de un conocimiento milenario, transmitido de generación en generación, que mantiene una relación de armonía con la naturaleza; que sabe defenderse y defender el campo de las adversidades, con una cosmovisión sumamente ajustada al medio. Adivinar si “el tiempo se pone de helada”, si “traerá piedra esa nube o no traerá piedra” o “¿no amargaré la helada negra?” (*Las ratas*, p.13), son conocimientos adquiridos a lo largo de toda la vida, aprendidos y aprehendidos a través de la experiencia de los habitantes más viejos, como lo demuestra el Nini, protagonista de *Las ratas*, que hereda todos esos conocimientos del abuelo Román.

La literatura delibeana representa la quintaesencia de la Castilla rural, una civilización arcaica, sustentada por seres fuertes, armados de valor, que establecen su organización según sus necesidades cotidianas; a veces mitificada, tanto en el espacio rural como urbano, marcado por imágenes grandiosas, trascendentales... y que hunde sus antecedentes ficcionales en un pasado remoto. La visualización de una región eminentemente rural como una metáfora que oscila entre cielo e infierno. No se puede hablar de una Castilla literaria, imaginaria, re-creada... a veces distorsionada, que puede parecer distante del mundo real. Además del fenómeno migratorio, el territorio castellano tiene mucho en común. Sus principales ciudades están marcadas por una larga historia, cada una con su particularidad y su importancia.

Miguel Delibes es consciente de las múltiples caras de Castilla en la literatura española, anulando cualquier posibilidad de considerar la región un Edén en la tierra. Ese pequeño rincón de la geografía del planeta es trabajado a partir de elementos existentes, aprehendidos por el propio autor durante su trayectoria y su experiencia en tierras castellanas, lo que le permite dar nuevas formas y colores. Además, esa experiencia personal del narrador le permite dialogar con el espacio castellano, con un repertorio de imágenes existente, renovándolo o modificándolo, añadiéndole nuevos elementos, nuevos sentidos, nuevas características. De esa forma, el espacio castellano se vuelve una especie de manuscrito, asumiendo una posición importante en la construcción del imaginario. Es la ficción de una Castilla rural que todavía conserva algo de su naturaleza autóctona.

La imagen de la cultura rural que constituye la Castilla delibeana es tan impactante que es imposible que no trascienda más allá de las fronteras españolas. Delibes pinta la imagen de un marco rural amenazado en su supervivencia, con seres que viven a la merced de su propio destino, privados de los elementos más básicos de la dignidad; condenados a abandonar su tierra en búsqueda de mejores condiciones de vida y supervivencia. En este ambiente, de poco sirve la interferencia del hombre “civilizado”, una vez que este, con su avidez de progreso, acaba aplastando las tradiciones milenarias, la sabiduría ancestral que caracteriza el hombre campesino.

En medio de este universo extraordinario, donde las voces de la naturaleza todavía resuenan fuertemente, la fuerza primitiva del hombre rural está en constante movimiento, en plena actuación. Aunque las poblaciones padezcan las consecuencias del abandono y el retraso, es posible “controlar” el medio natural y actuar sobre él. El hombre rural agoniza ante las circunstancias de miseria y hambre, pero la grandiosidad de su sabiduría hace valer su lucha diaria por la supervivencia.

Para Miguel Delibes, la Castilla rural, al igual que la urbana, no es solo un paisaje sublime, con un pasado glorioso, sino también un presente agonizante; es un universo dueño de una tradición milenaria, poseedor de una importante sabiduría popular, y que tiende a desaparecer en contacto con la modernidad. Así, es importante subrayar que las formas de vida rural están en transición o cambio. Sin embargo, como subraya Sánchez Jiménez (1975), se debe tener en cuenta que no es el agricultor ni el hombre rural el principal responsable de la crisis de la agricultura y del universo campesino de modo general, y que tampoco es él el

culpable de la decadencia del campo, en una coyuntura concreta que él no ha producido, ni controlado, y a cuyo desarrollo apenas ha colaborado.

2.3.4 Migraciones y despoblamiento en el mundo rural castellano como un grave problema social

En este apartado pretendemos realizar una mínima reflexión sobre el fenómeno migratorio en la producción literaria de Miguel Delibes, con la mirada puesta en la preocupación que manifiesta el autor por los desplazamientos de las poblaciones rurales hacia los centros urbanos. Para ello, trataremos de huir de una visión puramente determinista o utópica de la realidad rural, teniendo en cuenta las circunstancias socio-históricas o político-económicas y culturales del campo castellano durante el período de la postguerra.

El fenómeno de las migraciones de la Castilla rural no es solo una cuestión de ilustración en la producción literaria delibeana. El autor destaca aspectos como ese que, bastante cotidiano en su literatura, forman parte del pasado de su Castilla natal, pero también del presente; que contribuye a la formación de la identidad del pueblo castellano, de la consolidación de su historia.

En la segunda mitad del siglo XX, la región de Castilla se ha caracterizado por grandes desplazamientos de la población rural hacia los centros urbanos. Motivadas por factores económicos, sociales y políticos, las migraciones se convirtieron en sinónimo de desarrollo y progreso. Muchos campesinos castellanos se vieron obligados a emigrar a las regiones más desarrolladas del país, como Madrid o Cataluña, llevando consigo una cultura tradicional, agraria, sumamente consolidada.

Para Samaniego (1986), es muy notorio el sentimiento de patria chica del castellano, el apego al terruño, tal como lo podemos observar en *Viejas historias de*

Castilla la Vieja, cuyo protagonista, Isidoro, se va a la ciudad, pero no se deshace jamás de los recuerdos de su pueblo. El pueblo para Isidoro es su mundo y no importa el tiempo que lleve lejos de él para seguir sintiéndose parte de ese mundo:

Ya en el año cinco, al marchar a la ciudad para lo del bachillerato... “El día que regrese a mi pueblo” o “Allá en mi pueblo, los hombres visten traje de pana rayada y las mujeres sayas negras, largas hasta los pies”. O bien: “Allá en mi pueblo, la tierra y el agua son tan calcáreas que los pollos se asfixian dentro del huevo sin llegar a romper el cascarón”. O bien: “Allá en mi pueblo, si el enjambre se larga, basta arrimarle una escriña agujereada con una rama de carrasco para reintegrarle a la colmena”. Y empecé a darme cuenta, entonces, de que ser de pueblo era un don de Dios y que ser de ciudad era un poco como ser inclusero y que los tesos y el nido de la cigüeña y los chopos y el riachuelo y el soto eran siempre los mismos, mientras las pilas de ladrillo y los bloques de cemento y las montañas de piedra de la ciudad cambiaban cada día y con los años no restaba allí un solo testigo del nacimiento de uno, porque mientras el pueblo permanecía, la ciudad se desintegraba por aquello del progreso y las perspectivas de futuro (*Viejas historias de Castilla la vieja*, p.09-12).

A pesar del nativismo, los castellanos, obligados por las circunstancias, emprenden un viaje que les lleva a los centros urbanos, casi siempre sin retorno. De acuerdo con Camarero (1993), los constantes desplazamientos ocurridos en el siglo XX están estrechamente ligados al progresivo desarrollo de los transportes que transforma cualitativamente el carácter de la movilidad socioespacial. Además, señala que “los movimientos migratorios son, en versión de los clásicos, expresión de la tendencia de búsqueda del equilibrio o, en términos críticos, expresión de las profundas desigualdades de los sistemas sociales” (CAMARERO, 1993, p. 71), obedeciendo así a un juego de factores que el autor denomina “push-pull” (expulsión-atracción). Se entiende de esta forma que existen fuerzas que contribuyen a la expulsión, “push”, ubicadas en el origen del migrante, y fuerzas

que contribuyen a la atracción, “pull”, ubicadas en el destino. No obstante, es importante reconocer que ese es un fenómeno sumamente complejo y que, en la práctica, puede variar en diferentes medidas, dependiendo de otros factores que impiden y/o dificultan la linealidad del fenómeno migratorio, ya que pueden existir otros obstáculos o barreras igualmente significativas.

Además de esas consideraciones, es importante tener en cuenta que la crisis demográfica que afectó a los pueblos de la Castilla rural ha sido consecuencia de la transformación del Ecosistema Social que, según García Sanz (2000), obligó al mismo tiempo a una nueva reestructuración de la sociedad de Castilla y León. Según García Sanz (2000, p. 21), “todo parece indicar que la población rural carecía de recursos para remontar la crisis a la que sometió la emigración de los años 60-70”. Sánchez Jiménez (1975, p.8), puntualiza que “el verdadero marco de la vida rural –el más característico y generalizado– continua siendo la emigración, el despoblamiento; pero las formas de vida rural permanecen, al menos hasta los años cincuenta, en una extensión y profundidad ya hoy prácticamente inimaginables”. En medio de esta realidad, Miguel Delibes muestra como la vida en el campo va cambiando cuando una gran parte de la población abandona su tierra para ir, en general, en búsqueda de mejores condiciones de vida y supervivencia.

Según Salcedo (1986, p.95):

Hoy nadie escoge voluntariamente la miseria, y nada puede extrañarnos, por tanto, que los más desheredados busquen aquí o allá unas migajas de civilización o de confortabilidad, llegando, si ello fuera preciso, al desarraigo, incluso en zonas como Castilla, donde la resistencia a la emigración bien puede considerarse hasta nuestros días como una constante histórica.

Las profundas desigualdades sociales se hacen bastante en las diferencias económicas, culturales, políticas... que están en el origen de la emigración, siendo, en definitiva, las principales causas que motivan los desplazamientos. Así, al encontrarse con el mundo “civilizado” de las ciudades, podemos observar que, en principio, la vida en la ciudad es más atrayente que la vida en el marco rural, ya que, como subraya Sánchez Jiménez (1975, p. 7), “el hombre que vive en la ciudad o en el suburbio tiene a su disposición muchas posibilidades con las que el campesino mejor situado no puede apenas soñar, y cuenta con determinados accesos a los que el campesino difícilmente llega.” Con base en esta perspectiva, es importante subrayar que el éxodo de personas del medio rural castellano hacia las zonas urbanas, intensificado en el período de la postguerra, es un marco de gran relevancia en la literatura delibeana. Ese fenómeno, que podemos denominar desruralización, puede ser observado en gran parte de la producción literaria del escritor vallisoletano y ocurre en toda la geografía castellana donde, hasta la actualidad, el 80 por 100 del territorio es rural y en él habitan y desarrollan sus actividades más del 50 por 100 de la población.⁹

En los años 60 el flujo migratorio aumenta de forma exponencial. Según subraya Sánchez Jiménez (1975), más de un millón de brazos abandonan la agricultura, destacando que el ochenta por ciento de estos emigrantes pertenecen al proletariado rural, mientras que el resto son agricultores de tierras escasas y normalmente pobres. Dadas las circunstancias de abandono y miseria, Delibes

⁹Información cedida por el presidente de la Junta de Castilla y León, en sus palabras de apertura del libro *La sociedad Rural de Castilla y León en el Siglo XXI* (año 2000).

muestra como muchas veces el hombre del campo se ve obligado a abandonar su tierra para ir en búsqueda de condiciones de vida y supervivencia en los grandes centros urbanos. Como señala Sánchez Jiménez (1975, p.10):

La población rural abandona un vivir comunitario que no ofrece las comodidades apetecidas, y el campo se vuelve inhóspito y cada día queda en él menos gente. Se camina, pues, a una DESRURALIZACIÓN que a través de la crisis y con la perspectiva de un futuro incierto, lleva consigo la transformación de la comunidad rural y el cambio de su estructura, si quiere sobrevivir.

Los más pudientes que, por una razón u otra, disponen de una vida más holgada, no tienen la necesidad de emigrar para ir en búsqueda de mejores condiciones de vida, y así sucede con personajes como el Pruden que - por lo juicioso y previsor era Acisclo por bautismo - “al concluir el verano, poco antes de que la hoja amarilleara, desmochaba los tres chopos escuálidos de la ribera y guardaba la hoja empacada para la alimentar las cabras durante el invierno” (*Las ratas*, pp.12-13).

Como consecuencia de la pobreza y las desigualdades sociales, tales como la miseria y el abandono, temas muy recurrentes en la producción literaria delibiana, la emigración es un fenómeno que vamos a ver reflejado en un número considerable de obras. Fenómeno que adquiere gran protagonismo no solo en *Viejas Historias de Castilla la Vieja* (1964), sino también entre otras obras, como la novela *Diario de un emigrante* (1958), en la cual el personaje principal, Lorenzo, se ve obligado a cruzar el Atlántico en búsqueda de mejores condiciones de vida. En todos los casos, podemos decir que los personajes emigrantes castellanos de Miguel Delibes, en su mayoría gente joven o de mediana edad, pobres y sin un

futuro prometedor dentro de la geografía campesina, están marcados por un prejuicio que se presenta de manera muy crítica y matizada en las obras del autor. En varios momentos los personajes son víctimas de discriminación por el sencillo hecho de “llevar el pueblo en la cara”, especialmente en circunstancias que exigen demostrar ciertos conocimientos a los que difícilmente un campesino tiene acceso – si no sale a buscar lejos de su pueblo -, o una solidez económica.

De acuerdo con Pérez Díaz (1971, p.137), “la emigración implica un cambio profundo en la vida del emigrante y en la de su familia: un cambio de actividad profesional y de medio de referencia para la vida social”. Así es cuando podemos recordar al inolvidable Lorenzo, a quien conocemos desde *Diario de un cazador* (1955), en su conflicto típico de un emigrante en tierras extranjeras, en los confines del horizonte chileno (*Diario de un emigrante*, 1958), una vez que abandona sus aventuras en los campos castellanos donde, junto a otros cazadores, demuestra sus talentos y su destreza para cazar, y no solo a la perdiz roja.

Delibes muestra que el castellano que abandona su tierra difícilmente se adapta a una nueva realidad. Como afirma el escritor Manuel Rivas, “lo que busca todo emigrante es pan y libertad”¹⁰. No obstante, la emigración, ese alejamiento de la tierra natal, en muchos casos acaba resultando muy duro para el que se va –sea de forma voluntaria o involuntaria-, expulsados por la necesidad de buscar el pan o la libertad, de forma directa o indirecta. Muchas veces emigrar es sinónimo de “abandono” o pérdida de los orígenes, de las referencias...

¹⁰ www.elmundo.es Ver edición digital de 15.10.2001, consultada el 05.04.2012.

La *saudade*, el dolor, la desesperanza... son algunas de las principales consecuencias del alejamiento de la tierra natal, aunque “el que marcha siempre está un poco por encima: en la silla del caballo, en la ventana del tren, en el puente del barco, en la escalera del avión”¹¹. Ya para Pérez Díaz (1971, p. 140), “el emigrante sale de su marco natural...” y “se desarraiga de él”. Y añade el autor: “Desarraigarse es dejar la raíz al descubierto, a la intemperie, sin protección”. En su nuevo destino, el emigrante está obligado a superar constantes conflictos que son propios de su condición de emigrante. Entre ellos, el proceso de adaptación. Por otro lado, el autor subraya que: “La adaptación relativa, a niveles tal vez de penuria, subentendida por una insatisfacción de mayor o menor alcance, pero por la que el individuo puede creer que dispone, a pesar de todo, de ciertos elementos de certidumbre, motivos de seguridad, defensas contra ‘lo peor’” (PÉREZ DÍAZ, 1971, p.140).

En efecto, Miguel Delibes presenta de forma sumamente directa el problema del abandono del campo y, por consiguiente, el sufrimiento del hombre rural cuando llega a la ciudad. Todo ello lo podemos observar también en obras como *Las guerras de nuestros antepasados*, *El disputado voto del Señor Cayo*, *El camino* o *La hoja roja*, entre otras, textos en los que el escritor vallisoletano pone de manifiesto su gran preocupación por el grave problema del abandono del campo, reflejando la dura realidad del universo rural castellano. En *Los Santos Inocentes*, una de las pocas obras de Miguel Delibes no ambientada en territorio castellano, el autor apunta igualmente al abandono del campo y a la búsqueda de mejoras sociales en la ciudad:

¹¹ RIVAS, M. *En salvaje compañía*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, S. L, 2007, p. 53.

Ahora todos quieren ser señoritos, Paco, ya lo sabes, que ya no es como antes, que hoy nadie quiere mancharse las manos, y unos a la capital y otros al extranjero, donde sea, el caso es no parar, la moda, ya ves tú, que se piensan que con eso han resuelto el problema, imagina, que luego resulta que, a lo mejor, van a pasar hambre o a morirse de aburrimiento, vete a saber... (*Los santos inocentes*, p.46).

Para el escritor de Castilla, el abandono del campo es abrumador. De ahí, su gran preocupación por la emigración y, por consiguiente, por el despoblamiento de la Castilla rural y la posible desaparición de la vida humana en el mundo rural. En conversación con César Alonso de los Ríos (1993, p.25), Delibes lamenta la “huída” del hombre del campo a las ciudades, principalmente la población joven: “Muchos campos quedaron yermos, otros desatendidos, las familias rotas –los abuelos al cuidado de los nietos en espera de que los padres encontraran acomodo– y la cultura campesina en trance de desaparecer”.

Con la “huída” de la población joven hacia la ciudad, el campo castellano queda mayoritariamente habitado por personas ya viejas, lo que nos hace subrayar que, así, la vida en el marco rural queda condenada a no prolongarse mucho en el tiempo. Mientras la vigorosa vida urbana se desarrolla a pleno vapor, podemos observar que los pueblos envejecen con sus gentes y, puesto que ya no hay lugar para que las yuntas de bueyes o de mulas sean productivas, nadie se va a convencer de que merece la pena arar a la manera antigua, ya que para eso están los tractores.

De acuerdo con la perspectiva de Sánchez Jiménez (1975, p. 7),

la agricultura está en crisis porque el cambio moderno y la industrialización reciente le obliga a variar de plano en el proceso de la vida económica actual. La agricultura ha dejado de ser ocupación de la mayoría de los hombres y ha dejado de suponer la

parte más considerable de la Renta Nacional. Emplea hoy a menos hombres y la producción por hombre es relativamente menor que en la industria y los servicios.

Debido a esas y otras cuestiones, Miguel Delibes denuncia el abandono imperante en su Castilla natal que, a lo largo de medio siglo ha estado bajo la equivocada política impuesta desde Madrid, que se caracterizó por privilegiar las regiones más desarrolladas, como Cataluña, agrandando las diferencias entre regiones ricas y pobres. Aun careciendo de políticas públicas destinadas a la fijación del hombre del campo y el desarrollo rural, Delibes no solo denuncia las injusticias existentes en el marco rural castellano, sino que no se cansa de elogiar el campo, otorgándole un gran protagonismo y llegando casi a prescindir del mundo civilizado del progreso, ubicado en los centros urbanos. El autor es consciente de que las transformaciones ocurridas en el universo rural no son producto de grandes cambios revolucionarios, y tampoco se originan en una manifestación espontánea de la naturaleza, sino que forman parte de las mutaciones de la sociedad como un todo, siendo fruto, principalmente, de las consecuencias de la crisis agrícola o de ausencia de políticas públicas, destinadas a la fijación del hombre en el campo.

Por ello, Samaniego (1986, p.58) subraya que,

nada más lejos está nuestro autor castellano del tópico horaciano consolidado en el Renacimiento, al considerar el ambiente pastoril como arquetipo supremo de la existencia sencilla, natural y, por tanto, perfecta; nada más lejos de la complacencia de la naturaleza, como marco adecuado de incidencias amorosas, de exaltaciones estéticas y morales de la naturaleza, del tema pastoril de la Edad de Oro, derivados, como sabemos, de Teócrito, Virgilio u Horacio que tantas veces reaparece en nuestra literatura española.

No obstante, advertimos que Miguel Delibes es consciente de que lo que necesita el campesino castellano no es abandonar su tierra para ir en búsqueda de mejores condiciones de vida y dignidad en las ciudades. El autor tampoco cree que en las ciudades se encuentre la solución para los problemas del mundo rural. Lo que propone el autor, como forma de solucionar la problemática del mundo rural, es hacer que el tan anhelado progreso llegue al campo sin que haya la necesidad de abandonar la vida del campo para ir en búsqueda de la “civilización” en la urbe. Así, se justifica su lucha en defensa de la vida en el marco rural y su preocupación por el fenómeno de las migraciones.

La preocupación de Miguel Delibes acerca del éxodo del campo hacia la ciudad es muy evidente, como también es grande su preocupación por la defensa de la fijación/mantenimiento del hombre en la aldea. No obstante, no por eso podemos clasificarlo como un escritor eminentemente ruralista, aunque en gran parte de sus novelas¹² aborde la problemática social del mundo rural, ya que su producción literaria también aborda el mundo urbano. Lo que hay en su obra es una aguda conciencia de lo que suponen los desplazamientos. Para Delibes, el trasladarse a otra realidad, a otro mundo, en este caso el mundo urbano, puede suponer el desahucio, la pérdida de la identidad, el fracaso personal, entre otros factores.

En medio de todas esas preocupaciones, el abandono del campo es algo de lo más abrumador para el escritor de Castilla. De ahí su gran preocupación por él y,

¹²A saber: *El camino* (1950), *Diario de un cazador* (1955); *La hoja roja* (1959); *Las ratas* (1962); *Viejas historias de Castilla la vieja* (1964); *Con la escopeta al hombro* (1970); *Las guerras de nuestros antepasados* (1975); *El disputado voto del señor Cayo* (1978); *Los santos inocentes* (1981), entre otras obras.

por consiguiente, por la desaparición de la vida humana y de las tradiciones en el mundo rural que llevan al campesino a enfrentarse, constante e inevitablemente, con los “males de la civilización”. El escritor de Castilla advierte que el medio rural está condenado a quedarse despoblado, sin vida, sin gente ni cultivo, y lo destaca continuamente, no solo en sus novelas, sino también siempre que tiene la oportunidad de exteriorizar su implicación en defensa del hombre y del campesino castellanos. De ahí su patente preocupación por la despoblación del marco rural y la inminente muerte de la cultura y las tradiciones rurales.

La literatura de Delibes representa una yuxtaposición de voces, la voz de muchos castellanos perdidos en su mundo, imposibilitados –ante el dinamismo de la modernidad– de sostener su vida y su cultura en el ámbito rural. En su Discurso de ingreso en la Real Academia Española, (*in* VILANOVA, 1993, p. 32) el escritor no duda en recordar lo que ocurre en el mundo rural en los últimos tiempos y llama la atención a las consecuencias ocasionadas por la avidez del progreso: “Hemos matado la cultura campesina, pero no la hemos sustituido por nada, al menos por nada noble. Y la destrucción de la naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste”. Y este “asesinato” de la cultura campesina se presenta en forma de éxodo rural. De este modo, Miguel Delibes muestra que los desplazamientos, el fenómeno de las migraciones, afectan a la sociedad rural como un todo, desde la infancia a la edad adulta, ya que la vida en el marco rural poco se diferencia en el espacio y en el tiempo. En este entorno, niños y mayores enfrentan las mismas circunstancias, poseen las mismas necesidades (podríamos decir que hay una cierta

homogeneización en las necesidades básicas de la infancia, adolescencia y edad adulta). Esa realidad más que parecer irónica es lacónica, permitiendo el total distanciamiento entre el bienestar y la posibilidad de consumo.

El disputado voto del Señor Cayo (1978), ambientada en un pueblo cuyo número de habitantes no suma ni media docena, muestra el fenómeno de los desplazamientos, el abandono de la tierra natal en búsqueda de mejores condiciones de vida en los centros urbanos. *El camino* (1950), *Diario de un emigrante* (1958) o *Viejas historias de Castilla la vieja* (1964), son también textos reveladores en los que los protagonistas son el ejemplo contundente de esos desplazamientos.

Miguel Delibes se identifica y se autodefine como un hombre de campo, pero “un hombre-de-campo-con-una-pluma-en-la-mano” (DELIBES in ALONSO DE LOS RÍOS, 1993, p.17) y no un simple *intelectual*¹³. Con esta afirmación, observamos que, aunque el autor pertenezca a la burguesía castellana por herencia familiar, quizás esta identificación con el mundo rural sea una forma eficaz que le permita huir de la soledad de la vida en la ciudad, de los espejismos de la civilización, de las imposiciones de los medios de comunicación, acercándose así a la vida sencilla del campesino. Delibes se viste de aldeano, habla su lengua, sueña sus sueños... Todo eso lo hace a través de sus personajes, capaces de transmitir los problemas y las angustias que afligen al escritor.

El *hombre-de-campo-con-la-pluma-en-la-mano* es, según Alonso de los Ríos (1993, p.31),

¹³“Término que el propio don Miguel Detestaba”, según destaca Ramón Buckley (2012) en su libro *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo*, p.15.

...extraña mezcla de profesor y campesino, entre refinado y natural, cuya reposada voz puede explotar en una risotada, comunicativo y triste, vestido con cazadora, pantalón de pana y botas, enemigo del televisor y de las tertulias, es en los tiempos que corren una especie de guerrillero, un resistente. Es, indudablemente, un tipo inactual.

Así, observamos que al vestirse de sus personajes, y viceversa, Miguel Delibes nos lleva a descubrir la interdependencia que hay entre su vida y su obra. Este “campero incansable era un indígena de la ruralidad que amaba los ciclos de la naturaleza, y también un estupendo pedagogo que no cejó en su empeño, transmitiendo el placer de acercarse a la intimidad calma de lo natural, y criticando a quienes por intereses espurios arriesgan el futuro de todos”.¹⁴ Juega, además, con la lengua y las historias del mundo donde ha compartido muchas experiencias: el de los campos castellanos, con su peculiar geografía y tradición. Miguel Delibes es portavoz de muchos castellanos que están “escondidos” o “perdidos” en la geografía castellana, imposibilitados –ante el dinamismo de la modernidad– de sostener su vida y su cultura. Eso demuestra su preocupación por el universo rural y la muerte de su cultura y tradiciones.

Retratar este universo rural como lo hace Miguel Delibes es, sin duda, una demostración de la sensibilidad del autor y de su conocimiento de este mundo, y lo hace en una amplia y variada producción literaria, a través de la que traslada toda la problemática de la población que vive al margen del progreso, pero también muestra que en el ámbito rural no todo son problemas. Delibes es mucho más que un narrador rural, como él mismo se definió, porque es también un escritor de la

¹⁴Ecologistas en acción. <http://www.ecologistasenaccion.org/article16838.html>. Consultada el 02.06.2012.

naturaleza y para la naturaleza, enamorado del universo campesino. Con el ávido deseo de enaltecer el mundo rural, juntamente con su lenguaje, sus tradiciones y sus costumbres, además de levantar su voz en defensa de la supervivencia y denunciar las agonizantes circunstancias a las que muchas veces están sometidos, Miguel Delibes se permite rescatar, inventar o recrear palabras propias de la oralidad, o que se acercan a la magia de los relatos orales, y lo hace de forma lúcida, experimental. El conocimiento y “dominio” de la cultura rural es una de las características más relevantes de Miguel Delibes. Esa capacidad del escritor se particulariza y se aprecia muy netamente en la historia de sus personajes.

Lejos de ofrecer una representación meramente romántico-bucólica del mundo rural, Miguel Delibes trae a la ficción la representación social y la discusión de la problemática existencial del campo, llamando la atención de los lectores hacia los problemas de la naturaleza y del hombre, con un impulso crítico, con una manera comprometida de hacer literatura:

Daniel, el Mochuelo, le preocupaba la razón por la que en el valle no había perdices. A él se le antojaba que de haber sido perdiz no hubiera salido del valle (...) Su padre le relataba que una vez, muchos años atrás, se le escapó una pareja de perdices a Andrés, el zapatero, y criaron en el monte. Meses después, los cazadores del valle acordaron darles una batida. Se unieron treinta y dos escopetas y quince perros. No se olvidó un solo detalle. Partieron del pueblo de madrugada y hasta el atardecer no dieron con las perdices. Mas sólo restaba la hembra con tres pollos escuálidos y hambrientos. Se dejaron matar sin oponer resistencia. A la postre, disputaron los treinta y dos cazadores por la posesión de las cuatro piezas cobradas y terminaron a tiros entre los riscos. Casi hubo aquel día más víctimas entre los hombres que entre las perdices (*El camino*, pp.123 - 124).

El autor re-construye hechos histórico-sociales y describe realidades que trascienden lo literario, apoyándose en su experiencia personal, “inspirada no en una actitud nihilista y desesperanzada, sino en un sentimiento de indignación y de protesta contra la radical injusticia que impera en la sociedad, causa determinante de su irreductible postura de rebeldía moral” (VILANOVA, 1993, p.38). Transmite así, en cierto modo, “un ideal o un aliento de justicia, de concordia, de solidaridad y de no violencia en esta sociedad violenta y deshumanizadora en que vivimos” (VILANOVA, 1993, p.38).

Sin perder de vista su tradición literaria, Miguel Delibes asume en su literatura una actitud reflexiva, revolucionaria, con una gran capacidad de construir una realidad histórico-social y literaria con un fiel conocimiento de causa y, principalmente, con libertad imaginativa y lucidez. Todo ello respaldado por la literatura que, “además de ser una institución cultural con proyección social que varía según las coyunturas históricas, es también una forma estética, valorable según parámetros específicos” (REY, 1993, p.102).

Podemos recordar que el escritor de Castilla es un fiel testigo de una de las épocas más oscuras de la historia de España, la postguerra; deja claro el papel que asume como escritor e intelectual dentro de la sociedad y su implicación con una literatura comprometida, fruto de un oficio cumplido con un evidente fin social. Delibes eterniza el mundo rural de la postguerra en su literatura y nos muestra que este mundo está en trance de desaparición, condenado a perder su modo de vida, sus características peculiares, su lenguaje y sus tradiciones... Y lo hace a través de unos personajes que son entrañables, moldeados para la lucha por la supervivencia,

capaces de hacer sentir al lector sus angustias, de obligarle a reconocer la importancia de su relación con la naturaleza para el equilibrio y el mantenimiento de la vida en el planeta. Todo eso gracias a su conocimiento de un medio que, para el hombre de la ciudad, constituye una verdadera “caja negra”.

En lo que se refiere al modo de vida del mundo rural, observamos que la relación de los habitantes con el medio es armónica, sin que falten tampoco los problemas puntuales. Los personajes de Delibes son sencillos, con modos rudimentarios, pero sabios en su esencia; poseen un conocimiento milenario de los recursos naturales, y explotan el medio de manera que no perjudique el equilibrio del planeta; respetan cada ciclo sin despilfarro, con una vida basada en la subsistencia y sin ninguna pretensión mercantilista. Y, desde la óptica de la creación literaria, según Vilanova (1993, p.34), en cuanto al prototipo del hombre rural:

Se trata de un tipo humano de muy escasa complejidad, que aparentemente no plantea grandes problemas para convertirse en personaje de novela, pero cuya mentalidad primaria y elemental resulta extremadamente difícil de captar para un espíritu formado en las mentiras convencionales de la civilización moderna.

El hombre rural, en la obra de Miguel Delibes, no posee la necesidad de acumular fortuna, de cambiar su modo de vida por el progreso de las ciudades; no necesita más que tener asegurado el pan de cada día. Podemos decir que son seres que poseen una fortaleza notable, que se enfrentan con las adversidades del clima y de la propia vida sin rechistar, que rechazan todo y cualquier cambio que afecte la esencia de su modo de vida, de sus costumbres y tradiciones, que son luchadores incansables. Siendo así, Miguel Delibes no adopta, sin embargo, una postura

simplistamente rousseauniana -desde el mito del buen salvaje-, y está muy lejos de valorar al campesino como el conjunto de todas las virtudes. La actitud de cierta piedad que parece adoptar el escritor vallisoletano ante las circunstancias en las que vive el hombre del campo, la podemos observar más profundamente en novelas como *Las ratas*, en la cual el escritor muestra una vida rural completamente desubicada de las normas sociales impuestas por el mundo “civilizado”, el mundo del progreso. Para Vilanova (1993, p.36):

Se trata de un tremendo alegato contra una determinada situación económica y social, en el cual el gran novelista vallisoletano sustituye la pintura sonriente e irónica de la vida pueblerina por una visión mucho más trágica y sombría del mundo aldeano y rural, en un recio y dramático aguafuerte donde traza un cuadro hiriente y sobrecogedor de la existencia primitiva y misérrima de un pueblo de la alta paramera castellana.

En este sentido, un paisaje no es solo una visión, ni implica únicamente un punto de vista, sino que constituye la transformación en palabras de la mirada del escritor. Dicho más tajantemente: Castilla es un tema en Delibes, pero también su conformación verbal, y este aspecto básico no puede quedar al margen, porque la literatura se hace con palabras. La producción literaria de Miguel Delibes funciona como elemento clave para desenmascarar contradicciones y mitos sobre el mundo rural, haciendo entender que el campesino es tan importante para la sociedad como el habitante de la ciudad; que la vida en el mundo rural es al menos tan importante para el equilibrio del planeta como la vida en el marco urbano. Por ello, el escritor asume un papel político-social sumamente amplio, pues destina su literatura a la formación del ser humano, como individuo crítico, haciéndole consciente de sus

derechos y deberes. Además, su literatura constituye un elemento fundamental para la formación del pensamiento crítico, intentando conseguir que la historia oficial pueda llegar a ser cuestionada. De esta forma, el escritor alcanza el estatuto de formador de opinión.

Son las circunstancias de miseria y abandono del mundo rural las que hacen que Miguel Delibes sea un escritor consciente, comprometido con la dignidad humana, dando a entender que su literatura no es fruto del destino, puesto que asume un compromiso ante la vida y la condición humana. Al combinar elementos histórico-sociales y literarios en sus textos, el autor da una dimensión mucho más amplia a su obra, haciendo que el lector disfrute de su literatura de la misma manera que se inquieta, que se manifiesta, cuestiona y se implica con la problemática existente.

Miguel Delibes es consciente de que su literatura posee una dimensión social, tal como está seguro de su papel de escritor en defensa del mundo rural. De esta manera, es importante recordar que la actualidad de los textos del cazador-que-escribe corresponde a una experiencia socio-personal, efectiva y afectiva, y que goza de una libertad artístico-literaria completamente desligada de formalismos teóricos, pero muy vinculada a los acontecimientos y necesidades históricas de la sociedad española de postguerra. Por ello, la fascinación del escritor por el mundo rural -y por las historias de su Castilla natal- no sigue ningún rigor científico o exigencias formales ni de mercado.

El escritor reconoce que la naturaleza le ha ganado; en ella reside “la expresión más patente de su espontaneidad natural, no contaminada por el veneno

corruptor de la civilización y el progreso” (VILANOVA, 1993, p.33), a partir de la cual surge su vocación de novelar la vida de las “gentes humildes y sencillas que habitan en los campos de Castilla”, en una actitud que es todo menos caprichosa. Para Delibes, “la novela es el hombre y el hombre en sus reacciones auténticas, espontáneas”.

Así, queremos compartir la idea de Miguel Delibes de considerar el texto literario como un vehículo de transformación social, con la certeza de que su literatura apela a la conciencia de los lectores y contribuye a la transformación de la sociedad rural, al mismo tiempo que invita a toda la sociedad al debate.

III- LA FIGURACIÓN DEL ESPACIO EN LA LITERATURA

3.1 El protagonismo del espacio en la narrativa delibeana

En el marco de la teoría y la crítica literarias, el espacio, entendido como el lugar de la acción y el entorno geográfico en que ocurren los hechos, es uno de los componentes narrativos que ha merecido más atención. Además, es un elemento de gran magnitud dentro de la obra narrativa.

En diferentes épocas de la historia, la crítica literaria se ha ocupado de tratar las cuestiones con respecto a esta temática con enfoques muy variados. Para Álvarez Méndez (2002, p. 386), “el espacio es un elemento de la trama que proporciona concreción y verosimilitud a la historia, pero que, además se convierte en un signo que crea sentidos sintácticos, semánticos y pragmáticos”. Para esta autora, es esa riqueza textual la que dota al espacio de significado, de forma que puede llegar a ser incluso más relevante que los personajes que lo habitan. En otros estudios del espacio se señala que esta capacidad de protagonismo en la narrativa viene reforzada por otros espacios muy variados: sociales, psicológicos, arquitectónicos, temporales, etc.

La existencia de una conexión entre el espacio literario-ficticio y el mundo real, representado por él es muy relevante. Para Álvarez Méndez (2002, p. 30), “a través de la ficción se crea una nueva realidad, distinta de la normal, conformada por mundos literarios y representada en un contexto”. No obstante, se trata de un proceso cuya complejidad es considerable, ya que todo se da de manera imaginaria,

captando el espacio real y transformándolo en otra realidad, dándole otro matiz, otra consistencia.

En el espacio ficcional, la imaginación cobra un lugar sumamente importante, puesto que es capaz de dar lugar a nuevas realidades, de llevarnos inmediatamente a otros lugares y/o dimensiones; a otras épocas. Además, puede incorporar elementos del cotidiano, de nuestro entorno, al mismo tiempo que puede apoyarse en referentes externos, lugares reales o imaginarios, convirtiéndolos en una realidad nueva. No obstante, sin ser jamás un mero reflejo de la realidad, puesto que la ficción juega un papel importante en el proceso de la comprensión y la participación del lector en su papel de “operario” del texto. De ahí que el texto solicite una participación activa del lector que debe colaborar en su construcción, haciendo previsiones de esta *realidad*, ya que siempre existirá una puerta abierta para la reconstrucción imaginaria de los hechos, lo que confiere su complejidad a la obra. Todo ello porque, para Buckley (2012, p12), “un texto es como un río que baja de esa montaña que es el propio autor y cuyo curso ni él mismo puede adivinar”. Y el texto, al caer en manos de un público lector, es modificado, a menudo tergiversado y, de este modo, ganando nueva vida.

De acuerdo con Umberto Eco (1996, p. 85), “el lector tiene que saber que lo que se le cuenta es una historia imaginaria, sin por ello pensar que el autor está diciendo una mentira”. Eso implica una relación directa con el autor, alcanzar lo que Eco llama un “pacto ficcional”, ya que el autor “finge” hacer afirmaciones verdaderas, mientras el lector “finge” aceptar como verdaderos los hechos salidos de la ficción. En este caso, se puede afirmar que tanto el autor como el lector son

igualmente “fingidores”. Por eso, según señala Eco (1996, p.11), “todo texto es una máquina perezosa que le pide al lector que le haga parte de su trabajo”. Y, al poner en marcha esta máquina, el lector-colaborador, en su función de “operario”, necesita “controlar” la máquina, dotándose de unos conocimientos previos de la materia con la que va a interferir. De esta forma conseguirá que su funcionamiento sea óptimo, sin comprometer la dinámica de la máquina y del contexto en la que se inserta.

En su condición de “máquina perezosa”, el texto literario no habla por sí solo, tampoco proporciona todos los instrumentos que el lector necesita para ponerlo en marcha, entrando en escena elementos exteriores que aportarán nuevos instrumentos para que la máquina pueda desarrollar su trabajo con eficiencia. De ahí que, ante una narrativa literaria, diferente siempre de los textos científicos (antropológicos, sociológicos, filosóficos, etc.), el lector se beneficia de la libertad que le faculta el imaginario para manejar la materia histórico-social o político-cultural que aporta el ficcionista.

Miguel Delibes, el autor objeto de esta tesis, prioriza y da protagonismo al espacio rural en su producción literaria, presentando el mundo del campo como ficción en diferentes dimensiones. Para el autor, el mundo rural no se presenta como un paraíso perdido, sino como un espacio idílico improbable, debido a la amplitud de la problemática existente:

¿Que el pueblo era ferozmente individualista y que una corporación pública tuviera poco que hacer en él, como decía don Ramón, el alcalde?

¿Que la Guindilla mayor y el Cuco, el factor, no eran discretos? Bien. En ningún cuerpo falta un lunar (*El camino*, p. 33-34).

El papel que el espacio asume dentro del texto es relevante. Los matices que presenta el espacio en la novela es un tema de trabajo específico del crítico Ricardo Gullón. En el libro *Espacio y novela*, publicado en 1980, Gullón trata de establecer los diversos conceptos de la espacialidad, trazando todo un sistema de interpretación del espacio ficcional. El espacio literario pertenece al texto, y lo que está fuera de él constituye la realidad, siendo el autor el responsable de producir este espacio “literario”.

El espacio literario es del texto; allí existe y allí tiene vigencia. Lo que no está en el texto es la realidad, lo irreductible a la escritura. Una de las funciones del yo narrador consiste en producir ese espacio verbal, un contexto para los movimientos en que la novela se resuelve; espacio que no es reflejo de nada, sino invención de la invención que es el narrador, cuyas percepciones (trasladadas a la imaginación) le engendran (GULLÓN, 1980, p. 02).

En la visión gulloniana, el espacio en la novela no es más que la creación del autor, y pertenece exclusivamente al texto literario que, a su vez, deja de ser un reflejo de la realidad, tal como lo pretendían los románticos, y tampoco se ubica o se adapta en un espacio ajeno al suyo. Con esa afirmación, Gullón (1980) pone en tela de juicio los estudios anteriores, que tienen esa línea de pensamiento como facilitadora de la comprensión del texto literario. Según el autor, hay un espacio verbal o ficcional, construido por el narrador a través de su propio discurso, resultado de su percepción; expresado paralelamente, en forma de alusiones, donde las imágenes chocan, se entrelazan, y construyen otra realidad.

La consistencia de este espacio se da “A medida que los hechos estilísticos trazan en el texto una figura visible: reiteraciones, alusiones, paralelismos,

contrastes, asocian unas frases con otras, y la construcción se impone al lector como el lugar de la ocurrencia que a su vez lo constituye: la lectura” (GULLÓN, 1980, p. 02). Siendo así, es posible subrayar que el espacio de la ficción está construido por medio del discurso del autor, contrastando con el discurso de otros personajes del ambiente por el que él se maneja. Todavía según Gullón (1980, p. 02), “el espacio inventado existe a partir de la invención misma; esta le confiere su consistencia y con ella su realidad. El espacio absoluto puede ser abandonado a favor de un espacio cambiante que en la novela desempeña funciones precisas”. Este espacio, construido por el discurso narrativo, no es un espacio puro, lineal, eximido de las *impurezas* de las circunstancias de la realidad espacial o temporal; puede llevar consigo las turbiedades, sobre todo del tiempo, pero estas son elementos que contribuyen a configurarlo, le dan significados, etc., pues el espacio no es, en sí, más que una abstracción derivada de las realidades en que nos movemos. No obstante, aun siendo una abstracción a partir de lo real, dentro del texto literario el espacio abstracto será siempre tangible, reconocible, identificable en su forma y en su sentido a través y en la palabra que lo crea.

En cuanto a la pureza del espacio, insiste Gullón (1998, p. 05):

El espacio puro, simplemente, no existe. Para ser potable, como el agua y como el tiempo, ha de arrastrar las impurezas que le confieren existencia, y, sobre todo, esa impregnación de temporalidad que lo humaniza. Así, tendrá sentido y servirá, como en el *Lazarillo* y en *La de Bringas*, para hacer explícita la significación y el alcance de la novela.

En la ficción literaria, los espacios pueden alcanzar dimensiones sumamente amplias, trascendiendo lo literario y lo territorial-geográfico o mítico-laberíntico;

pueden ser concretos o subjetivos; y pueden resultar “formadores” o “deformadores” de los personajes y las cosas, según el abordaje del autor. En la literatura delibeana, uno de los ejemplos más extremos de es espacio formador (deformador) del personaje es precisamente, según Gullón (1998, p. 09), *Parábola del náufrago* (1969), donde el protagonista es sometido a un proceso degradante en un confinamiento del que no puede escapar.

Los estudios críticos dedicados a la narrativa delibeana señalan el protagonismo del espacio en la producción literaria del escritor vallisoletano, coincidiendo con la idea de que los elementos esenciales de su narrativa - pobladores de ese espacio - se resumen en los personajes, sin quitarle importancia al narrador, otra pieza fundamental. Para Agustín Cuadrado (2010, p. 27),

Una de las características más sobresalientes y de fácil reconocimiento que se encuentra el lector ante la producción escrita de Miguel Delibes es la insistencia del autor vallisoletano en conceder a Castilla, tanto a sus espacios rurales como a los urbanos, un papel de protagonismo que comparte con sus personajes más significativos. Consecuentemente, dicha región se ha constituido en una importante cuestión de estudio y de casi obligada referencia dentro del cuerpo crítico delibesiano.

A lo largo de su trayectoria de escritor, Miguel Delibes ubica su producción en un escenario muy precisa y minuciosamente definido: el escenario castellano. Al mismo tiempo que el autor reclama el derecho a la ciudad, propone su literatura como vehículo transmisor de consciencia, en lo que se refiere a la necesidad de recuperar el campo y, por consiguiente, hacer posible el mantenimiento de la vida en el universo rural. Para ello, sus personajes sirven, junto a los espacios físicos e

históricos, para dar a conocer la realidad de la Castilla rural, en una dimensión muy amplia, con todas sus inquietudes y preocupaciones.

En gran parte de su narrativa, el escritor vallisoletano da protagonismo al espacio castellano, ambientando el mayor número de novelas en el marco rural, con una gran simpatía por sus “paisanos”, desvelando su preferencia por el campo, “frente a la superficialidad y mediocridad de los personajes urbanos” (CELMA VALERO, 2010, p.10). Todo ello anclando su discurso en la imaginación, nutrida en la ficción literaria y en su propia experiencia en su Castilla natal.

En efecto, conviene señalar también que los espacios rural y urbano no se excluyen entre sí, ya que, como afirma Álvarez-Blanco (2010, p.44), “existen como realidades independientes”, y eso a pesar de que en muchas novelas modernas se desprecia el vínculo con lo natural, pintando el espacio urbano como lugar de “civilización” y dotándole de una superioridad peculiar frente al espacio rural. Si miramos detenidamente, es fácil vislumbrar el binomio Castilla y Delibes como algo bastante novedoso. En esa perspectiva, Cuadrado (2010) reconoce que son escasos los acercamientos interdisciplinarios a esa cuestión, existiendo, también, una gran carencia teórica y metodológica.

A pesar de que existe una conciencia colectiva de la estrecha relación de Castilla – “entendida como un espacio físico” – y sus habitantes, pocas veces se ha recurrido a las aportaciones teóricas de disciplinas como la sociología o la geografía, que pueden resultar muy útiles. Álvarez Méndez (2010, p. 20), en el artículo “Territorios, parajes y contornos literarios: aproximación teórica al espacio en la narrativa actual”, señala que:

En la narrativa española de las últimas décadas se aprecian, pues, las múltiples funciones y posibilidades representativas de un espacio humano configurado por un entramado de ámbitos que potencian el significado de las tramas de la acción. No es sólo el escenario en el que se sitúan los personajes y donde acontecen los hechos, sino que logra convertirse en muchas ocasiones en un protagonista más de las historias.

Además del protagonismo del espacio en la narrativa delibeana, es muy significativa la relación entre los personajes y ciertos elementos que componen la trama. En obras como *Las ratas*, a través de una diáfana prosa poética, el lector se enfrenta con una realidad abiertamente simbólica, mítica, cuyos espacios y objetos reflejan la vida de cada uno de los distintos personajes.

En un mundo sin oportunidades ni perspectivas, como el que aparece en la referida novela, lo temporal (presente o pasado), lo histórico, adquieren una densidad mítico-parabólica, perdiéndose en el espacio y en el tiempo, ubicado como una referencia que sirve como motivación y entretenimiento, sin olvidar, al mismo tiempo, su anclaje en las circunstancias reales y su impulso de denuncia social. El narrador (re)presenta la referencia a la peste con la misma frialdad con la que presenta una corrida de toros. Esa representación “fría” llega a parecer anecdótica, y lo es, puesto que no desempeña otra función que la de retroceder en el espacio y en el tiempo, a modo de ilustración de hechos pasados. Desde esa perspectiva (de frialdad), podemos concluir que, tomada de una manera corriente, sin darle demasiada importancia a la gravedad de los hechos, es mucho más fácil seguir adelante, sin dejarse afectar por la cruda realidad. En unos tiempos de escasez y unas circunstancias de abandono y miseria, hay que mantener la esperanza, aunque ya se esté muerto para el mundo civilizado del consumo.

Dentro de la intimidad de su espacio (rural), Delibes muestra unos personajes autónomos, que se manejan en su realidad con completa libertad. No obstante, una vez obligados a abandonar el pueblo, los personajes parecen aturcidos, como ocurre en obras como *Diario de un emigrante*, *El Camino*, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, entre otras. En la mayoría de los casos, los personajes, una vez desarraigados de su *hábitat* natural, se presentan como aturcidos ante la nueva realidad; acaban perdiendo su identidad, puesto que ya no pertenecen a su pueblo ni al pueblo “nuevo”. A modo de ejemplo, a continuación apreciamos un fragmento de *Viejas historias de Castilla la vieja*, en el que el protagonista, Isidoro, sufre el *shock* de un mundo ajeno al suyo:

Ya en el año cinco, al marchar a la ciudad para lo del Bachillerato, me avergonzaba ser de pueblo (sin indagar antes si yo era de pueblo o de ciudad): “Isidoro ¿de qué pueblo eres tú?” Y también me mortificaba que los externos se dieran de codo y cuchichearan entre sí: “¿Te has fijado qué cara de pueblo tiene el Isidoro?” (...) Y cada vez que en vacaciones visitaba el pueblo, me ilusionaba que mis viejos amigos, que seguían matando tordas con el tirachinas y cazando ranas en la charca con un alfiler y un trapo rojo, dijeran con desprecio: “¡Mira el Isi; va cogiendo andares de señoritingo!” (*Viejas historias de Castilla la Vieja*, pp. 10-11).

Como podemos observar, Miguel Delibes siente preferencia por los espacios abiertos y por personajes que él considera “perdedores”: niños, adultos fragilizados por las circunstancias del espacio y del tiempo; individuos que se ubican en un ámbito concreto de actuación; que se desplazan por el seno de la trama; individuos activos, en constante movimiento.

Al referirnos al espacio rural, observamos que las novelas de Delibes se desarrollan en ambientes, en general, abiertos, con un dinamismo patente, y el

relato viene marcado por abundantes saltos espaciales, ya que las acciones ocurren en muchos lugares al mismo tiempo: a la entrada o la salida del pueblo, en el monte, cerca de la carretera, entre otros, como podemos observar en el fragmento a continuación:

En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí, contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. La vía del tren y la carretera dibujaban, en la hondonada, violentos y frecuentes zigzags; a veces se buscaban, otras se repelían, pero siempre, en la perspectiva, eran como dos blancas estelas abiertas entre el verdor compacto de los prados y maizales. En la distancia, los trenes, los automóviles y los blancos caseríos tomaban proporciones de diminutas figuras de “nacimiento” increíblemente lejanas y, al propio tiempo, incomprensiblemente próximas y manejables. En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles!
(...)

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisionomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir (*El camino*, pp- 27-33).

Conforme subraya Álvarez Méndez (2002, p. 359, en su reflexión sobre los *Espacios Narrativos*, resulta que “este cambio dinámico de ámbito de actuación se logra, en la mayoría de los casos, gracias a la entrada o salida de un personaje y de sus movimientos”. Así, podemos observar que en cada marco escénico los movimientos de cada personaje son fundamentales en el ámbito de actuación, pero

sobre todo, en el espacio narrativo en general que, todavía según Álvarez Méndez (2002, p. 359), “se debe tener en cuenta, sin olvidar además de la importancia de la percepción que cada personaje puede tener en el mismo espacio y de los seres y objetos que lo integran”. Con eso, hay que recordar que, en la dimensión espacial, todo es importante: las actuaciones en su más amplia dimensión (gestos, susurros, miradas...) y cada elemento con sus diferentes y/o posibles connotaciones significativas y simbólicas.

En el caso de que el espacio representado forme parte de una geografía alejada o de un tiempo igualmente distante, histórica o culturalmente, puede atraer al lector debido a su misterio o exotismo. Todo va a depender de la experiencia o de los anhelos y/o necesidades del lector, de su “gramática”, su “enciclopedia” personal que, en muchos casos, le podrá aportar, previamente, elementos de su conocimiento de mundo, que le faciliten la interpretación/comprensión del texto. En la narrativa delibeana, a excepción de *La sombra del ciprés es alargada* (1947), que transcurre en la ciudad de Ávila, las demás novelas no se refieren explícitamente a ninguna ciudad o pueblo en concreto. Lo que sí podemos observar es que, debido a haber vivido en Valladolid, el escritor ha podido seguir un estudio minucioso de sus habitantes, siendo la capital castellana el punto de referencia más común, como subraya Cuadrado (2010).

3.2 El espacio rural castellano en la ficción de Miguel Delibes

La ficción delibeana tiene sus bases sólidas en la realidad de su Castilla natal. Hay la pretensión de vislumbrar la realidad castellana, de reflejar el mundo rural y darlo a conocer. Sin embargo, con respecto a la preocupación del escritor castellano en cuanto a la representación de este universo rural, se puede observar que cada declaración, cada descripción que ofrece tiene rigor de realidad, a pesar de que obviamente siguen protocolos ficcionales que debemos tener en cuenta.

Este espacio rural está re-construido a partir de la realidad de los menos pudientes, “de sus pobres – y cada vez más escasos – habitantes, a partir de su idioma – de su propio dialecto – que va desapareciendo”. Con esta afirmación, Buckley recuerda que Delibes reconstruye la historia misma del ser humano, de su problemática como persona, pero también la problemática del mundo que le rodea. Desde la perspectiva del referido autor, “Delibes nos describe en sus novelas una tradición oculta, una sabiduría popular que va desapareciendo en contacto con la modernidad, a medida que los campesinos emigran a las ciudades” (BUCKLEY, 2010, p. 14).

En muchos casos, atraídos por la modernidad que aporta la imagen de una urbe caleidoscópica, el deseo de instalarse en el “paraíso del espacio urbano” se imprime en muchos habitantes del campo, acentuando el impulso migratorio hacia los centros urbanos. Este “abandono del campo”, ocasionado por la sed incontrolable de progreso, es uno de los factores que más preocupan al escritor vallisoletano, ya que favorece la pérdida de una sabiduría milenaria y de las

tradiciones, además de ser un factor que ocasiona la despoblación campo y, por consiguiente, la desaparición de la vida rural.

El espacio rural no es comprendido solamente como una realidad física o material, copia exacta del referente, sino que el autor añade elementos de lo cotidiano que dan lugar a una nueva realidad, una *realidad ficcional*. Es un espacio que adquiere forma y sentido propios, análogo al mundo real, pero con lugares llenos de fantasía, de encantos y desencantos; lugares maravillosos, donde reina el equilibrio con la naturaleza, pero sobre todo lugares de preocupación, de tristeza y abandono, impregnados de una aspereza propia, que deslumbran al lector, pero al mismo tiempo lo invitan a construir con su imaginación esos espacios, fragilizados por adversidades del tiempo y de la sociedad; condenados a la nulidad ante el mundo civilizado del consumo.

Según subraya Celma Valero (2010, p. 10), “Castilla no es en la narrativa de Delibes un mero marco, sino que el paisaje es consustancial a la propia trama o a la sociología de los personajes”. En ese espacio es donde está la sabiduría, la honradez, la paz interior; la esencia de una vida plena; donde está “la verdad de la vida”; un espacio pleno de valores de los que se carece en el marco urbano.

En la ficción delibeana, el espacio rural es construido y/o retratado con una gran riqueza de detalles peculiares, capaces de transformar lo sencillo en grandioso, con una importancia y significado sólidos, con una fuerte y consolidada carga significativa y simbólica. El ingenio literario de Miguel Delibes hincó sus raíces en un escenario identificable dentro del marco geográfico castellano, pero lo que ofrece en sus textos es un mundo rural que es también parte de una experiencia onírica

que se desarrolla dentro de un espacio que, además de sueño, mezcla fantasía y realidad, misterio y símbolo.

Ese espacio, considerado poco significativo por el mundo civilizado del consumo, adquiere así una posición destacada en el escenario textual y cobra gran importancia. De acuerdo con Ramón Buckley (2010, p.13), “Castilla nace de sí misma, de las palabras que solo conocen los pastores y labriegos, los propios habitantes de esa tierra. Solo a partir de esas palabras, desconocidas para el resto de los mortales, puede Delibes recrear el espacio rural de sus novelas”.

La veracidad de las referencias rurales en la geografía castellana en la producción de Delibes surge de la fusión entre ficción y realidad, una vez que la obra literaria, aun siendo ficticia, genera un *efecto de realidad*, revelando o transformando la experiencia cotidiana, interpretando la vida. Todo ello como fruto de la total libertad de creación que goza el autor, que se apoya en referentes de la tradición histórico-cultural, de manera consciente o inconsciente.

En la representación de los espacios rurales en las narrativas del escritor de Castilla no hay simples discusiones de la naturaleza del hombre campesino. Esto tiene que ver con la intención del autor de no seguir una línea psicológica en sus novelas, brindándole más importancia a las circunstancias económico-sociales del marco rural. Mercedes Rodríguez Pequeño, en su artículo “El conflicto rural/urbano en el funcionamiento del espacio y en la configuración de los personajes en la narrativa de Miguel Delibes”, de 2010, aborda la firmeza ideológica de Delibes en cuanto a su preocupación por la vida en el medio rural: “Delibes mantiene un principio ideológico ante su visión del mundo y la compleja realidad de los hombres

del campo, pero esta coherencia, tantas veces apuntada por él mismo y corroborada por la crítica, no responde a un esquema rígido ni a un postulado dogmático” (CELMA VALERO, 2010, p. 116). De este modo, indudablemente el espacio (rural) se convierte en pilar de sustentación de la narrativa delibeana. En el universo narrativo del escritor vallisoletano el espacio es de una peculiaridad escenográfica singular, y marca un diferencial en la categoría literaria. Se trata de un terreno conocido, que forma parte de una geografía concreta, relativamente inamovible, pero una geografía que dista de ser uniforme, llena de diferencias, de variaciones y de carácter humano.

El espacio de la Castilla rural es símbolo de peculiaridad en la narrativa delibeana, logrando imprimir una identidad en sus personajes, estableciendo comportamientos, biografía... dotándoles de una significación plausible. El escritor, en sus historias, según señala Álvarez Méndez (2002, p. 386):

Siempre representa una descripción de la realidad no totalizadora, sino una serie de microcosmos específicos, marcados por su respectiva oposición, que se configuran como pequeños mundos con un espacio concreto, vivido y humanizado, y actualizado con ayuda de un discurrir temporal predominantemente lineal y análogo al real en la medida de lo posible.

Desde esa perspectiva, Miguel Delibes muestra el espacio rural con todos sus contrastes y sus luchas... presenta, quizás, una visión determinista- el espacio condiciona la vida de los personajes-, representando, también, la necesidad de abordar, a través de la ficción, la realidad del campo castellano según una perspectiva sociológica. Para el escritor castellano, el espacio rural lo es todo y Castilla es su principal referente.

Ramón Buckley (2010) recuerda que la imagen de Castilla que aporta Miguel Delibes no tiene nada que ver con la visión de sus predecesores, ya que supera y rectifica tanto a los escritores de la Generación del 98, como los regeneracionistas, que presentaban el alma castellana bajo una visión romántica. Miguel Delibes analiza y desarma esa visión romántica, o mística, o metafísica, adoptando una postura sociológica, y desmontando el discurso oficial sobre el mundo rural. De acuerdo con la perspectiva delibeana, señala Buckley (2010, p. 14) que:

Castilla no puede ser sólo paisaje sublime con un pasado glorioso y un presente en ruinas, ni tampoco (como quería la generación – *del 98*) (*el subrayado es mío*) simplemente un problema de falta de recursos hidráulicos y carencia de masa forestal... Delibes nos describe en sus novelas una tradición oculta, una sabiduría popular que va desapareciendo en contacto con la modernidad, a medida que los campesinos emigran a las ciudades.

En ese sentido, Delibes se apropia de las imágenes del mundo rural castellano, tratando de contrarrestar con sus obras la visión bucólica que ha proyectado el imaginario noventayochesco español.

La obra editada por M^a Pilar Celma Valero, *Miguel Delibes, pintor de espacios*, 2010, contribuye de manera significativa al análisis de la representación del espacio en la narrativa delibeana. La autora recoge trabajos que subrayan la importancia que este cobra en la producción literaria del escritor vallisoletano. En varios artículos de diversos estudiosos se analiza minuciosamente el espacio, observando cómo se representan los espacios rural y urbano, cómo la ficción se apropia ellos o los construye, con o sin referencias reales, de manera explícita o implícita, directa o indirectamente.

Miguel Delibes se desplaza por la geografía rural castellana en un largo e infinito viaje, haciendo acopio de una experiencia vital que le ha llevado a los rincones más recónditos de su Castilla natal. En cuanto al universo campesino, el recorrido se presenta de manera sumamente pluridimensional, emprendiendo una ruta nada lineal a partir de sinuosos y laberínticos senderos. En todo caso, la meta del escritor-viajero es recorrer por completo el universo rural, trazando un itinerario que se emprende en compañía de los personajes que se van sumando al viaje durante el trayecto:

El valle... aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circulaban. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera.

A veces, Daniel, el Mochuelo, pensaba que su padre, y el cura, y el maestro, tenían razón, que su valle era como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior. Y, sin embargo, no era así, el valle tenía su cordón umbilical, un doble cordón umbilical, mejor dicho, que le vitalizaba al mismo tiempo que le maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parada y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos (*El camino*, p.26).

Desde la percepción de los personajes, el valle lo es todo, es lugar de sueño y ensueño; lugar de integración, de armonía. El valle tiene vida y da vida; es un lugar que exige de los personajes el uso de la imaginación, el ejercicio de la memoria, como forma de entender lo que ocurre o lo que puede ocurrir. El valle está sometido a los “peligros” del progreso, y ha sido cortado por las carreteras o las líneas de ferrocarriles, que contribuyen al acercamiento del pueblo al mundo “civilizado” de la urbe. Todo eso como verdadero ejemplo de lo que son los frutos

del progreso, un elemento modificador por excelencia de la vida en la aldea, en donde los personajes, al ser conscientes de esa interferencia del desarrollo tecnológico, dejan de ser meros contempladores ingenuos del valle y muestran su preocupación por el futuro del mundo rural.

La imagen del valle, modificada por los “beneficios” del progreso, se presenta como la de un espacio vulnerable. En la literatura delibeana hay muchos ejemplos de vulnerabilidad del medio rural, debido a la sed de “civilización” que, de manera incoherente, irresponsable e irracional, ha irrumpido, contribuyendo a grandes desequilibrios medioambientales; la acentuación de las migraciones del campo hacia la ciudad, entre otros factores que comprometen la vida en el mundo rural. Debido a ello, es interesante señalar el esfuerzo de Miguel Delibes al emprender su defensa del espacio rural y todo lo que ello conlleva, desplazándose por los variados senderos del universo campesino, analizando el espacio en su aspecto histórico-social, con una concepción del espacio como una dimensión que sufre mutaciones, tanto de carácter natural como cultural y político-social.

La principal preocupación de Miguel Delibes se proyecta explícita y sostenidamente en su universo literario: el destino del mundo rural y las futuras generaciones. De esta manera, a través de un análisis personal, teniendo como referencia cada rincón de Castilla, poblado por personajes muy peculiares que, como las perdices o las ratas, los jilgueros o pintacilgos... animales, árboles o pájaros... que completan el escenario castellano, el escritor vallisoletano hace un llamamiento a la reflexión, a conocer y/o re-descubrir las peculiaridades del universo rural. Un mundo que él conoce muy bien, construido a partir de un conjunto de

imágenes extraídas de su propia experiencia personal que, para Jiménez Lozano (1991), son imágenes de su infancia perdida en las aldeas –también perdidas si las ubicamos en la geografía del progreso -, parecidas al paraíso. En efecto, y según señala Alonso de los Ríos (1991, p.22), “más que el novelista de Valladolid (Miguel Delibes) es el escritor de Castilla la Vieja.”

En medio de esa realidad, el autor mantiene firme su postura de defensor de la vida en el mundo rural, y todo lo que ello conlleva, lo que va a exigir al lector una conciencia de que el contenido de la ficción debe ser visto como algo existente y funcional, partiendo del principio de que su experiencia extra-ficcional le va a aportar elementos que permitan la mejor comprensión de la obra y de la realidad. A todo ello, conforme la perspectiva de Eco (1996), el autor reconoce la importancia del lector como colaborador de la ficción narrativa, ya que se trata de una realidad plena de espacios vacíos, construido por un agente, en este caso el narrador, imposibilitado de verlo todo y decirlo todo.

En obras como *El camino* y *Las ratas*, que revelan la importancia del espacio en el día a día, Miguel Delibes demuestra que los territorios rural y urbano son mundos totalmente separados por rígidas fronteras, con poblaciones y costumbres exclusivas, poseedores de una individualidad propia, de tradiciones sumamente peculiares y relaciona, a su vez, la movilidad social con el espacio:

Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito (*El camino*, p. 07-08).

En *El camino*, novela plena de elementos identificables de la realidad, observamos como la busca de ascenso social de los más ricos se expresa por medio de la elección de la ciudad, mientras los menos favorecidos económicamente encuentran en el pueblo su medio y fin, una vez que se presenta como un espacio inamovible, social y económicamente. Todo ello ubicado en la España de postguerra, una España agraria y arcaica, heredera de la contienda política, militar; víctima de la imposición cultural del franquismo vigente; cobijada por la sombra eclesiástica; condenada a la merced de su propio destino y el tiempo; conformada en un terreno de abandono y miseria, en medio a una justicia injusta, carente de perspectiva, apartada de progreso, sin importancia frente al mundo “civilizado” de la tecnología.

El espacio rural, en realidad, es un universo de compleja y variada topografía, es un submundo de este mundo, con su vida interior, un mundo mítico, real, imaginario y utópico, un mundo de hambre y de abundancia; plagado de sombras, pero, a la vez, lleno de luces; abundante de angustia, pero repleto de esperanza.

IV- CONFORMACIÓN DEL MARCO RURAL EN LA NOVELÍSTICA

4.1 Breve discusión sobre la realidad y la configuración del *corpus* elegido: ambiente e individuos/personajes (análisis de las novelas)

En este capítulo se procede a una interpretación de las dos novelas de Miguel Delibes, seleccionadas para nuestro trabajo¹⁵, con la atención puesta en el debate actual, tanto en los medios académicos como periodísticos, que se preocupan con la realidad del universo campesino, sin anclarnos en posibles ideas deterministas de la realidad.

Con la pretensión de hacer una lectura del *corpus* elegido, considerado como ejemplo de aportación en la lucha de la defensa de la vida y las tradiciones del medio rural y relevante herramienta en la construcción de la identidad del universo campesino, haremos un breve análisis general, señalando la peculiaridad de cada obra, a partir de la conformación de la narrativa en el espacio castellano. Nos fijaremos así en los intereses y aspiraciones de sus poblaciones, con una mirada multidimensional, centrándonos en algunos de los aspectos que consideramos más relevantes.

Al tratar de *El camino* y *Las ratas* no es posible prescindir de factores como la memoria colectivo-individual y/o histórico-social de la Castilla rural; tampoco pasar por alto hechos que interfieren el día a día del universo campesino, que perturban o modifican sus costumbres y alteran su identidad; no es posible prescindir de sus

¹⁵*El camino* (1950) y *Las ratas* (1962).

tradiciones, de su organización y su vida; sus anhelos y necesidades. La observación de Alfonso Guerra (2003) en su trabajo “Literatura y compromiso social”, nos permite avanzar un paso más en el recorrido que iniciamos:

La literatura es siempre, incluso en los casos en que se encarna en una obra genial, el espejo y la interpretación del estado de la sociedad en un momento determinado de su evolución histórica; este estado se basa siempre en una tensión entre el ideal y la realidad y la literatura sólo logra ser arte reproduciendo este estado de la sociedad más o menos lleno de contradicciones internas; por otra parte no se trata simplemente de reproducir, sino de metamorfosear, de dar forma, dotando la obra de arte de ese significado y esa coherencia que la definen (GUERRA, 2003, p.16).

En ese sentido, comenzaremos por referirnos al conjunto especial de la obra de Miguel Delibes que forma el *corpus* elegido para nuestro trabajo, con base en las aportaciones teóricas discutidas en apartados anteriores. Avanzaremos nuestra trayectoria investigativa, de reflexión y descubrimientos sobre la relación existente entre la producción literaria de Miguel Delibes y la sociedad, teniendo en cuenta que la literatura y la historia mantienen entre sí una relación sumamente estrecha. Consideramos la teoría sobre ese tema como uno de los pilares de apoyo para el desarrollo de nuestra lectura, y como pivote fundamental para sustentar las bases de los análisis que ofreceremos a continuación.

No pretendemos contemplar la producción literaria del escritor castellano como un conjunto de relatos que inmortalizan la historia, como un mero reflejo de lo real, en una perspectiva decimonónica del quehacer artístico, o como el resultado de una escritura que depende totalmente de la realidad para su conformación. Tampoco anhelamos reducir al escritor de Castilla a un mero escritor de Castilla.

Como ya hemos mencionado anteriormente, Delibes, en su humanismo, es un escritor universal, y su compromiso con el hombre lo proyecta más allá de las fronteras geográficas o lingüísticas de origen, una vez que la problemática que aborda son problemas de la especie humana, que ocurren en cualquier rincón del planeta.

El corpus elegido para nuestro trabajo testimonia la preocupación de Miguel Delibes por representar la realidad histórico-social y político-cultural del universo rural en la Castilla de postguerra, y lo hace de una forma que llega a ser dramática, a través de los hechos narrados y de los personajes que componen su escritura, dando a conocer la realidad de ese mundo que está en trance de desaparición. Todo ello, sin ser estrictamente un historiador o documentador, sino, más bien, un *artista documentador y/o historiador*. En general, su literatura nace de la necesidad moral y ética de señalar y denunciar la problemática existente en el marco rural, y de la necesidad político-social de dar a conocer una realidad marginada por el sistema vigente, fundamental para dar luz a un mundo lleno de misterio, de sombras, pero también de colores. Eso nos permite destacar la escritura literaria delibeana como reescritura de la historia oficial, a partir de los hechos narrados y de los elementos que lo protagonizan.

En virtud de la estrecha relación entre la literatura y la realidad, es evidente el riesgo de confundir o considerar el texto ficticio como un documento histórico o un enunciado informativo, típico de los medios de comunicación de masas. Eso sería prescindir de la dimensión literaria de la ficción, alejándola de la concepción artística

que respalda y atestigua la escritura creativa, que es el vehículo a través del que el autor transmite esa “realidad” (en este caso una realidad “literaria”). En *El camino*,

Comprendía Daniel, el Mochuelo, que ya no le sería fácil dormirse. Su cabeza, desbocada hacia los recuerdos, en una febril excitación, era un hervidero apasionado, sin un momento de reposo. Y lo malo era que al día siguiente habría de madrugar para tomar el rápido que le condujese a la ciudad. Pero no podía evitarlo. No era Daniel, el Mochuelo, quien llamaba a las cosas y al valle, sino las cosas y el valle quienes se le imponían, envolviéndole en sus rumores vitales, en sus afanes ímprobos, en los nimios y múltiples detalles de cada día (*El camino*, p.79).

El narrador parece confundirse con Daniel, una vez que se instala en su conciencia y exterioriza lo que le pasa en su interior; se deja entrever en el núcleo de una primera persona, pero de manera indirecta, en que su yo se deja vislumbrar en las circunstancias de los personajes de la obra: “No admitía imposiciones ni tampoco justicia cambiante y caprichosa” (*El camino*, pp.20-21). La focalización se corresponde únicamente al niño, al personaje; el narrador omnisciente habla, pone de manifiesto los recuerdos del protagonista y sigue su marcha:

La pequeña historia del valle se reconstruía ante su mirada interna, ante los ojos de su alma, y los silbidos distantes de los trenes, los soñolientos mugidos de las vacas, los gritos lúgubres de los sapos bajo las piedras, los aromas húmedos y difusos de la tierra avivaban su nostalgia, ponían en sus recuerdos una nota de palpitante realidad (*El camino*, p.80).

Para ello, el estilo indirecto libre resulta la forma más idónea para dar lugar a la voz del niño y posibilita, de manera sutil, el tránsito de un hablante a otro. Un ejemplo de esta perfecta combinación de voces puede ser observado en el fragmento a continuación:

El valle... aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circulaban. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera.

A veces, Daniel, el Mochuelo, pensaba que su padre, y el cura, y el maestro, tenían razón, que su valle era como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior. Y, sin embargo, no era así, el valle tenía su cordón umbilical, un doble cordón umbilical, mejor dicho, que le vitalizaba al mismo tiempo que le maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parada y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos (*El camino*, p, 26).

Eminentemente claras, en esta visión del entorno, las imágenes se mezclan con los sueños, como en un sueño del cual el protagonista no ha logrado escapar. En esas referencias, en que el protagonista parece fundirse en el espacio y en el tiempo, los recuerdos parecen confusos, invadidos por el deseo de detener el presente, retrocediendo al pasado, evocando una época que parece perdida. Los protagonistas eternizan el ambiente de su infancia, escenario de sus aventuras y desventuras, que está en trance de ser sustituido por un mundo desconocido, la ciudad:

En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí, contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. La vía del tren y la carretera dibujaban, en la hondonada, violentos y frecuentes zigzags; a veces se buscaban, otras se repelían, pero siempre, en la perspectiva, eran como dos blancas estelas abiertas entre el verdor compacto de los prados y maizales. En la distancia, los trenes, los automóviles y los blancos caseríos tomaban proporciones de diminutas figuras de “nacimiento” increíblemente lejanas y, al propio tiempo, incomprensiblemente próximas y manejables. En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles! (*El camino*, p.27)

La evidencia de las referencias sinestésicas se nutre de sensaciones visuales, auditivas, olfativas... que dan significado al presente, con sus raíces en el pasado, enlazando el espacio y el tiempo, formando una capa yuxtapuesta de diálogos, por lo que cabe al lector atribuirle sentido a partir de la lectura de un mundo anclado en los recuerdos de antaño, que se deja vislumbrar en el presente. En este mundo novelístico, pasado y presente son igualmente importantes, pero es la evocación del pasado la que aporta los elementos decisivos para la narración. Las historias narradas permiten los recortes de la memoria, tornándose transmisora de las experiencias, reviviendo los hechos del pasado, aun desde la ausencia.

En *Las ratas*, el narrador omnisciente encuentra en lo real los elementos que son la base para la conformación de su mundo. Los impactos sociales en los que se apoya el narrador sirven para despertar su visión crítica, testimonial de la realidad. La exclusión social del Nini y del Ratero, al lado de la ascensión social de Don Antero, el Poderoso, es un motivo de denuncia social, una comprobación de que la literatura delibeana constituye un importante vehículo de denuncia social, y dista de ser un mero retrato de la Castilla rural.

Don Antero, el Poderoso, poseía las tres cuartas partes del término; doña Resu y la señora Clo sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de la cuarta parte restante y la última cuarta parte se la distribuían, mitad por mitad, el Pruden y los treinta vecinos del lugar. Esto no impedía a don Antero, el Poderoso, manifestar frívolamente en su tertulia de la ciudad que “por lo que hacía a su pueblo, la tierra andaba muy repartida”. Y tal vez porque lo creía así, don Antero, el Poderoso, no se andaba con remilgos a la hora de defender lo suyo... (*Las ratas*, pp.44-45).

En un contexto de desigualdades sociales, los protagonistas son individuos que representan la identidad del universo campesino, en torno a los cuales gira la narración. Para ello, el autor se apoya en las aportaciones de la memoria y la tradición, que proporcionan elementos significativamente necesarios para la narrativa. De acuerdo con el filósofo francés Bergson, en su libro *Materia y memoria* (1900, p. 26), la memoria “constituye la principal aportación de la conciencia individual a la percepción, el lado subjetivo de nuestro conocimiento de las cosas”. Con base en esta perspectiva, es importante recordar que:

Nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida. Así pues, por historia hay que entender, no una sucesión cronológica de hechos y fechas, sino todo aquello que hace que un periodo se distinga de los demás, del cual los libros y los relatos nos ofrecen en general una representación muy esquemática e incompleta (HALBWACHS, 2004, p.60).

En esta perspectiva, observamos que la memoria juega un papel decisivo en el proceso psicológico del individuo, ya que permite una conexión del pasado con el presente -y viceversa-, idea que también es resaltada por Bosi (1998). Tampoco podemos olvidar que la memoria hace posible la relación del presente con el pasado e influye en los procesos actuales de las representaciones. “Pela memória, o passado não só vem à tona das águas presentes, misturando-se com as percepções imediatas, como também empurra, “desloca” estas últimas, ocupando o espaço todo da consciência” (BOSI, 1998, p.47).

Bosi se refiere a la memoria como un proceso psíquico sumamente complejo, que va mucho más allá de lo que parece a simple vista, y trasciende los sentidos de todo individuo; surge como una fuerza subjetiva y penetrante, profunda y atenta,

pero también como una fuerza oculta e invasora. Como una fuerza *invasora*, podemos subrayar esta peculiaridad de la memoria como algo trascendental, capaz de penetrar en nuestros sueños y activar los recuerdos oriundos de la experiencia individual o colectiva, como individuos que vivimos dentro de la sociedad.

Los recuerdos activados por la memoria son, a su vez, fruto de la convivencia y la experiencia personal y/o colectiva de cada individuo. Sin embargo, según subraya Halbwachs (2004, p.27), “para confirmar y rememorar un recuerdo, no hacen falta testigos en el sentido común del término, es decir, individuos presentes en una forma material y sensible.” Siendo así, es posible entender los recuerdos como un proceso continuado de construcción, basado en las circunstancias personales de cada ser humano, pero también en la suma de las experiencias socio-histórico-culturales, político-religiosas y económicas: “Bien es cierto que solo nos acordamos de lo que hemos visto, hecho, sentido o pensado en un momento dado, es decir, que nuestra memoria no se confunde con la de los demás. Está limitada de forma bastante rigurosa en el espacio y en el tiempo” (HALBAWACHS, 2004, p. 54). Por otro lado, depende directa o indirectamente de las relaciones que cada individuo mantiene con su entorno familiar, con la clase social, con la escuela, el trabajo...; en fin, con los grupos de contacto/convivencia dentro de la sociedad, en dimensiones muy amplias y estrechas al mismo tiempo.

En el pensamiento de Bergson, la memoria no es una regresión al pasado, sino que es un progreso del pasado al presente. Así, entendemos los recuerdos como la supervivencia del pasado, el pasado que se conserva en la esencia de cada ser humano. Sin embargo, es preciso recordar que “na maior parte das vezes,

lembrar não é reviver, mas refazer, reconstruir, repensar, com imagens e ideias de hoje, as experiências do passado. A memória não é sonho, é trabalho” (BOSI, 1998, 55). Y, por medio de esas circunstancias, que parecen paradójicas, podremos entender muchas de las características de las novelas de Miguel Delibes, que se conforman a partir de los recuerdos y la memoria, como un rompecabezas que reúne las piezas necesarias para la composición perfecta del objeto. Sin ello sería una realidad fragmentada.

En las obras que forman el *corpus* de nuestro trabajo, podemos observar que los narradores componen las historias a partir de la reunión de todas las piezas del rompecabezas, reelaborando los hechos. No obstante, no pretenden establecer un orden riguroso de los hechos, en el tiempo o en el espacio, y exploran una infinitud de posibilidades que caben dentro del texto literario. En *El camino* y en *Las ratas* no existe la prioridad de establecer la linealidad en las secuencias de los hechos. La realidad se configura, en general, en diferentes marcos temporales: presente y pasado.

La preocupación por el futuro es un tema recurrente en las obras estudiadas e indica la inquietud del autor con relación a su incertidumbre. Delibes es consciente de los desplazamientos motivados por las circunstancias de precariedad en las que viven gran parte de las poblaciones rurales, al mismo tiempo que los trata como un mal necesario para la supervivencia.

En los pocos regresos que ocurren, por parte de los que abandonan el campo para ir en búsqueda de mejores condiciones de vida en la ciudad, figura la precariedad del haber partido, raras veces pudiendo concretarse la reestructuración

de la vida y las costumbres del primer mundo en que ha nacido y habitado, ocurriendo una pérdida de las tradiciones, de las herencias milenarias del conocimiento y los saberes, aun habiendo conseguido ganancias económicas: “...Gerardo se fue y a los veinte años de su marcha regresó rico (...) Gerardo, el Indiano, se había transformado mucho. Sus hermanos, en cambio, seguían amarrados al lugar, a pesar de que, en opinión de su madre, eran más listos que él...” (*El camino*, p.81).

Al analizar la relación entre literatura y realidad en el *corpus* seleccionado, no es posible obviar el momento histórico pasado como forma de entender el presente, lo que nos lleva a buscar en los acontecimientos de la reciente historia de España los orígenes de la problemática del marco rural, que contribuye a la crisis de la cultura campesina y compromete el futuro de sus poblaciones. Es importante observar hasta qué punto esos acontecimientos han influido sobre el presente, tanto en el ámbito estético-literario como político-social, siendo factores significativos en la construcción de la literatura y del discurso del escritor comprometido.

Miguel Delibes, a través de su narrativa, trae al primer plano una realidad que tiene sus bases ancladas en tradiciones milenarias, a partir de la vida y habla de sus personajes. El autor elabora un discurso que demuestra la estrecha relación del castellano con la historia del pasado, que consiste en la expresión viva de los saberes milenarios, transmitidos de generación a generación, registrando la presencia sólida de las tradiciones campesinas, las relaciones con el medio y la influencia que este ejerce en sus vidas.

La realidad de la Castilla rural en las novelas de Miguel Delibes, representada a través de la historia de cada personaje, está elaborada a través de la estrecha relación que mantienen los narradores con su universo. Sin embargo, el escritor dista de apropiarse de la obra literaria como una copia de la realidad, prescindiendo de darles a sus textos un enfoque determinista que considere la nueva realidad –la realidad literaria– un simple espejo de la sociedad.

4.1.1 Representación de la vida cotidiana en el mundo rural castellano y el drama de abandonar el pueblo como salida para progresar: la ficción de *El Camino*

“La tierra tiene vida y sólo necesita ojos para que ausculten su latido y esto es lo que brindan los libros del escritor vallisoletano.”

Emilio Salcedo

La genuina realidad del campesino y el campo castellanos es la materia novelada de *El camino* (1950). La obra es un duro reflejo de la vida diaria de un pueblo rural de las montañas de Castilla, observado a través de la mirada inocente y preocupada de un niño de once años, Daniel, el Mochuelo, protagonista que ve cómo se frustra su sueño de quedarse a vivir para siempre en el pueblo. Forzado por su padre, Salvador, el quesero, a abandonar su hogar para ir a estudiar el grado en la ciudad, como sinónimo de progreso, el niño no está conforme con la decisión de su progenitor y, ante la impotencia de cambiar los hechos, se abruma en su cama en la noche que antecede a su partida, hasta deshacerse en llanto.

La ficción literaria de Miguel Delibes está enfocada en este episodio, cuyas marcas de verosimilitud pueden llevar a fundir, en muchos casos, lo real con lo imaginario. Sin embargo, por medio de palabras o imágenes dialécticas, hace que lo real se desvele, junto a una conciencia histórica ligada a los acontecimientos literarios. Conforme a esta perspectiva, el autor retoma la *mímesis* baudelairiana como forma de representar los personajes de su texto y las circunstancias en las

que viven, con un vehemente tinte crítico-social, pero tornando presente la esencia de la representación artística. De acuerdo con la percepción de Vilanova (1993, pag.31) en cuanto a la novela, en *El camino* Miguel Delibes nos ofrece:

una imagen auténtica de la vida cotidiana en los pueblos y aldeas de Castilla. Despojada de tópicos casticistas e idealizaciones retóricas, fruto de un esfuerzo paciente y tenaz por desentrañar hasta sus raíces más hondas la verdad esencial de las gentes que habitan en su tierra nativa, la imagen de Castilla que Delibes nos ofrece es radicalmente distinta de la visión, unas veces acre y desengañada, otras poetizada y embellecedora, que nos brindaron en su obra los grandes maestros del 98.

En la obra, la representación de esa auténtica vida cotidiana de los pueblos y aldeas castellanas mantiene indemne el valor estético, propio del quehacer literario. En ese sentido, y según subraya Eco (1996, p.94), “los mundos de la ficción son, sí, parásitos del mundo real, pero ponen entre paréntesis la mayor parte de las cosas que sabemos sobre este, y nos permite concentrarnos en un mundo finito y cerrado, muy parecido al nuestro, pero más pobre”. De ahí que ese mundo, eminentemente más pobre, producto de la imaginación del autor y su libertad creadora, constituya uno de los elementos fundamentales de la producción literaria.

Todavía en cuanto a la libertad creadora de que goza el autor, estamos de acuerdo con la idea de Salcedo (1986, p.60) cuando constata que:

Leer a Delibes va más allá de las referencias literarias, aunque sea literatura lo que nos brinda. Lo que pasa es que el novelista, como si le acompañásemos en sus rutas de cazador o por los alrededores de Sedano en Burgos, nos invitase a detenernos en un matorral, una nava o un cerro, una quebrada erosionada, una perdiz que arranca el vuelo, un conejo que huye o un viejo que solitario dormita al sol de membrillo vacío su pensamiento y acaso sin recuerdos.

A partir de esa afirmación, y de las abundantes referencias sinestésicas de la obra, verificamos en *El camino* que los personajes de Delibes son notablemente verosímiles. De ahí que poseen marcas extremadamente densas y que van mucho más allá de ser sencillos hombres de campo.

Conforme Grandes (2003, p. 63):

El escritor mira el mundo y trata de explicarlo en sus libros, de expresar en ellos lo que ve. En ese sentido, construir una obra literaria, es dar una versión personal del mundo, a través de unos libros que, como los hitos de un camino, van conformando un proyecto unitario que corre paralelo a la propia vida del escritor.

La mirada del mundo y su posterior representación, en *El camino*, se refleja en Daniel, el Mochuelo, personaje que presenta un conflicto interior, y que es el protagonista cuya “voz cantante” hace resonar la preocupación de Miguel Delibes. Así, confirma Vilanova (1993, p.33) que

el autor de *El camino* no ha descrito jamás el mundo rural y pueblerino en que transcurren sus novelas como una Arcadia feliz, y mucho menos como un rústico paraíso de concordia y de paz, donde imperan una pureza ideal y una bondad idílica anteriores a nuestra primera caída, sí ha atribuido a sus moradores unos rasgos de autenticidad que no encuentran en los habitantes de la gran ciudad.

En *El camino*, esa autenticidad del hombre rural castellano, que no existe en los habitantes de la gran ciudad, se refleja en la escritura “con poco adorno”, según destaca el autor en diversas ocasiones. Son escritos para los cuales Delibes se olvida por completo de diccionarios de sinónimos. He aquí lo que Buckley (2012) llama “fórmula mágica” que dará el vuelco a toda su producción literaria:

Delibes encuentra a la hora de escribir *El camino*, la fórmula que daría un vuelco a toda su producción literaria. Hay un antes y un después de *El camino*, una obra que significa un cambio total en su producción literaria, una novela que significa un nuevo estilo, un estilo que, a partir de aquél momento, será el distintivo del autor, sus verdaderas señas de identidad literaria (BUCKLEY, 2012, p.68).

Podemos decir que la “fórmula mágica” que da un vuelco a la producción literaria delibeana evidencia en la narrativa la pretensión del autor de dejar clara su vocación ruralista, inaugurada a partir de la defensa casi elegíaca del campesino y del campo castellanos en la referida obra. Por otro lado, demuestra la preocupación del escritor de Castilla por el llamado progreso que, en forma de máquina, interfiere significativamente en la vida rural. Según Delibes, la máquina ha venido a calentar el estómago del hombre, pero ha enfriado su corazón. El escritor cree que la máquina ocasiona el mal a los pobres, puesto que al utilizarla, bien poco cuesta hacer el trabajo. En cuanto a la referida afirmación que hace el escritor castellano, añade Elizalde (1992, p.288) que la máquina:

solo ha traído la miseria de los campesinos de Castilla, porque todas las tierras no son cultivables al mismo tiempo. No es práctico comprar máquinas, porque esa gente no saca provecho de ellas. Los jóvenes se han marchado y no hay quien cultive las tierras. Sólo quedan los viejos y los niños.

Es el protagonista, Daniel, en la polifonía de la novela, la principal voz que representa la preocupación de Miguel Delibes en cuanto a las realidades de los pueblos castellanos y los problemas que afligen a la población rural. Factores como las migraciones del campo a la ciudad se destacan en la obra y son un elemento más de la preocupación del escritor vallisoletano. Ante esa realidad que enfrenta el

personaje (como futuro migrante), resalta Pilar Palomo (2001) que el autor lanza el S.O.S. de su mensaje humanista. Todo ello motivado por las drásticas consecuencias de éxodo rural como fenómeno desolador, que acaba expulsando al hombre del campo. Para Postman (2004, p.229):

Con el éxodo de la mayor parte del pueblo, no queda nadie para adelantar la cultura ni la economía social. Esta emigración es producto de una guerra caricaturesca que no sirve para ayudar a nadie y solamente la gente pobre, los que trabajan para el bienestar del país, y a la vez, para mantener a su familia, van a sufrir. Son ellos, los pobres, las víctimas de un sistema que no funciona.

En ese sentido, para la construcción de la narrativa, Miguel Delibes busca y encuentra en la realidad del mundo rural de Castilla gran parte de los elementos que inspiran su obra. De ahí que, sobre ello, subraya Alfonso Guerra (2003) la capacidad de la literatura de hacer una interpretación de la sociedad, metamorfoseándola, dándole forma y significado sin pretender ser una mera reproducción de la realidad.

En efecto, el autor construye a Daniel, el Mochuelo, como su posible “autorretrato”, un personaje que vive en un mundo que él conoce muy bien, elaborado a partir de un conjunto de elementos extraídos de su experiencia personal por los campos castellanos que, ya que, de acuerdo con Jiménez Lozano (1991), se trata de imágenes de su infancia perdida en las aldeas castellanas. De este modo, “más que el novelista de Valladolid es el escritor de Castilla la Vieja”, como destaca Alonso de los Ríos (1991, p.22) al referirse a Miguel Delibes y su estrecha relación con el mundo rural de su Castilla natal.

El propio Delibes está de acuerdo con la afirmación que hace Jiménez Lozano, una vez que se enorgullece, y se autoproclama, en diversas ocasiones, ser un “hombre de campo con la pluma en la mano”. De ahí la evidencia de la preocupación constante del narrador en reiterar sus recuerdos del pasado: “Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así” (*El camino*, p.07).

A lo largo de la novela, Miguel Delibes trae en la voz de sus personajes un tejido de recuerdos y palabras articuladas en su tiempo, en que el lenguaje se constituye por medio de un dialogismo entrelazado con la historia. En este sentido, constatamos que el discurso estético del autor es una expresión de la sociedad, un discurso que no deja de ser social, una vez que está interesado en los problemas sociales. Por otro lado, se evidencia la estrecha relación entre la literatura y la sociedad, siendo que la historia de los personajes de la novela puede ser reconstruida por medio de la relación entre el narrador y la realidad de su mundo.

Así, es importante recordar que, apartado de un posible enfoque determinista, la literatura no es un mero espejo de la realidad. En esta perspectiva, la historia no aporta un valor documental de los hechos, sino que pasa a ser un objeto construido por el lenguaje.

La escritura de la novela *El camino* representa las realidades castellanas, evidenciadas a través de la historia de la narración y del narrador, que transmiten de manera intencional las imágenes más representativas de la Castilla rural, es decir, la materia novelada surge como una afirmación de la vocación campestre del autor y la necesidad política y ética de dar a conocer un mundo poco o nada conocido.

Con base en esa perspectiva, notamos que lo que está proyectado como realidad en la ficción literaria de la novela *El camino* sirve, a su vez, para descubrir y desvelar los “misterios” del mundo rural, a partir de su historia y sus circunstancias. Sin embargo, resaltamos que los elementos de la ficción distan de ser un componente exactamente verosímil y la materia novelada es sustancialmente imaginada, identificable sin que parezca un registro histórico o periodístico. De este modo, no le concierne al narrador la función de transmitir el sentido de la historia por medio de las informaciones del contexto, una vez que por medio de una narrativa en tercera persona, se puede confundir con un personaje, en que su “yo” permite vislumbrar el conflicto interior de los personajes de la narrativa:

Lo que su padre no logró haber sido, quería ahora serlo en él. Cuestión de capricho. Los mayores tenían, a veces, caprichos más tozudos y absurdos que los de los niños. Ocurría que a Daniel, el Mochuelo, le había agradado, meses atrás la idea de cambiar de vida. Y sin embargo, ahora, esta idea le atormentaba (*El camino*, p.12).

Observamos en *El camino* que no existe interferencia del narrador en los hechos en sí, en lo que se refiere a la rememoración del pasado, sino en el conflicto interior de los personajes. El ejemplo anterior justifica la densidad y los sentidos del relato, teniéndose en cuenta que, como hemos subrayado, la materia novelada se realiza en los referidos personajes.

La visión mimética de las memorias de las cuales dispone el narrador ofrece una visión panorámica de la historia y hechos que componen la narrativa. Como espectador del conflicto interior del protagonista Daniel, el narrador ve en lo real los

elementos que busca para construir su historia con la libertad que le concierne a la escritura literaria:

El valle... aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circulaban. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera. A veces, Daniel, el Mochuelo, pensaba que su padre, y el cura, y el maestro, tenían razón, que su valle era como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior. Y, sin embargo, no era así, el valle tenía su cordón umbilical, un doble cordón umbilical, mejor dicho, que le vitalizaba al mismo tiempo que le maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parada y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos (*El camino*, p.26).

La ascensión del conflicto de Daniel es un ejemplo de cómo la representación literaria no es un espejo de lo real. El personaje es construido de manera profunda, por medio de una visión mimético-memorialista en que, pese al componente real que sirve de pilar de sustentación de la narrativa, el objetivo final del autor es hacer literatura y no producir Historia. En esta perspectiva, Walter Benjamin considera la historia como objeto de una construcción, negando la idea de literatura como posible registro de la realidad, como espejo de lo real. De ahí que la literatura es el anti-retrato de la historia, una posibilidad de ver lo no visto y leer lo que no está escrito, ofreciendo una imagen dialéctica de la realidad, capaz de hacer despertar, incluso, lo que la propia realidad ya ha perdido.

Con base en la concepción benjaminiana y todas las paradojas de la Castilla rural, entendemos que la narrativa delibeana está marcada por la intensa preocupación del autor por un progreso descontrolado, reflejado en su obra no

como una “fotografía de lo real”. En este contexto, Miguel Delibes da énfasis al conflicto interior de su protagonista, ofreciéndonos la imagen de un personaje con su fuerza y sus dilemas, revelando su sencillez e inquietudes de manera singular:

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisionomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir (*El camino*, p.33).

En el fragmento citado anteriormente existen aspectos que estimulan nuestra visión, con respecto a la preocupación del autor en cuanto a la problemática de la desaparición de la vida y las tradiciones del universo rural. Para el escritor de Castilla, el abandono del campo es abrumador.

Todavía en sus conversaciones con Alonso de los Ríos (1993, p.147), el escritor castellano indica que “lo que habrá que conseguir, por lo que hay que luchar, es para que las condiciones de vida en el campo no sean míseras, sino humanas, que para disfrutar de un desarrollo cultural y un bienestar material no sea preciso marchar del campo”. Por esta razón, la preocupación del autor por reivindicar los valores del mundo rural, no como forma de rechazar rotundamente el progreso tecnológico y científico, sino para “hacer que el progreso llegara al pueblo y evitar, de esta manera, su desaparición”, como señala Luz Long (2005, p.54), es un factor clave que da al hombre rural la posibilidad de tener ciertos beneficios, a los

que se refiere Miguel Delibes, transmitiendo la certeza que la vida en el pueblo tiene sentido:

Era, el suyo, un pueblecito pequeño y retraído y vulgar... Pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a los demás. Los problemas no eran vulgares, su régimen de vida revelaba talento y de casi todos sus actos emanaba una positiva trascendencia. Otra cosa es que los demás no quisieran reconocerlo (*El camino*, pp. 32-33).

La sencillez y “vulgaridad” del pueblecito pequeño nos sorprende. Trae la reflexión del autor sobre la ausencia de progreso en el marco rural, ese abandono del campo castellano evidente en *El camino* y que detallaremos posteriormente en el análisis de *Las ratas*. En esta novela, la reflexión sobre los conflictos individuales, abundantes en aquella, son sustituidos por los conflictos colectivo-sociales, evidenciados en su preocupación por los abismos sociales existentes en el universo rural de su Castilla natal.

Bajo el punto de vista de la narrativa, Daniel, el Mochuelo, además de protagonista, es sujeto y objeto de las acciones. El drama de su partida a la ciudad, con fines de realizar estudios de grado, única forma de alcanzar el tan deseado progreso, confiere a la novela una carga de dramatismo que se transporta hasta el momento final del relato:

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desagradablemente. Que él recordase, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en qué pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades. Tres meses encerrado en un colegio. A Daniel, el Mochuelo, le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que su amigo Roque, el Moñigo, le

dijese que un hombre bien hombre no debe llorar aunque se le muera el padre (*El camino*, pp. 08-09).

Es en estas circunstancias, obligado a abandonar el pueblo, el protagonista se entrelaza mentalmente en las más variadas situaciones del conflicto. Todas ellas, sin embargo, estrechamente relacionadas con las consecuencias de la partida.

Podemos observar, ya en el inicio de la novela, precisamente en el primer capítulo, que Daniel, el Mochuelo, se trastoca al ver al padre tan irreductible en su decisión de progresar; hace una suposición sobre los maleficios del tan anhelado progreso y todo lo negativo que ello conlleva:

a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un rendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas” (*El camino*, p.08).

Aunque abunden las situaciones de conflicto en *El camino*, al establecer un panorama de la obra, optamos por fijarnos detalladamente en algunos, que consideramos vitales al tejido narrativo.

En síntesis, la novela *El camino* es un relato que aborda la realidad de un pueblo de la Castilla rural, tal como se puede observar a lo largo de la narrativa, motivado por el abandono histórico al que está relegado el campo y el campesino castellanos, hasta el pasado relativamente reciente (los años 50, fecha de publicación de la novela). En este caso específico, el abandono histórico ocasiona conflictos individuales y trasciende a lo colectivo, alcanzando la cumbre de la

intención del autor: la preocupación humanístico-social por el hombre y el campo castellanos.

Abandonado y sin infraestructura de desarrollo, a la eterna espera de las promesas del Gobierno, como la de “convertir Castilla en un jardín” (*Las ratas*, p.86), observamos que el campo castellano enfrenta muchas dificultades para desarrollarse, y esta será una preocupación recurrente en la referida novela. Esa materia en cuestión, presente inicialmente en *El camino*, sirve para validar el compromiso del autor con tu tiempo, causando en su producción literaria un efecto de reflexión, no de reproducción. En ese sentido, observamos a continuación un elemento que se yergue como una de las razones por las que el padre de Daniel sueña con un futuro supuestamente mejor para su hijo, y que también representa una preocupación para el autor. El queso “quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un queso, un pobre queso” (*El camino*, p.38).

Todavía desde una perspectiva benjaminiana, entendemos que los elementos de la narración de la novela no son simplemente marcas de la realidad, o de una visión coherente y verosímil de la historia. Son marcas que pueden brotar de otras historias y manifestarse desde otras “verdades”. De esa forma, la intención y el pensamiento de Miguel Delibes parecen tener carácter subversivo, ya que rompe con los preceptos del sistema establecido. En cuanto a esta subversión, teóricos como Baudelaire o Marx se han referido a lo que representa para la modernidad. Marx, como discutimos en capítulos anteriores de este trabajo, subraya que ser

moderno es poder destrozarse y recomponer la materia construida históricamente, de manera supuestamente “sólida”. Por otro lado, retomamos la visión de Baudelaire (1995) sobre el significado de lo moderno, que es sorprendentemente difícil de fijar, precisamente por lo escurridizo que es.

La estética de la modernidad nos revela que existe una estrecha relación del arte con la sociedad y, por consiguiente, una coincidencia entre la obra de arte y la transformación del mundo. A partir de esa óptica, verificamos que en *El camino* Miguel Delibes da vida a sus personajes y a los episodios que suceden en ella, motivados por la fuerza propulsora de las transformaciones sociales a partir de las políticas propias de la referida modernidad. Así, el autor hace una lectura de la realidad por medio de una visión de mundo en que las vicisitudes de sus personajes son problemas o conflictos individuales, pero que trascienden a la colectividad. Salvador, el quesero y Daniel, el Mochuelo son algunos de los ejemplos de los muchos “Salvadores” y de tantos “Danieles” privados de los supuestos “beneficios” de transformación social, motivados por la modernidad.

Para Salvador, el padre de Daniel, “es cosa decidida. No me hagas hablar más de eso. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado” (*El camino*, p.14). Como no podría dejar de ser, el quesero manifiesta total incredulidad en cuanto a la posibilidad de cambiar de vida, quedándose en el pueblo padeciendo las consecuencias del abandono y el atraso. La realidad en el hogar de Daniel es, nada más que: “Su padre sufriendo, su madre sufriendo y él sufriendo, cuando el quitarle el sufrimiento a él significaría el fin del sufrimiento de todos los demás” (*El camino*, p.38).

Ese sufrimiento, resultado de ese abandono del campo, se refleja en la necesidad de dejar el pueblo para ir en búsqueda del progreso. En otras palabras, las circunstancias en las que vive el protagonista, sin perspectiva de futuro en el entorno rural, es el factor detonante de su partida. Esas condiciones en que se encuentran los personajes motivan la búsqueda de alternativas de progreso, de transformación social, una vez que no es posible vislumbrar otro camino, una salida para sus vidas, como se constata en el ejemplo a continuación: “...Gerardo se fue y a los veinte años de su marcha regresó rico (...) Gerardo, el Indiano, se había transformado mucho. Sus hermanos, en cambio, seguían amarrados al lugar, a pesar de que, en opinión de su madre, eran más listos que él...” (*El camino*, p.81).

En efecto, en *El camino* Miguel Delibes presenta no solo una visión meramente idílica de la Castilla rural, sino que evidencia también su preocupación por una “arcadía amenazada”. Conforme Nebrera (1992, p.34), “esa inquietud por una ‘arcadía amenazada’, por una naturaleza que es agredida desde una incorrecta utilización del progreso, es una constante tempranamente formulada en sus libros”.

En un contexto de posguerra, la Castilla rural en la narrativa de Miguel Delibes es un espacio en el que las voces de sus personajes pueden ser escuchadas, funcionando como una sirena cuya alarma despierta las conciencias en cuanto a las carencias que marcan profundamente el universo campesino, trayendo implicaciones directas en la vida de sus habitantes. Resulta que el discurso de los poderes públicos actúa en dirección contraria, en lo que se refiere a los anhelos y necesidades cotidianas de cada personaje, y eso se evidencia muy bien en la novela

El camino: “¿Que preferían no asfaltar la plaza antes de que les aumentasen los impuestos? Bien. Por eso la sangre no iba a llegar al río” (*El camino*, p.34).

Así, Pedro Carrero Eras, en su artículo titulado “Un año crucial: 1975”, publicado en el número 766 de la revista *Ínsula*, en octubre de 2010, al comentar la producción literaria de Miguel Delibes, destaca que:

Es evidente el pesimismo de Delibes en todos los órdenes, una visión amarga de la vida que se puede rastrear a lo largo de las distintas fases de su novelística: la muerte que, agazapada, preside la vida; la mezquindad y el egoísmo como parte consustancial de la locura humana; las injusticias de todo tipo en un país marcado por grandes desigualdades; la indefensión de los seres más débiles; el desamparo del mundo rural; la degradación del entorno natural; la violencia de los españoles, de la que no se salvan tampoco los habitantes de ese mismo marco rural, en modo alguno idealizado.

Miguel Delibes, entonces, asume el discurso de transformación social, oponiéndose a la falta de infraestructura de los campos castellanos y al progreso descontrolado, que implica el abandono gradual del campo.

En conversación con César Alonso de los Ríos (1993, p.25), Delibes lamenta la “huída” del hombre rural a las ciudades, principalmente la población joven: “Muchos campos quedaron yermos, otros desatendidos, las familias rotas - los abuelos al cuidado de los nietos en espera de que los padres encontraran acomodo - y la cultura campesina en trance de desaparecer”. Así, la partida de Daniel, el Mochuelo, para estudiar en la ciudad se torna el único camino para progresar.

El caso de Ramón, el hijo del boticario, encaja en la concepción de progreso visto anteriormente como la oportunidad de un futuro promisor. No obstante, conforme ocurre con el referido personaje -“al cabo de catorce años de estudios, no

acierta a distinguir un rendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón” (*El camino*, p.08)-, pasa a existir un cambio de percepción significativo. Podemos observar que Miguel Delibes, al construir el referido personaje, manifiesta la intención de ponerlo en el centro de una polémica trascendental en el desarrollo de la narrativa. De esa forma, resalta los cambios que ocurren con el individuo tras ir a estudiar a la ciudad, como sinónimo de progreso. En un tono sumamente burlesco, el narrador pasa a referenciarlo como un fruto negativo del progreso:

Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima de los hombros; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras de don José, el cura... (*El camino*, p.07).

La visión de estudiar como sinónimo de progreso, agravada por el *empingorotamiento* del hijo del boticario, pasa a tener connotaciones sumamente negativas, desencadenando un cambio violento de lo que se entendía por progresar. De ahí que, ya en el inicio de la obra, la tensión se instaura en la narrativa y el relato se intensifica adquiriendo vivacidad. Los hechos pasan a suceder por medio de una relación de causa y efecto, trascendiendo profundamente en los personajes que se tornan objeto de la tensión narrativa, según podemos observar en el fragmento a continuación:

Incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, (Ramón) se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el bachillerato constituía, sin duda, la base de este progreso (*El camino*, p.07).

A medida que pasa el tiempo, las relaciones familiares se tensan en el entorno de Daniel. Por una parte, el padre convencido de la necesidad de enviar al hijo a estudiar el grado a la ciudad; por otra, la madre que no está segura de las capacidades del hijo y, además, es consciente de carecer de solvencia económica: “A lo mejor el chico no vale para estudiar. Todo esto es prematuro. Y un chico en la ciudad es muy costoso.” Esta afirmación de la madre del protagonista es un factor más que contribuye de manera considerable a acentuar la tensión en la narrativa.

Las dificultades que supone lo del grado son sumamente notorias, exigiendo, de hecho, un sobreesfuerzo del padre de Daniel para alcanzar la realización del deseo de enviar al hijo a estudiar a la ciudad, ocasionando la intervención de la madre del niño. En vez de ponerse más fáciles las cosas, la situación se agrava, pues la decisión tomada por el queso no deja de ser arbitraria y, aumenta así el conflicto en el seno familiar. A Daniel tampoco le importa el progreso, pues “le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto” (*El camino*, p.08). Y, además, a Daniel

no le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales... Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso (*El camino*, p.216).

Las clases sociales más adineradas pueden enviar a los hijos a estudiar a la ciudad sin que eso les suponga un gran esfuerzo, principalmente porque poseen solvencia económica. De ahí la discusión se instaura en la familia de Daniel, ocasionando una inestabilidad ante la situación: “Eso puede hacerlo Ramón, el

boticario, o el señor juez. Nosotros no podemos hacerlo. No tenemos dinero” (*El camino* p.14). Sin embargo, la madre de Daniel acaba cediendo a la pretensión del marido de enviar al hijo a estudiar a la ciudad. Este hecho tranquiliza los ánimos de Salvador, pero acentúa la impotencia de Daniel, quien cree que la grandeza de la vida está en la sencillez de las cosas y de las personas: en su fortaleza o su aspecto primitivo, como Paco, el herrero, o su padre, Salvador. Sin embargo,

Su madre no se refería a esta clase de grandeza cuando le hablaba. Quizá su madre deseaba una grandeza al estilo de la de don Moisés, el maestro, o tal vez como la de don Ramón, el boticario, a quien hacía unos meses habían hecho alcalde (...) Mas, a Daniel, el Mochuelo, no le fascinaban estas grandezas. En todo caso, prefería no ser grande, ni progresar (*El camino*, p.11).

El conflicto de Daniel alcanza así, grandes dimensiones y, “desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo aceptara como una realidad inevitable y fatal” (*El camino*, p.07). En medio de esa realidad inevitable y fatal son abundantes las veces que Salvador pone de manifiesto su convicción y empeño en enviar al hijo a estudiar a la ciudad, obteniendo éxito al final. Pero ante esa situación, uno de los aspectos que más atormentan a Daniel reside en el hecho de ser consciente de la transitoriedad de la vida y de las cosas. De ahí que no le interese el progreso:

todos acabarían muriendo, los viejos y los niños (...) A la larga, todos acabarían muriendo: él y don José, y su padre, el quesero, y su madre, y las Guindillas, y Quino, y las cinco Lepóridas, y Antonio, el buche, y la Mica, y la Mariuca-uca, y don Antonio, el marqués, y hasta Paco, el herrero. Todos eran efímeros y transitorios y a la vuelta de cien años no quedaría rastro de ellos sobre las piedras del pueblo (*El camino*, p.201).

Aun reflexionando sobre la fugacidad de la vida y las cosas, y teniendo la certeza que no quiere dejar su pueblo, Daniel no puede cambiar el rumbo de su historia y quedarse para siempre en el mundo rural. Asume, entonces, una decisión que considera una fatalidad del destino: “Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él le afectaba...” (*El camino*, p.07).

En la narrativa de *El camino*, como hemos destacado en párrafos anteriores, a medida que pasa el tiempo se intensifica más el conflicto de Daniel ante la decisión de su padre: “En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado” (*El camino*, p.14). El hecho de la partida, por sí solo, es detonante de la explosión de sentimientos del protagonista, en cuanto a su relación con el entorno: su apego y preocupación.

A Daniel, el Mochuelo, le preocupaba la razón por la que en el valle no había perdices. A él se le antojaba que de haber sido perdiz no hubiera salido del valle (...) Su padre le relataba que una vez, muchos años atrás, se le escapó una pareja de perdices a Andrés, el zapatero, y criaron en el monte. Meses después, los cazadores del valle acordaron darles una batida. Se unieron treinta y dos escopetas y quince perros. No se olvidó un solo detalle. Partieron del pueblo de madrugada y hasta el atardecer no dieron con las perdices. Mas sólo restaba la hembra con tres pollos escuálidos y hambrientos. Se dejaron matar sin oponer resistencia. A la postre, disputaron los treinta y dos cazadores por la posesión de las cuatro piezas cobradas y terminaron a tiros entre los riscos. Casi hubo aquel día más víctimas entre los hombres que entre las perdices (*El camino*, pp.123 - 124).

El fragmento anterior ilustra la preocupación de Daniel, el Mochuelo con el entorno rural y, al mismo tiempo, señala uno de los problemas de gran intensidad, que es la escasez de perdices. Ese factor protagoniza otras obras de Miguel Delibes,

como es el caso del libro de caza titulado *La caza de la perdiz roja* (1963), en el cual el autor critica el nuevo sentido que ha cobrado la caza, llevando, por consiguiente, a la escasez o el desaparecimiento de las perdices en el universo rural castellano.

En efecto, la caza es uno de los temas más recurrentes en la producción literaria de Miguel Delibes, en el cual se condensan algunas de sus grandes preocupaciones por el medio ambiente. La gran pasión del autor por “el deporte de la caza” y la preocupación por el medio ambiente se reflejan, también, en *El libro de caza menor* (1964), *Con la escopeta al hombro* (1970), *La caza en España* (1972), *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1977), *Mis amigas las truchas* (1977), *Las perdices del domingo* (1981), *El último coto* (1992), entre otras obras.

Además de las preocupaciones con los problemas del medio, el cambio de ambiente es un factor que preocupa a Daniel. El protagonista es consciente de que “los grandes cambios rara vez resultan oportunos y consecuentes con nuestro particular estado de ánimo” (*El camino*, p.215). En efecto, es como si adivinara con plena conciencia lo que le espera próximamente en la ciudad.

El mundo urbano, sin embargo, no le aportará a Daniel toda la tranquilidad de la que dispone en el valle y el conflicto interior del personaje se agranda ante la realidad de los hechos, haciéndole reflexionar sobre muchas cosas que no entiende en los hombres, al tiempo que se cuestiona sobre el sentido de la libertad:

Daniel, el Mochuelo, no entendería nunca estas cosas, estas tozudeces de los hombres y que se justificaban como un anhelo lógico de liberarse. Liberarse, ¿de qué? ¿Sería él más libre en el colegio, o en la Universidad, que cuando el Moñito y él se peleaban a boñigazo limpio en los prados del valle? Bueno, quizá sí, pero él nunca lo entendería (*El camino*, p. 38).

En otras palabras, si Daniel cuestiona el sentido de la liberación y cuestiona si sería más libre en el colegio o en la Universidad, quizás parece que pueda llegar a entender porque la vida, “la vida era así de rara, absurda y caprichosa” (*El camino*, p.08), como afirma su padre al inicio de su decisión. Con ese entendimiento, surge también la conciencia del protagonista de que en el valle está todo lo que él necesita para vivir (en libertad).

La vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. Se daban uno al otro en un enfervorizado anhelo de mutua protección, y Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra. No obstante, el convencimiento de una inmediata separación le desasosegaba, aliviando la fatiga de sus párpados. Dentro de dos horas, quizás menos, él diría adiós al valle, se subiría en un tren y escaparía a la ciudad lejana para empezar a progresar. Y sentía que su marcha hubiera de hacerse ahora, precisamente ahora que el valle se endulzaba con la suave melancolía de otoño... (*El camino*, p.215).

Así, en el fragmento citado, existe la certeza del valle como un medio moralmente mejor estructurado y favorable al ejercicio de la libertad, mucho más significativo para Daniel. El protagonista muestra que el ambiente en el medio rural puede ser mucho mejor y más libre que el ambiente de la ciudad (el colegio, la Universidad). Ese hecho no debe sorprender, gracias a las aportaciones naturales que dispone y que, a su vez, le permiten llevar una vida más plena.

La estrategia narrativa empleada por Miguel Delibes para la reflexión de Daniel en cuanto al sentido de la libertad está marcada por un contundente lirismo, por medio del cual se evidencia la existencia de una fusión entre el personaje y el narrador, juntamente con sus respectivas funciones. La referencia a la posible

libertad que ofrece la ciudad, sin embargo, en vez de aportar certeza y estimular el deseo de disfrutarla, introduce un sentimiento de duda y rechazo.

Si llovía, el valle transformaba ostensiblemente su fisionomía. Las montañas asumían unos tonos sombríos y opacos, desleídos entre la bruma, mientras los prados retallaban en una reluciente y verde y casi dolorosa estridencia (...) A veces, las nubes se agarraban a las montañas y las crestas de éstas emergían como islotes solitarios en un revuelto y caótico océano gris (...) Con las primera gotas salían a relucir las almadreñas y su “cluac-cluac”, rítmico y monótono, se escuchaba a toda hora en todo el valle, mientras persistía el temporal. A juicio de Daniel, el Mochuelo, era en estos días, o durante las grandes nevadas de Navidad, cuando el valle encontraba su adecuada fisionomía (*El camino*, 92 - 93).

La “adecuada fisionomía” del valle, finalmente, puede aportar libertad y tranquilidad a Daniel. Referencias como las anteriores encajan en lo que afirma Toribio (2004, p.150-151): “las relaciones entre materia novelable y realidad histórica han sido siempre estrechas y fecundas”, no siendo pocas las veces que, con frecuencia, se reconstruye un capítulo de la historia “o un pasaje concreto del pasado de una civilización o de un pueblo”, erigiéndose en el núcleo de la novela y en el conjunto de textos, poniendo a prueba las habilidades del narrador.

El interés del protagonista Daniel por el medio marca la autenticidad de su perfil. La coherencia y lucidez con la que narra los hechos, ve el mundo y actúa sobre él, lleva al lector a tomar consciencia de cómo es el entorno rural, en una dimensión muy amplia y en los más variados ámbitos. A partir de ello, puede elaborar un retrato de la realidad del campo y del campesino castellanos, sin prescindir de cada uno de los personajes que conforman la obra, a partir de sus vicisitudes e idiosincrasia.

No cabe duda que el espíritu soñador de Salvador, padre de Daniel, y su anhelo de enviar al hijo a estudiar a la ciudad como única manera de progresar, permite establecer un juicio de valor en lo que se refiere al sentido del progreso, sobre qué significa y cómo conseguirlo. El oficio de quesero le asegura unos ingresos que le permiten llevar a cabo su decisión. Este es el camino más concreto y, quizás, seguro, lo que conlleva una posible transformación social. No se trata, sin embargo, de una decisión fácil, puesto que “la vida era el peor tirano conocido” (*El camino*, p. 138). En ese sentido, quizás, el referido sueño es uno de los más disparatados que se le puede ocurrir.

En la inminencia de la marcha definitiva de Daniel a la ciudad, queda claro que “Cada uno mira demasiado lo propio y olvida que hay cosas que son de todos y que hay que cuidar” (*El camino*, p.34). Esta afirmación del personaje, al referirse al individualismo de las personas, quizás tenga algo de postura reivindicativa, debido a su forma contundentemente reflexiva. Por otro lado, evidencia en el texto la pretensión de Miguel Delibes de tomar partido ante las vicisitudes del universo campesino castellano. En ese sentido, el autor capta el vivir de las gentes y los pueblos de Castilla, como subraya Vilanova (1993), que no tiene nada que ver con la idílica estampa de la vida rural, reflejada en las novelas costumbristas españolas, siempre inclinadas a emitir alabanzas de la aldea o elogios del terruño. La descripción de la gente, cuando se refiere a la idiosincrasia del lugar, confiere un tono social a la narrativa, en la cual se evidencia la abundancia de episodios, factores y elementos de preocupación del autor.

La gente del valle era obstinadamente individualista. Don Ramón, el alcalde, no mentía cuando afirmaba que cada individuo del pueblo preferiría morirse antes que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vivía aislada y sólo se preocupaba de sí misma” (*El camino*, p.162).

En la polifonía de la novela, destacamos también la estrecha relación de Daniel con el entorno, acompañado siempre de sus amigos Germán, el Tiñoso, y Roque, el Moñigo. Lo que nos llama la atención, en primer lugar, es la manera cómo se relacionan con el medio y, por otro lado, la aportación de anécdotas, experiencias y conocimientos que desatan en la libertad y conocimiento de la vida para el protagonista.

En las tardes dominicales y durante las vacaciones veraniegas los tres amigos frecuentaban los prados y los montes y la bolera y el río. Sus entretenimientos eran variados, cambiantes y un poco salvajes y elementales. Es fácil hallar diversión, a esa edad, en cualquier parte (*El camino*, p.61).

Germán, el Tiñoso, y Roque, el Moñigo, son personajes diseñados en contraste con el protagonista Daniel. Desde los primeros momentos de la narrativa, constatamos que los referidos personajes ejercen un papel sumamente importante en la vida de Daniel. Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, héroes de las aventuras y desventuras, aportan sus conocimientos y experiencia adquiridos a partir de una vida desarrollada con la libertad de la que no dispone el Mochuelo:

Quizás si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo “eso”. Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perrerías (*El camino*, p.15).

Los conocimientos adquiridos por medio de la relación con los amigos, a su vez, representan lo imprescindible para Daniel. Materializados a través de una formación personal, muy distinta a la que supuestamente aporta el colegio o la Universidad, conciernen a los anhelos y necesidades del protagonista. Son conocimientos útiles y apropiados a la franja de edad, y coinciden con un momento de transición entre la infancia y adolescencia que el personaje comienza a experimentar. En el fragmento copiado a continuación, podemos captar el significado de todo ello para el protagonista y su visión de mundo sobre las relaciones con los adultos bajo las cuales, en poco o nada, se siente “cobijado”:

Los grandes raramente se percatan del dolor acerbo y sutil de los pequeños. Su mismo padre, el queso, al verle, por primera vez, después del accidente, en vez de consolarle, se limitó a decirle: Daniel, para que veas en lo que acaban todas las diabluras. Lo mismo que le ha ocurrido al hijo del zapatero podría haberte sucedido a ti. Espero que esto te sirva de escarmiento (*El camino*, p.200).

Conforme se presenta su ficción, tenemos conocimiento de la vida de Daniel por medio de una visión memorialística. De esa manera, Miguel Delibes procura, a través de la reflexión del protagonista, o sea, por la vía de la ficción literaria, captar y trasladar al lector el propio sentido de la vida en el universo rural. Sin duda, el autor trata de comprender las angustias del ser humano, tratando de exteriorizar su preocupación con vistas a una posible transformación social.

El hombre castellano-rural de *El camino* representa de manera muy contundente el imaginario de marginación de un pueblo, en este caso, el individuo que en gran medida está presente en los textos de Delibes, casi siempre marginado

y, por consiguiente, privado de los beneficios del progreso. No obstante, al mismo tiempo que el autor defiende la llegada del progreso al campo, se preocupa con su uso descontrolado. Esa preocupación del escritor de Castilla está eminentemente subrayada en sus conversaciones con Alonso de los Ríos (1993, pp.18-19):

La destrucción de la Naturaleza no es solamente física, sino una destrucción de su significado para el hombre, una verdadera amputación espiritual y vital de éste. Al hombre, ciertamente, se le arrebató la pureza del aire y del agua, pero también se le amputa el lenguaje, y el paisaje en que transcurre su vida, lleno de referencias personales y de su comunidad, es convertido en un paisaje impersonalizado e insignificante.

No cabe duda de que la destrucción de la naturaleza en su totalidad, que conlleva la destrucción de su significado para el hombre, tiene implicaciones sumamente notorias y, en muchos casos, lleva al hombre rural a buscar otras alternativas, como las migraciones. El personaje Daniel, el Mochuelo, participa como protagonista de uno de esos factores que son claves en la narrativa. Observamos, a partir de su cotidiano cómo la relación con el medio influye en la vida en el marco rural:

La vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. Se daban uno al otro en un enfervorizado anhelo de mutua protección, y Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra. No obstante, el convencimiento de una inmediata separación le desasosegaba, aliviando la fatiga de sus párpados. Dentro de dos horas, quizás menos, él diría adiós al valle, se subiría en un tren y escaparía a la ciudad lejana para empezar a progresar. Y sentía que su marcha hubiera de hacerse ahora, precisamente ahora que el valle se endulzaba con la suave melancolía de otoño... (*El camino*, p.215).

Del ejemplo anterior, en lo que se refiere a la estrecha relación del personaje con el medio y todo lo que ello supone, podemos constatar la dimensión que alcanza el conflicto interior de Daniel. Por otro lado, podemos entender el verdadero significado del valle para el protagonista. Ese ambiente-cobijo es cómplice de sus aventuras y descubrimientos; aporta elementos que permiten desvelar ciertos secretos de la vida y del propio medio, especialmente a través de las relaciones sociales con amigos y demás habitantes del pueblo, cuando, fuera del seno familiar, se estrechan y fortalecen las relaciones al margen del hogar: con el maestro, con el herrero, el zapatero, entre otros.

Es en la contemplación del ambiente que el protagonista Daniel encuentra el sentido de la vida en su universo, el mundo rural. Al detenerse a mirar hacia todos sus ámbitos y dimensiones, percibe los elementos que conforman el pueblo, su historia y su idiosincrasia:

En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí, contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. La vía del tren y la carretera dibujaban, en la hondonada, violentos y frecuentes zigzags; a veces se buscaban, otras se repelían, pero siempre, en la perspectiva, eran como dos blancas estelas abiertas entre el verdor compacto de los prados y maizales. En la distancia, los trenes, los automóviles y los blancos caseríos tomaban proporciones de diminutas figuras de “nacimiento” increíblemente lejanas y, al propio tiempo, incomprensiblemente próximas y manejables. En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles!

(...)

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no

hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisionomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir (*El camino*, p.33).

Aquí, como en otros momentos de la narrativa, se evidencia la voz del narrador omnisciente, que conoce la historia y relata sin interferir en la narrativa. En ese sentido, podemos, de cierto modo, deducir que por detrás de la técnica narrativa utilizada se esconde la voz del autor que, a través de la voz y visión de “otro”, emite su visión crítica de la composición del universo rural y todas sus vicisitudes.

4.1. 2 Abismos sociales en el campo castellano: la ficción de *Las ratas*

“Nuestra misión consiste en criticar, molestar, denunciar, aguijonear al sistema de hoy y al de mañana”.

Miguel Delibes

El análisis de las obras, teniendo en cuenta la estrecha relación de Miguel Delibes con su Castilla natal, evidencia la combinación y aportaciones de elementos histórico-sociales a su literatura. En ese sentido, y según conceptos referenciados en nuestro trabajo, el autor encuentra en el universo campesino castellano los principales elementos de producción literaria.

Un día, caminando por tierras segovianas, sorprendí a un hombre que cazaba ratas en un arroyo para vendérselas a sus convecinos para su sustento. Este hombre me pareció un símbolo de la Castilla de entonces y lo erigí en el protagonista de mi novela —que escribí para resarcirme de la campaña de prensa que no pude hacer— colocando a su lado a un niño sabio y generoso, el Nini, que bien pudiera representar el espíritu de Castilla, rico y esperanzado, en dramático contraste con su miseria material (DELIBES in VILANOVA, 1993, p. 36).

En esta afirmación, podemos entender que esa concepción simbólica de la Castilla de entonces es la esencia de su obra que, en todo caso, no deja de ser el entendimiento de las realidades del campesino castellano. Por esa razón, advierte Rey (1993, p.109) que Miguel Delibes está “al servicio de una reflexión sobre el hombre, la España y la Castilla de su tiempo”.

La realidad de ese “hombre que cazaba ratas en un arroyo”, vislumbrada por Miguel Delibes cuando señala que es uno de los elementos que componen su obra,

y que ocupa una posición destacada en la novela que sería *Las ratas* (1962), nos permite ver la explícita intención de denuncia social del autor, y, por consiguiente, el significado de la referida obra. Además de eso, la novela se destaca en el escenario literario de postguerra por la capacidad de describir, de manera fotográfica y extremadamente objetiva, el ambiente y las vicisitudes de los personajes; hechos y realidades repletas de sordidez que marcan su escritura y hacen de la novela un relato categóricamente original.

Miguel Delibes, el escritor de Castilla, se desplaza por los lugares más recónditos de la geografía castellana y se encuentra con lo que va a ser el caldo de cultivo de su producción literaria. El autor utiliza una prosa sencilla, apropiándose de su lengua e incorporando palabras del riquísimo lenguaje rural, para ficcionalizar la realidad de un mundo poco conocido y en trance de desaparición, conforme subraya Buckley (2012).

Por medio de una técnica narrativa propia, utilizada en la representación de las vicisitudes de los protagonistas de la obra, el autor parte de lo local y alcanza dimensiones universales. Es lo que podemos observar en *Las ratas*, cuya trama se centra en los abismos sociales existentes en el universo campesino. Aparentemente sencillo, el desenlace de *Las ratas* se concentra en las circunstancias de exclusión en las que viven un cazador de ratas, el Ratero, y un niño, el Nini - ambos habitantes de una cueva, juntos con la perra Fa.

El Ratero, personaje emblemático de la novela, presenta una imagen decadente (dientes podridos) y serios problemas de elocución. Además de habitar en una cueva, privado de los elementos más básicos para la supervivencia, vive en

conflicto bajo la amenaza constante de desahucio por parte de la autoridad, Justo Fadrique, el Alcalde, y solo encuentra la paz interior cuando logra quitar la vida del cazador Furtivo, que le amenaza la supervivencia, cazando ratas a destiempo. Y resulta que “destruyendo las camadas no conseguirían otra cosa que quedarse sin pan” (*Las ratas*, p.38). De ahí que la novela vaya mucho más allá de plantearse como un simple espejo de la realidad, siendo algo mucho más complejo, como señala María del Pilar Palomo (2001) en su artículo “*Las ratas*, entre testimonio y símbolo”.

A medida en que Miguel Delibes trae a la luz la problemática del campo y del campesino castellanos, pone en evidencia las desigualdades sociales. En ese sentido, el autor revela su preocupación y su compromiso a favor de la lucha en defensa del redimensionamiento de las políticas agrarias, destinadas al desarrollo del mundo rural. Factores como la tierra mal repartida aparecen como una marca histórica de la geografía rural española y son blanco de crítica en la obra:

Desde que tuvo uso de razón, el Nini siempre oyó decir que la señora Clo, la del Estanco, era la tercera rica del pueblo. Delante estaban don Antero, el Poderoso, y doña Resu, el Undécimo Mandamiento. Don Antero, el Poderoso, poseía las tres cuartas partes del término; doña Resu y la señora Clo sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de la cuarta parte restante y la última cuarta parte se la distribuían, mitad por mitad, el Pruden y los treinta vecinos del lugar. Esto no impedía a don Antero, el Poderoso, manifestar frívolamente en su tertulia de la ciudad que “por lo que hacía a su pueblo, la tierra andaba muy repartida”. (*Las ratas*, pp.44-45).

En este panorama, es importante subrayar el tenor social de la narrativa delibiana, una vez que la obra está construida a partir de una realidad que puede ser

concreta, resaltando la problemática individual y colectiva del hombre rural, especialmente los conflictos propios de los individuos perdedores.

La manera a través de la cual Miguel Delibes destaca las realidades que conciernen al mundo rural castellano llega a ser muy intensa. El autor trata de problemas posiblemente evitables y pone su literatura a favor de la transformación social.

Bajo la óptica del quehacer literario, el escritor vallisoletano se empeña en dar a conocer una realidad en trance de desaparición, lanzando el S.O.S de su mensaje humanista (PILAR PALOMO, 2001). Ese es otro factor que merece destacarse en nuestro trabajo y que testifica su implicación político-personal evidente en su obra. Sin embargo, vale resaltar que el compromiso que asume el autor está completamente desvinculado de dogmatismos, partidismos y otros “ismos”; no evidencia en su narrativa ningún rasgo que permita ubicarlo dentro de ninguna tendencia ideológica. En efecto, con base en los argumentos, en su escritura literaria se puede observar que al optar por otorgar protagonismo al mundo rural y las vicisitudes de los que considera “más perdedores”, enseguida se puede advertir su preocupación tiene las bases apoyadas en ideales como igualdad, fraternidad y libertad.

Miguel Delibes, a partir de la realidad de sus personajes, presenta al lector un retrato de la problemática existente en el universo rural castellano, en una de las épocas más oscuras de la historia de España: la postguerra. No obstante, el escritor de Castilla destaca en su obra que las desigualdades sociales en el mundo

rural no son un fenómeno nuevo y nos lleva a concluir que su existencia no es un fenómeno de la contemporaneidad.

En *Las ratas*, la Castilla rural es un espacio que le da sentido y color al texto literario y constituye el elemento vital de la novela. Este escenario que es presentado permite trasladar una visión sumamente amplia y completa de la materia novelada.

En ese sentido, es importante subrayar la estrecha relación de Miguel Delibes con su Castilla natal, en su especialidad de “cazador-que-escribe”, para entender la actitud que adopta en defensa del campo y del campesino castellanos. En efecto, *Las ratas*, como es sabido, nació como respuesta a la determinación del gobierno de silenciar e interrumpir la campaña desarrollada por Miguel Delibes en *El Norte de Castilla* y asumió el carácter de denuncia, resultando mucho más incisiva que la propia campaña, conforme destaca Pilar Palomo (2002).

Testimonio y símbolo son los ingredientes principales en *Las ratas*. Este matiz influye de manera decisiva en la narrativa, una vez que los protagonistas son los sujetos en los cuales el autor centra la energía propulsora de las acciones y relatos. Conforme a esta perspectiva, resulta evidente que los campesinos castellanos son personajes sumamente importantes, factor que nos permite deducir que la obra está estrechamente ligada a toda su problemática, y especialmente a los dilemas sociales. Entre ellos, dos son los personajes más representativos: el Ratero y el Nini, protagonistas que adquieren dimensión de testimonio y símbolo en el quehacer literario. Todo ello, si consideramos el rol que asumen, siendo el eje de la construcción de cada desenlace.

El componente novelado está marcado por las desigualdades sociales y, por consiguiente, por las denuncias. *Las ratas* es la obra en que el escritor castellano decide salir “a cuerpo abierto” a criticar la situación de abandono que aflige al campo y al campesino español de postguerra, a partir de una perspectiva humanístico-social, eminentemente explícita a lo largo de la narrativa. En ese sentido, Miguel Delibes subraya la necesidad de redimensionar las políticas agrarias, destinadas al campo castellano, y evidencia la necesidad de transformación social. Según subraya Elizalde (1992, p.78), “Miguel Delibes está interesado en observar la realidad y darla a conocer tal como la percibe”.

La realidad del mundo rural castellano, destacada en *Las ratas*, está marcada por la histórica indiferencia social por parte de las autoridades y la ausencia de políticas agrarias destinadas al desarrollo del campo. Por otro lado, la soledad, la marginación y la opresión existentes en el universo campesino castellano, han convertido a lo largo de varios siglos a los pueblos en un desierto. Y “no se puede vivir en este desierto” (*Las ratas*, p.34).

Las causas de la “desertificación” del universo campesino son bastante variadas y no están estrechamente ligadas a factores meteorológicos, como pueden ser “la sequía o la helada negra” (*Las ratas*, p.34), sino que están relacionadas también con causas externas, justificadas en la falta de inversión en políticas agrarias, como un plan de regadío: “un plan de regadío de que hablaba el diario y que alcanzaría hasta el pueblo” (*Las ratas*, p.43). Con la intención de “aguijonear al sistema de hoy y al de mañana”, Miguel Delibes utiliza la narrativa para denunciar el abandono del campo, dando voz a los personajes tradicionalmente privados de los

bienes más elementales para la supervivencia: “- Date cuenta, Nini, si llueve como si no. Cuando el Pruden quiera agua no tiene más que levantar la compuerta y ya está. ¿Te das cuenta? Dejaremos de vivir aperreados mirando al cielo todo el día de Dios” (*Las ratas*, p.43).

Al tratarse de un mundo históricamente abandonado por los poderes públicos, “desertificado” o privado de desarrollo, no cabe duda que en *Las ratas* la literatura asume un papel de extremada denuncia, posicionándose como un vehículo de transformación social. El papel que desempeñan los protagonistas, el Ratero en su lucha diaria por la supervivencia, y el Nini, que presencia la aflicción del tío Ratero que se venga del Furtivo a raíz de la caza irresponsable, representan el eje de la narrativa y, por consiguiente, la preocupación del escritor castellano en la lucha en defensa de la dignidad humana.

Miguel Delibes crea personajes tradicionalmente considerados “inferiores” y les concede protagonismo; el autor opta por los “héroes” anónimos, personajes sencillos del campo, que sobreviven bajo las más dramáticas circunstancias de abandono, miseria y hambre, en suma, de exclusión social. En efecto, en cuanto a esa mirada sobre el hombre, el mundo y la historia, subraya Jiménez Lozano (1993, pp.22.23):

... podemos llamarla pesimista o decir, en todo caso, que es de un realismo que no ve motivos para esperar demasiado de la condición humana, ni del tinglado histórico-político, pero tampoco de la creación o la naturaleza tal y como es, porque en el más paradisíaco paisaje por el que atraviesa una perdiz con sus zapatos rojos, el narrador sabe muy bien que puede surgir un depredador, y se acabó el paraíso.

Este aspecto realista en *Las ratas*, sin duda, es una marca muy recurrente en los textos analizados en este trabajo, especialmente en lo que se refiere al espacio en que se desarrollan los hechos, que suceden en la Castilla rural. Miguel Delibes representa personajes típicos de la geografía rural, en todas sus vicisitudes, junto al contexto histórico-social en que están, en que viven, y en medio de las circunstancias a las que están sometidos. Dada la realidad en que coexisten, pueden presentar una abismal dificultad de expresión, es decir, una acentuada carencia de signos lingüísticos que imposibilita la fluidez en la conversación. Ese obstáculo se presenta como una huella del contexto social y cultural del universo campesino, marcado por el difícil acceso a la educación y las desigualdades sociales, materializados en la figura basta del Ratero:

Justo Fadrique, el Alcalde, aspiraba a que todos en el pueblo vivieran en casas, como señores.

Al tío Ratero le atosigaba:

-Te doy una casa por veinte duros y tú que nones. ¿Qué es lo que quieres, entonces?

El Ratero mostraba sus dientes podridos en una sonrisa ambigua, entre estúpida y socarrona:

-Nada - decía.

Justito, el Alcalde, se irritaba y, en esos casos, la roncha morada de la frente se reducía a ojos vistas, como en una cosa viva:

-¿Es que no te da la gana entenderme? Quiero acabar con las cuevas. Se lo he prometido así al señor Gobernador.

El Ratero encogía una y otra vez sus hombros fornidos... (*Las ratas*, pp.10-11).

El Ratero, individuo marginado, con figura desproporcionada y tosca, se limita a expresarse con frases cortas, cuyo argumento, en general, carece de solidez, apoyándose, muchas veces, en los simples gestos. La eminente dificultad de elocución, consecuencia del propio contexto, evidencia que el signo lingüístico,

como principal elemento de la comunicación y del discurso, es sumamente escaso, como se puede observar en el fragmento anteriormente citado. Así, resulta evidente que la comunicación no se lleva a cabo de manera fluida, una vez que el lenguaje no es conciso ni claro. En este sentido, mientras Justo Fradique, el Alcalde, tiene plena consciencia de su “superioridad”, el Ratero carece de conciencia en cuanto a su marginación, expresando inconscientemente su plena exclusión social, impuesta por las circunstancias del medio. Ya el Alcalde, por medio de la fluidez del discurso que le concierne como autoridad, emitido en forma de amenazas, y con vistas a acabar las cuevas, representa la abismal distancia entre el discurso del opresor y el discurso del oprimido. El discurso del Ratero, expresado muchas veces a través de gestos, no solo marca una distancia en cuanto a conocimiento, sino que pasa a ser una suerte de mecanismo de defensa ante la presión ejercida por y desde el poder, al tiempo que también es una suerte de vehículo de venganza, como subrayamos anteriormente. La ausencia de fluidez en el discurso oral, traducida en un discurso gestual, es un auténtico símbolo.

En este contexto, el personaje del Ratero, como figura representativa de la marginación del hombre rural, puede romper la indiferencia del sistema vigente. Con su actitud de venganza frente al cazador Furtivo, movido por la desesperación de quedarse sin ratas para la supervivencia, arremete contra el predador, ya que, amparado por la ley, no respeta los ciclos de la naturaleza:

Matías Celemín, el Furtivo, solía velar de noche y dormir de día. La aurora le sorprendía generalmente en el páramo, en la línea del monte, y para esa hora ya tenía colocados media docena de lazos para las liebres que regresaban del campo, un cepo para el raposo y un puñado de lanchas y alares en los pasos de la perdiz. A veces

aprovechaba el carro de la Simeona o el Fordson del Poderoso, para arrimarse a un bando de avutardas y cobrar un par de piezas de postín. El Furtivo no respetaba leyes ni reglamentos y en primavera y verano salía al campo con la escopeta al hombro como si tal cosa y si acaso tropezaba con Frutos, el Jurado, le decía: “Voy a alimañas, Frutos ya lo sabes”. Y Frutos, el Jurado, se limitaba a decir: “Ya, ya”, y le guiñaba un ojo (*Las ratas*, p.56).

Si por una parte observamos al Ratero en una situación de total exclusión social y desprotección, cazando ratas para sobrevivir, por otra notamos la sobreprotección de la ley ante la actitud irrespetuosa de Matías Celemín. En ese punto, se desata la violencia y reiteramos la observación de la “justicia con las propias manos” como recurso empleado en la narrativa para despertar las conciencias en lo que se refiere a la indiferencia de los poderes públicos, que ocasiona el abandono y marginación del campo y campesino castellanos.

Observamos, en términos generales, que al utilizar elementos de lo cotidiano de la Castilla rural, de cierto modo Miguel Delibes deja evidente su intención de denuncia social. En ese sentido, resalta Alfonso Guerra (2003) la gran capacidad de la literatura de proponer una interpretación de la sociedad, metamorfoseándola, dándole forma y significado sin la pretensión de ser una mera reproducción de la realidad.

Como notamos, *Las ratas* es una novela en la que confluyen ficción y realidad, con impresiones subjetivas marcadas por testimonio y símbolo, factor justificado en el perfil y circunstancias de cada uno de los personajes que componen el texto. Se trata de una narrativa de denuncia social que aborda la problemática existente en el campo castellano de postguerra, sin pretender componer un mero retrato de la realidad. Con esta obra, Delibes contribuye a dar visibilidad a la literatura regional de

Castilla, así como las realidades de la propia Castilla rural, aportando al lector una visión no convencional, renovada, del universo campesino castellano, visto como un conjunto diversificado en su compleja identidad.

De carácter eminentemente ficcional, la narrativa de *Las ratas* evidencia elementos históricos por medio de vestigios del universo social de la postguerra española y las referencias a hechos que han marcado para siempre la historia de España, como la guerra civil: “Al concluir los bombardeos, durante la guerra, las campanas también repicaban alegres, mas con un deje de reserva, precavido y reticente. Había que tener cuidado. Otras veces, los tañidos eran sordos, opacos, oscuros y huecos...” (*El camino*, p.207).

Esos indicios significativos de la historia reciente de España demuestran la actualidad de la obra y atestiguan la preocupación del escritor comprometido con la realidad y el futuro de las poblaciones rurales. Todo ello, a fin de evitar que se vuelvan a cometer los mismos errores del pasado, empezando por el redimensionamiento del presente, con la mirada siempre puesta al futuro.

Si nos fijamos detenidamente en una perspectiva humanística de Miguel Delibes, como aspecto detonante de la reivindicación de los valores del mundo rural y la denuncia social, entenderemos mejor su intención de aguijonear al sistema de hoy y al de mañana, como hemos subrayado en párrafos anteriores. La ubicación de los protagonistas de *Las ratas* en una escala degradante de animalización, es objeto de gran interés para autor. A raíz de las circunstancias en que viven los referidos personajes con Fa, la perra, experimentan un vínculo de total comunión entre el elemento animal y el elemento humano. La humanización de la perra, a través del

lenguaje y la comunicación establecida con el Ratero y el Nini, está materializada en fragmentos como el siguiente:

- El tiempo se pone de helada, Fa. El domingo iremos a cazar ratas - dijo. (el Nini) La perra agitó nerviosamente el rabo cercenado y fijó en el niño sus vivaces pupilas amarillentas. Los párpados de la perra estaban hinchados y sin pelo; los perros de su condición rara vez llevaban a adultos conservando los ojos; solían dejarlos entre la maleza del arrollo, acribillados por los abrojos, los zaragüelles y la corregüela (*Las ratas*, pp.9-10).

Como observamos anteriormente, Miguel Delibes destaca la humanización de la perra, a través del código en común utilizado por el hombre y el animal, dejando evidente la estrecha relación del ser humano con la naturaleza, tan presente y relevante en su obra. Por otro lado, observamos el comportamiento del Ratero que, obligado por la necesidad, bordea la animalidad, actuando como un perro husmeador, en momentos decisivos de la caza de ratas:

El tío Ratero se reclinó, aplastó una oreja contra el suelo y auscultó insistentemente las entrañas de la tierra. Al cabo se incorporó, apuntó con el pincho de hierro la hura junto al cauce y dijo:

- Aquí la hay.

La perra agitó el muñón y olfateó con avidez la boca de la hura. Finalmente se alebró, la pequeña cabeza ladeada, y quedó inmóvil, al acecho.

- Ojo, chita - dijo el Ratero y de un solo golpe hundió el pincho de hierro a un metro de la riera.

La rata cruzó rauda junto al hocico del animal, escabulléndose, con un rumor de hojarasca, entre los carrizos resechos de la orilla.

El Nini voceó:

- ¡Hala con ella!

La Fa se arrancó como una centella tras la rata. El hombre y el niño corrían por el ribazo, estimulando sus gritos al animal. Se originó una persecución accidentada entre los despojos de los carrizos y la corregüela. La perra, en su frenesí, quebraba los frágiles tallos de las espadañas, y las mazorcas se desplomaban sobre el riachuelo y la corriente las agitaba mansamente en un movimiento de vaivén. La perra, de pronto, se detuvo. El tío Ratero y el Nini conocían su

situación exacta por las esbeltas espadañas erectas, allí donde concluía la oquedad abierta entre la maleza (*Las ratas*, p.36-37).

Este aspecto de la fusión de lo humano con lo animal, y viceversa, está arraigado en el propio *modus vivendi* de los protagonistas, acostumbrados a luchar por la supervivencia, que depende de un gran esfuerzo diario. Se evidencia, pues, un reflejo de la degradación del ser humano, reducido al embrutecimiento por las circunstancias de miseria y hambre en las que vive.

A lo largo de la novela, los personajes se desplazan de manera armoniosa por el ambiente en que viven. Tradicionalmente ligados a la tierra, y de ella dependientes para obtener el sustento, el autor incorpora su forma de vida y tradiciones a la literatura, reflejando el cotidiano de la Castilla rural, ingrediente principal del texto:

Al llegar el Ratero y el Nini con el alba, donde la señora Clo, reinaba en la casa un barullo como de fiesta. De la ciudad habían bajado los sobrinos y también estaban allí la Sabina y el Pruden y su chico, el Mamertito, y la señora Librada, y el Justito, el Alcalde, y el José Luis, el Alguacil, y el Rosalino, el Encargado, y el Malvino, y el Mamés, el Mudo, y el Antoliano y el señor Rufo, el Centenario, con su hija la Simeona, y al entrar ellos, el Virgilio se había arrancado con mucho sentimiento y todos escuchaban boquiabiertos y al concluir le ovacionaron y el Virgilio, para disimular su azoramiento, distribuyó entre la concurrencia unos muerdos de pan tostado y unas copas de aguardiente(...)La lumbre chisporroteaba al fondo y sobre la mesa y los vasares la señora Clo había dispuesto, ordenadamente, la cebolla, el pan migado, el arroz y el azúcar para las morcillas. Al pie del fogón, donde se alineaban por tamaños los cuchillos, había un barreñón, tres herradas y una caldera de cobre brillante para derretir la manteca.

(...)

El Antoliano abrió la cochiguera y tan pronto el marrano asomó la cabeza le prendió por una oreja con su mano de hierro y le obligó a tumbarse de costado, ayudado por el Malvino, el Pruden y el José Luis (...). Luego, entre seis hombres, tendieron al animal en el banco y el Nini le auscultó, trazó una cruz con un pedazo de yeso en el corazón y cuando el tío Ratero acuchilló con la misma firmeza

con que clavaba la pincha en el cauce, el niño volvió la espalda y fue contando, uno a uno, los gruñidos hasta tres. De pronto, el Pruden voceó:

- ¡Ya palmó!

El Nini, entonces, dio media vuelta, se aproximó al cerdo y, con dedos expeditos, introdujo una hoja de berza en el ojal sanguinolento para reprimir la hemorragia y, finalmente, abrió la boca del animal y le puso una piedra dentro (*Las ratas*, pp. 49-51).

La matanza, como resulta evidente en el fragmento anterior, es la auténtica representación de las tradiciones del medio rural, cuya reunión de personas, venidas de todas partes, reserva el sentido final de la narrativa: el registro de los grandes abismos sociales conformados en el universo rural castellano. En este contexto, donde se reúne el eje central de la novela, residen marcas muy evidentes de las enormes desigualdades sociales existentes. Por una parte, la señora Clo, que junto con doña Resu sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de las tierras y, por otra parte, el Ratero y el Nini que, con su sumisión y servidumbre, representan el código establecido secularmente por las jerarquías rurales, en una relación de opresor y oprimido intensificada e identificable en el texto de Miguel Delibes.

Las ratas, además, presenta lo que podemos nombrar “sabiduría campesina”, algo que, conforme Vilanova (1993, p.37), “es como la herencia ancestral que el hombre del campo extrae de un contacto cotidiano con la tierra y con los seres que la habitan”.

En esa perspectiva, el sentido real de la lucha por la supervivencia resulta claro y gana fuerza, una vez que esa herencia ancestral, en realidad, no está relacionada única y exclusivamente con las “luces naturales” (*Las ratas*, p.90), como las que

supuestamente tiene en Nini, según cree doña Resu, sino también con unos conocimientos milenarios, transmitidos de generación a generación. De ahí que,

Fuera como fuese, el saber lo que sabía se lo debía el Nini únicamente a su espíritu observador. Sin ir más lejos, si los niños y los mozos se arrimaban al tío Rufo, el Centenario, sólo por el capricho de verle temblar la mano y luego reír, el Nini lo hacía empujado por la curiosidad. El tío Rufo, el Centenario, sabía mucho de todas las cosas. Hablaba siempre por refranes y conocía al dedillo el santo de cada día (...)

El Nini, sentado junto a él en el poyo de la puerta, no reparaba en sus movimientos nerviosos. A veces ni siquiera decía sí o no, pero al Centenario le estimulaban sus ojos expectantes, su inquisitiva atención y, en su caso, el aplomo maduro de sus preguntas y respuestas (*Las ratas*, pp. 27-28).

Son esas y otras observaciones que resultan en un aprendizaje indispensable en la lucha por la supervivencia. Por otro lado, representadas de forma tajante en la ficción de Miguel Delibes, se materializan en el rol que asume el Nini en la narrativa; pues en un contexto marcado por el retraso, las desigualdades sociales y, por consiguiente, por la miseria y el hambre, no es posible prescindir de unos conocimientos milenarios, como forma de mitigar las agruras del presente. No se descarta que la curiosidad del Nini, ejemplificada anteriormente, deja evidente la intencionalidad de un relato de contenido reivindicativo; es decir, Miguel Delibes nos indica claramente que los conocimientos milenarios representados en su producción literaria son una muy relevante fuerza motriz del universo campesino. Como ejemplo de constatación de ese hecho, las previsiones de futuro están pautadas de forma subjetiva, a partir de señales emitidas por la naturaleza, teniendo en cuenta la vieja costumbre castellano-rural de señalar el calendario mediante el santoral:

Por San Celestino y San Anastasio concluyeron las rogativas. El cielo seguía abierto, de un azul cada día un poco más intenso que el anterior. No obstante, al caer el sol, el Nini observó que el humo de la cueva al salir del tubo se echaba para la hondonada y reptaba por la vertiente del teso como una culebra. Sin pensarlo más dio media vuelta y se lanzó corriendo cárcava abajo, los brazos abiertos, como si planeara. En el puentecillo de junto al arroyo divisó al Pruden encorvado sobre la tierra:

- ¡Pruden! - voceó agitadamente, y señalaba con un dedo la chimenea, a medio cueto - : El humo al suelo, agua en el cielo; mañana lloverá.

Y el Pruden levantó su rostro sudoroso y le miró como a un aparecido, primero con desconcierto pero, de inmediato, hincó la azuela en la tierra y sin replicar palabra se lanzó como un loco por las calles del pueblo, agitando los brazos en algo y gritando como un poseído:

- ¡Va a llover! ¡El Nini lo dijo! ¡Va a llover!

Y los hombres interrumpían sus tareas y sonreían íntimamente y las mujeres se asomaban a los ventanucos y murmuraban: “Que su boca sea un ángel”, y los niños y los perros, contagiados, corrían alborozadamente tras el Pruden y aquellos gritaban a voz en cuello: “Va a llover! ¡Mañana lloverá! ¡El Nini lo dijo!”.

(...)

Al día siguiente, la Resurrección de la Santa Cruz, un nubarrón cárdeno y sombrío se asentó sobre la Cotarra Donalcio y fue desplazándose paulatinamente hacia el sudeste.

Y el Nini, apenas se levantó, lo escudriñó atentamente. Al fin se volvió hacia el Ratero y le dijo:

- Ya está ahí el agua.

Y con el agua se desató el viento y, por la noche, ululaba lúgubrememente batiendo los tesos (*Las ratas*, pp.113-114).

La vida del campesino castellano, marcada por la dependencia de los cielos, es tratada en la narrativa como un objeto de gran interés. Condenada por las circunstancias, presenta una posibilidad casi nula de transformación y desarrollo. Son los campesinos castellanos verdaderos héroes de la supervivencia, víctimas de un sistema que les oprime y les condena a la marginación. Así, el supuesto plan de regadío, como forma de “progreso”, está representado precisamente de manera

irónica en la ficción de Miguel Delibes, pues, paradójicamente, en un contexto de secular abandono, no hay lugar para creer en semejante propuesta:

Dijo el Pruden apenas les vio:

- Malvino, pon un vaso para el Ratero.

Era un hecho anómalo, pues el Pruden tenía fama de mezquino. Pero el Pruden esta noche parecía soliviantado. Tomó al Nini nerviosamente por el pescuezo y le explicó confusamente algo sobre un plan de regadío de que hablaba el diario y que alcanzaría hasta el pueblo. Dijo impulsivamente al niño, según se sentaba en el banco del fondo:

- Date cuenta, Nini, si llueve como si no. cuando el Pruden quiera agua no tiene más que levantar la compuerta y ya está. ¿Te das cuenta? Dejaremos de vivir aperreados mirando al cielo todo el día de Dios.

Se hizo una larga pausa. Tan sólo se sentían los golpes de las fichas de dominó y, enlazándolos, el reiterado estribillo de Virgilín Morante. Al cabo, dijo el Centenario con su voz chillona desde la esquina opuesta:

- Si los planes hicieran cundir los trigos, a estas horas no quedaría sitio en las paneras.

Se abrió otra pausa. El Pruden miraba fijamente al Nini, pero el Nini no despegó los labios. Dijo con sorna un hombre con los hombros encogidos, en la mesa inmediata:

- Pon dos vasos. Antes que llegue el agua vamos a terminar con el vino (*Las ratas*, p.43).

El aparente plan de transformación del campo, hecho que resulta en la mofa del campesino, consta en un diario, “el diario”, del cual no se obtiene mayores informaciones. Hay pocos indicios de esperanza de transformación del campo castellano, más bien interrumpidos de forma intempestiva por el lenguaje tajante y mordaz del Centenario que, seguramente a partir de su experiencia, no vacila en poner dicho plan en tela de juicio.

En efecto, la composición de la obra en forma de relatos o anécdotas revela la intención de la narrativa de Miguel Delibes de elaborar de forma sumamente detallada la situación específica del universo rural campesino castellano de

postguerra. Constituidos de manera eminentemente vinculada, al final, resultan en una gran pantalla en la cual se proyecta y se otorga un único sentido a la narrativa.

Así, tenemos en *Las ratas* una sucesión de historias y realidades que brindan al lector la oportunidad de conocer un mundo poco o nada conocido, como una especie de invitación a tomar partido ante la situación de abandono y desigualdades, especialmente cuando al final de la novela se concreta la más escalofriante violencia, motivada por la lucha por el sustento. Ese disparatado desenlace se materializa en la figura del Ratero que, desde las primeras páginas de la obra, se destaca por ser un cazador de ratas y tener una imagen deplorable y además por habitar en una cueva y resistirse a abandonarla. El referido protagonista es responsable del clímax de la obra, cuando comete el asesinato de Matías Celemin, el Furtivo:

Una fuerza ciega le empujaba como para darse coraje se repetía una y otra vez: “Las ratas son mías. Las ratas son mías”. Los perros peleaban aviesamente, se mordían con enconado ensañamiento mostrando sus colmillos blanquísimos, sin cesar de gruñir. En una ocasión rodaron por el barrizal hechos un ovillo y el Ratero tropezó en ellos y cayó entre los trigos, el cuerpo de su adversario montado sobre él.

(...)

El muchacho de Torrecillóriga tenía las mejillas cubiertas de sangre y por los agrietados labios entreabiertos se veía la boca reseca, aspirando el aire a bocanadas, como un pez moribundo. En un esfuerzo trató de herir a s contrincante, pero apenas si el filo del pincho pudo rasgar la chaqueta de pana del Ratero quien, al sentir en la piel el cosquilleo del metal y aprovechando el pasajero desmayo del otro, descargó un golpe contundente de abajo arriba y el hierro se hundió en el costado de su adversario hasta la empuñadura. Todo fue instantáneo como un relámpago. Las manos del muchacho se distendieron y el pincho, al caer, quedó oculto en el barro. El Ratero se separó de él resollando y, entonces, el muchacho de Torrecillóriga avanzó hacia el Nini torpemente, dando traspiés, los ojos desorbitados y, al pretender hablar, un borbotón de sangre le cortó la palabra. Permaneció unos segundos

inmóvil, tambaleándose, y, al cabo, cayó del lado derecho y cerró los ojos como si descansara (*Las ratas*, pp.184-186).

Aquí, corresponde reforzar la preocupación que Miguel Delibes, a partir de su escritura literaria, pues se empeña en dar a conocer las realidades rurales de su Castilla natal y todas las vicisitudes de los personajes que la pueblan. Además, cabe la observación de que el autor se propone representar el universo campesino en todas sus peculiaridades y en su máxima plenitud. En su discurso, se incorporan también particularidades lingüísticas, propias del medio rural, llevando al lector a estar en contacto con palabras del riquísimo lenguaje rural (BUCKLEY, 2012).

El discurso a veces rudimentario de los personajes de *Las ratas* convive y comparte el mismo espacio narrativo, confundiéndose con la disertación de un narrador- cazador-que-escribe que, aun siendo oriundo de mundo urbano, letrado, no deja entrever sus características de hombre culto. Si pensamos en el ingenio del autor y nos fijamos en la manera cómo utiliza las variantes lingüísticas mundo rural versus mundo urbano, percibiremos la notoriedad del efecto estético de la narrativa.

De manera resumida, podemos decir que el Ratero y el Nini son la representación de la sumisión de los más “perdedores”, de la marginación y las desigualdades sociales. A través de su realidad, su lenguaje y sus actitudes, percibimos que los referidos personajes ocupan el lugar más bajo de la escala social y sus más cercanos antagonistas son los más pudientes, que ocupan la cumbre de la pirámide social del campo castellano:

Desde que tuvo uso de razón, el Nini siempre oyó decir que la señora Clo, la del Estanco, era la tercera rica del pueblo. Delante estaban don Antero, el Poderoso, poseía las tres cuartas partes del término; doña Resu y la señora Clo sumaban, entre las dos, las tres cuartas partes de la cuarta parte restante y la última cuarta parte se la distribuían, mitad por mitad, el Pruden y los treinta vecinos del lugar (*Las ratas*, p.44).

La parte rica del pueblo, representada por la capa social más elevada, ve a los menos favorecidos no como objeto de preocupación -tampoco se compadecen con las amarguras que padecen-, sino más bien como objetos para suplir sus necesidades. De ahí el anhelo de don Antero, el Poderoso, “que aspiraba a hacer del niño un peón ejemplar” (*Las ratas*, p.45).

En suma, el Nini es un auténtico siervo, siempre sometido a las veleidades del Poderoso y ejerce un papel fundamental en el cotidiano del pueblo. Sin embargo, “el Nini, el chiquillo..., “desde el fallecimiento de la abuela la Iluminada ejercía de matarife, se sentía un poco disminuido” (*Las ratas*, p.44). Es evidente que el sentimiento de disminución del Nini no tiene trascendencia, ni despierta la sensibilidad de los que le oprimen: ejerce de matarife, se encarga del cuidado de animales, etc.

En efecto, queda claro en la obra que el Nini no es consciente de la existencia de una situación de injusticia y opresión. Pese a sentirse disminuido, se constata la pasividad y la resignación del niño. En el fragmento que incluimos a continuación, destacamos eso en la actitud imperial del protagonista, al participar activamente en el evento de la matanza:

El Niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir

delicadamente la telilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración. El hedor de los intestinos era fuerte y nauseabundo y él los volcó en herradas distintas y, para terminar, introdujo en la abertura dos estacas haciendo cuña. Al cabo, el Antoliano y el Malvino le ayudaron a colgar el marrano boca abajo. Del hocico escurría un hilillo de sangre fluida que iba formando un pequeño charco rojizo sobre las lajas escarchadas del corral. La señora Clo se aproximó al Nini, que se lavaba las manos en una herrada, y le dijo cálidamente:
- Trabajas más aprisa y más por lo fino que tu abuela, hijo (*Las ratas*, p.52).

El perfil del Nini, elaborado por Miguel Delibes durante su participación en el grandioso evento, la matanza, atestigua la lógica de los abismos sociales existentes en el universo rural castellano, una vez que la actuación del niño-amo en los trabajos no impacta a sus súbditos. La exitosa labor llevada a cabo por el protagonista es apreciada y atribuida a una supuesta ciencia infusa:

La señora Clo, la del Estanco, atribuía al Nini la ciencia infusa, pero doña Resu, o como en el pueblo le decían, el Undécimo mandamiento, afirmaba que la sabiduría del Nini no podía provenir más que del diablo, puesto que si el hijo de primos es tonto, mayor razón habría para que lo fuera hijo de hermanos (*Las ratas*, p.27).

El Nini es un personaje sumamente profundo, cargado de dramas, pero también de significado. En su día a día, abandonado completamente a la suerte y desprovisto de perspectiva de futuro, se somete pasivamente al trabajo, ante la mirada atónita de todos:

En el corral, los hombres se despojaron de las chaquetas de pana y se arremangaron las camisas a pesar de la escarcha y de que el aliento se congelaba en el aire (...) Los chiquillos, al ver derribado el cochino – que bramaba como un condenado y a cada berrido se le formaba en torno al hocico una nube de vapor -, se envalentonaron y comenzaron a tirarle del rabo y a propinarle puntapiés en la barriga. Luego, entre seis hombres, tendieron al animal en el banco y el Nini le auscultó, trazó una cruz con un

pedazo de yeso en el corazón y cuando el tío Ratero acuchilló con la misma firmeza con que clavaba la pincha en el cauce, el niño volvió la espalda y fue contando, uno a uno, los gruñidos hasta tres. De pronto, el Pruden voceó:

-¡Ya palmó!

El Nini, entonces, dio media vuelta, se aproximó al cerdo y, con dedos expeditos, introdujo una hoja de berza en el ojal sanguinolento para reprimir la hemorragia y, finalmente, abrió la boca del animal y le puso una piedra dentro.

Los hombres hacían corro en el derredor de él y las mujeres cuchicheaban más atrás. Se oyó apagadamente la voz de la Sabina:

-¡Qué condenado crío! Cada vez que lo veo así me recuerda a Jesús entre los doctores (...)

El niño trazó mentalmente una línea equidistante de las mamas y tiró la bisectriz de la papada al ano sin vacilar. Luego, al dividir delicadamente la tetilla intestinal de un solo tajo, le rodeó un murmullo de admiración (...)

La señora Clo se aproximó al Nini, que se lavaba las manos en una herrada, y le dijo cálidamente:

-Trabajas más aprisa y más por lo fino que tu abuela, hijo (*Las ratas*, pp. 50-52).

El Nini, por ejemplo, simboliza de manera evidente la servidumbre de los más “perdedores”, que empieza desde edades muy tempranas. Por otro lado, ante el solícito gentío, el “condenado crío”, intencionalmente atribuido por la espectadora Sabina, acarrea una gran carga semántica de lo que realmente es, es decir, “condenado”, porque vive a la merced de su propio destino, acompañando a su tío Ratero en la lucha diaria en búsqueda de la supervivencia.

Condenado socialmente a una vida de privaciones, el protagonista se somete a los decretos emitidos por sus “superiores” desde muy temprana edad, siendo incapaz de oponerse a las referidas órdenes, incorporándose, inevitablemente, a las faenas en búsqueda del sustento.

Cuando el Nini cumplió cuatro años, el abuelo Román le dijo:

- Mañana te vienes conmigo al campo.

Y salieron, bajo un sol de membrillo, y ya en los barbechos el abuelo Román se trocó en una especie de animal acechante. Andaba doblado en ángulo recto, aspirando sonoramente el viento por las narices, con una cachaba en cada mano, y hasta sus barbas parecían dotadas de una sensibilidad táctil. De cuando en cuando se detenía y observaba furtivamente en derredor, sin mover apenas la cabeza. Sus ojos, en esos casos, parecían cobrar vida independiente. En ocasiones, el abuelo Román ladeaba la cabeza para escuchar o se echaba al suelo y examinaba atentamente las piedras, los terrones y las pajas de los rastros. En una de sus inspecciones recogió una oscura bolita de sobre una lasca y sonrió golosamente como si fuera una perla y el niño se sobresaltó:

- ¿Qué es, abuelo?

- ¿No lo ves? La freza, Nini. No andará lejos, está todavía reciente.

- ¿Qué es la freza, abuelo?

- ¡Ji, ji, ji, la cagada! Pero ¿así andas?

(...)

- No te muevas, hijo, se marcharía. ¿Ves esa lasca blanca a dos metros de la cacha? Ve, ahí está aculada la zorra de ella. No te muevas, ¿oyes? ¿No es qué ojos tiene la indina? Quieto, hijo, quieto. El Nini no acertaba ver la liebre, mas conforme el abuelo se aproximaba enarbolando la otra cachaba, la divisó.

(...)

La liebre, como las casas del pueblo, en prodigioso mimetismo, formaba un solo cuerpo con la tierra (*Las ratas*, pp. 31-32)

El Nini y el Ratero son los personajes centrales de la narrativa, sea por protagonizar la caza de ratas, elemento que da el sentido general de la obra, o sea también por representar el lado de las clases más oprimidas. En esta perspectiva, el verdadero sentido de la novela se torna evidente, una vez que el título “*Las ratas*” se refiere casi exclusivamente a la marginación del campesino castellano de postguerra, que son las “las ratas” de la sociedad española. Así, los referidos protagonistas son la representación de los oprimidos, en su lucha diaria por la supervivencia.

Privados de los bienes más elementales para la supervivencia, el Ratero y el Nini viven de manera sumamente integrada con el medio. En la naturaleza

encuentran el sustento y de ella depende su vida. Ante esa eminente realidad, resulta evidente que su total dependencia les hace padecer, incluso, fenómenos grotescos como la animalización y el embrutecimiento. De ahí que el Ratero se resiste en abandonar la cueva, y no ceda a las imposiciones de Justito, el Alcalde, y su preocupación por dar una imagen positiva de España: “En realidad, es por los turistas, ¿sabe? Luego vienen los turistas y salen con que vivimos en cuevas los españoles, ¿qué les parece?” (*Las ratas*, p. 120).

Al Ratero nada le importa la pretensión del alcalde de mostrar a los turistas la imagen de una España convencional, ya que lo único que le importa reside en mantenerse viviendo en su cueva y disponer de ratas para alimentarse. De esa forma, podemos resaltar que el Ratero no obedece normas más que las de la naturaleza:

El tío Ratero no pretendía exterminar a las ratas. En ocasiones, si la perra hacía una muestra y él observaba a la entrada de la hura cuando yerbajos reseco, la disuadía:

- Está anidando, vamos.

La perra se retiraba sin oponer resistencia. Entre ella, el Nini y el tío Ratero existía una tácita comprensión. Los tres sabían que destruyendo las camadas no conseguirían otra cosa que quedarse sin pan. Las ratas se reproducían cada seis semanas y de cada parto echaban cinco o seis crías (*Las ratas*, p.38).

Conforme su relación con el medio natural y sus circunstancias de vida en la cueva, constatamos que el Ratero no es comprendido por los que le rodean. La situación de abandono y miseria a la que está sometido, sumado al proceso de animalización establecido en la relación con Fa, la perra, y el zorro, son ejemplos que certifican las desigualdades sociales y, por consiguiente, su marginación. Un

ejemplo de eso ocurre cuando José Luis, el Alguacil, les presagia calamidades sin cuento:

“Ratero –decía-, cualquier noche se prende la paja y os achicharráis ahí dentro como conejos”. El tío Ratero escuchaba con su sonrisa sacarona, escépticamente, porque sabía, primero, que el fuego era su amigo y no podía jugársela, y, segundo, que el José Luis, el Alguacil, no era más que un mandado de Justito, el Alcalde, y que Justito, el Alcalde, había prometido al Jefe terminar con la vergüenza de las cuevas.

En estas circunstancias, el Nini respetaba el silencio del Ratero. Sabía que todo intento de plática con él resultaría inútil, y no por hosquedad suya, sino porque el hecho de pronunciar más de cuatro palabras seguidas o de enlazar dos ideas en una sola frase le fatigaba el cerebro (*Las ratas*, p.65).

A lo largo de *Las ratas*, constatamos que la animalización del Ratero es enfatizada en diversos momentos. Otro ejemplo de ese embrutecimiento puede ser observado en el fragmento copiado a continuación, según la manera como se protege contra las adversidades del tiempo:

Para poder encender el fuego dentro de la cueva, el tío Ratero horadó los cuatro metros de tierra del techo (...)
...y el tío Ratero, dentro de la cueva, observaba las lengüetas agresivas y cambiantes de las llamas, arrullado por los breves estallidos de los brotes húmedos. La perra, alebrada junto a la lumbre, emitía, de vez en cuando, un apagado ronquido. Llegada la noche, el tío Ratero mataba la llama, pero dejaba la brasa al tibio calor del rescoldo dormían los tres sobre las pajas, el niño en el regazo del hombre, la perra en el regazo del niño y, mientras el zorrillo fue otro compañero, el zorro en el regazo de la perra (*Las ratas*, 64-65).

Sin el confort de los elementos más básicos de un hogar, manifestado explícitamente a través de su dormir “sobre las pajas”, y acompañado por animales, el Ratero es un personaje dibujado como una extensión de la naturaleza. En ese sentido, se establece la fusión del individuo con el entorno.

Desde la perspectiva de la narración, el Ratero, este otro *animal*, se convierte en uno de los elementos clave de la obra, una vez que nadie logra sacarlo de su mundo, la cueva:

Dijo el Ratero, sin moverse de junto al fuego:

- ¿Dónde vas con la que cae?

- Vengo - dijo el Antoliano, sentándose junto a la perra, que se incorporó y buscó un rincón oscuro, donde nadie la molestase.

- ¿Qué te trae?

El Antoliano extendió sus manos ante las llamas:

- El Justito - dijo -. Va a largarte de la cueva.

- ¿Otra vez?

- En cuanto escampe subiré, ya te lo advierto.

El Ratero encogió los hombros:

- La cueva es mía - dijo (*Las ratas*, p.66).

En este ejemplo, constatamos que el personaje no tiene conciencia social, principalmente por desconocer sus derechos y resistirse a cambiar de vida. En efecto, a pesar de su desconocimiento, al Ratero se le recuerda la gravedad del problema de vivir en una cueva, en unas condiciones que bordean lo primitivo, representado en la narrativa como una omnipresente inconsciencia al oponerse en dejar la cueva y aceptar la propuesta del alcalde.

Entendemos como importante y necesaria una observación en torno al fragmento anterior, en cuanto a la categórica percepción de Delibes sobre la resistencia del Ratero, que se mantiene firme en su decisión de permanecer en la cueva. Esta convicción del personaje es una fuerza que desconcierta a los representantes de los poderes públicos, como reafirmación del resultado de una eminente decepción frente al sistema de gobierno vigente. Por otra parte, si nos fijamos en la manera cómo al Ratero se le anuncia el desahucio, constatamos la

tergiversación de la presunta pretensión de transformación social y todo lo que ello conlleva.

En su inconsciencia, el Ratero se cree plenamente dueño de su cueva, defendiéndola como su bien máspreciado. En realidad, la cueva es su único tesoro, una vez que el personaje, junto al Nini, está privado de todos los beneficios sociales. Por consiguiente, condenados a vivir a la merced de su propio destino, cazando ratas para sobrevivir. Ambos personajes reflejan el estado casi primitivo del ser humano, manifestado por medio de su armonía con el medio.

El clímax del primitivismo del Ratero ocurre cuando este se lanza en defensa de su territorio, en un momento de furia incontrolable, y da muerte al Matías Celemín, el cazador furtivo:

El muchacho de Torrecillórigo trató de reducirle hincándole las rodillas en los bíceps y en su tenso esfuerzo murmuraba: “Da-te-a-ra-zo-nes-co-ño”, pero el Ratero le ganó la acción, se arqueó sobre el estómago y le lanzó hacia atrás golpeándole luego con las botas en el vientre (*Las ratas*, p.184).

Es ahí que se revela claramente el primitivismo del Ratero, pues a pesar de haberle quitado la vida al predador, motivado por la necesidad de defender el sustento, “El Ratero sonrió socarronamente” (*Las ratas*, p.187).

El detalle de la sonrisa socarrona, destacada por ser la “bandera de la victoria” del Ratero, revela el resultado exitoso de su anhelo de venganza, pues la certeza de exterminar al enemigo le brinda, también, la certeza de lo que tiene que hacer: no abandonar la cueva porque “La cueva es mía - dijo” (*Las ratas*, p.187).

En efecto, pese a la victoria del Ratero, en defensa de su territorio y de los alimentos que aseguran su sustento, las ratas, no podremos considerar su acto de extremada violencia como algo justificable o como una actitud de justicia; tampoco le podremos asignar al personaje un certificado de heroicidad. El Ratero actúa empujado por una “fuerza ciega, una fuerza irracional” (*Las ratas*, p.183), un impulso natural e incontrolable.

El personaje Ratero es la representación de un universo oprimido de manera despiadada, un individuo enormemente excluido, incomprendido..., marcado por actitudes inconscientes, un carácter intempestivo e irracional. Representa en la narrativa el lado opuesto de Justito, el Alcalde, el letrado, representante de los poderes públicos, que, supuestamente, actúa como el representante y “protector” del pueblo, defensor y de los intereses de España.

La forma cómo actúa el Poder, representado, mayoritariamente, por la figura de Justito, el Alcalde, demuestra la eminente indiferencia del Estado ante la problemática existente en el universo campesino castellano, que resulta en las enormes desigualdades sociales. Su discurso tajante, además, de su “misión”, le hace considerarse responsable por el destino del pueblo, desconsiderando completamente los anhelos y/o necesidades de sus habitantes. De ahí que, a su juicio, dada la jerarquía social, se permita interferir en la vida del Ratero, amenazándolo con desahuciarle si no acepta la propuesta de dejar la cueva.

Esta autoridad que le concierne a Justito, el Alcalde, adoptada perfectamente por sus allegados, como Rosalino, el Encargado, viene nada menos que de otras jerarquías superiores. Por ello, “El Justito visitaba con frecuencia a Fito

Solórzano, el Gobernador, en la ciudad, y le llamaba Jefe” (*Las ratas*, p.66). No obstante, esa jerarquía del Justito, el Alcalde, que teóricamente tiene que ser obedecida, no ejerce ningún poder de decisión en la vida de “los de abajo”, representados por la figura del Ratero. De este modo, en la narrativa, el Ratero y el Nini representan una capa social privada de consciencia y posibilidad de ascensión social, tampoco están dispuestos a obedecer las imposiciones de “los de arriba”, sino a mantener su libertad. De ahí que se mantengan firmes en su decisión, sin dar oídos a los dictámenes de sus superiores, tal como lo podemos observar en este fragmento:

El Frutos desenrolló un papel y leyó a trompicones el acuerdo de la Corporación de desalojar la cueva del tío Ratero por razones de seguridad. Al terminar, el Frutos miró para el Alcalde, y el Justito, sin perder la compostura, dijo:

- Ya oíste, Ratero, es la ley.

El tío Ratero escupió y se frotó una mano con otra. Les miraba uno a uno, divertido, como si todo aquello fuera una comedia (*Las ratas*, p.69).

Miguel Delibes, en esta perspectiva, confronta los discursos a partir del mismo espacio en que se desarrollan. Aquí, en el seno del entorno de los más “perdedores”, la cueva es en su materialidad simbólicamente representativa de la capa social marginada y oprimida. De una parte está el Poder, representado por El Frutos y Justito, el Alcalde, imponiendo al Ratero la ley, a partir de la autoridad que le confiere, conforme se puede observar en el siguiente fragmento: “- Mira, Ratero - dijo -. Soy el Alcalde, he hecho público el desahucio. Así que ya lo sabes, dentro de dos semanas te vuelo la cueva como me llamo Justo. Te lo anuncio delante de dos testigos” (*Las ratas*, p.71). De otra parte, el Ratero, que se resiste y se mantiene

firme en la defensa de su vivienda. El personaje, aun estando en un escalón sumamente inferior, contesta y revela su total desacuerdo y desagrado, hecho que desconcierta completamente a las autoridades:

- No me voy - dijo de pronto.
- ¿Que no te vas?
- No. La cueva es mía.
- La roncha de la frente de Justito, el Alcalde, se encendió súbitamente.
- He hecho público el desahucio - voceó -. Tu cueva amenaza ruina y yo soy el Alcalde y tengo atribuciones.
- ¿Ruina? - dijo el Ratero.
- Justito señaló el puntal y la resquebrajadura.
- Es la chimenea - agregó el Ratero.
- Ya lo sé que es la chimenea. Pero un día se desprende una tonelada de tierra y te sepulta a ti y al chico, ya ves qué cosas.
- El tío Ratero sonrió estúpidamente:
- Más tendremos - dijo.
- ¿Más?
- Tierra encima, digo.
- El José Luis, el Alguacil, intervino:
- Ratero - dijo. Por las buenas o por las malas, tendrás que desalojar.
- El tío Ratero les miró desdeñosamente:
- ¿Tú? - dijo-. ¡Ni con cinco dedos! (*Las ratas*, p.70)

La autoridad que ostenta Justito, el Alcalde, lo lleva a actuar de manera completamente contundente, desconsiderando la opinión del subalterno que, ni siquiera es consciente de sus derechos, porque tampoco tiene derecho. Conforme las aportaciones de Renahit Guha, en su libro *Las voces de la historia y otros estudios subalternos* (2002), se trata de voces históricamente calladas. Esta concepción, admitida inconscientemente por el Ratero, siempre subordinado de algún modo, no deposita en Justito, el Alcalde, su confianza, hecho que lo desbarajusta, especialmente cuando, en función de su papel como autoridad que actúa con el

visto bueno de sus superiores, el Gobernador, no es capaz de llevar a cabo su labor, de manera exitosa:

La cueva, a mitad del teso, flanqueaba por las cárcavas que socavaban en la ladera las escorrentías de primavera, semejaba una gran boca bostezando. A la vuelta del cerro se hallaban las ruinas de las tres cuevas que Justito, el Alcalde, volara con dinamita dos años atrás. Justo Fadrique, el Alcalde, aspiraba a que todos en el pueblo vivieran en casa, como señores.

Al tío Ratero le atosigaba:

- Te doy una casa por veinte duros y tú que nones. ¿Qué es lo que quieres, entonces (*Las ratas*, p.10)?

La actitud soberbia del Ratero, desdeñosa a las propuestas de Justito, el Alcalde, evidencia no solo el apego al hogar, la cueva, sino la necesidad de imponerse ante la autoridad como forma de defender su libertad. De ahí la indiferencia a los criterios jerárquicos y las ordenanzas por ellos emitidas y justificadas.

En efecto, se observa que la jerarquía de Justito, el Alcalde, tiene que ser contestada e, incluso desobedecida por “los de abajo”. En ese sentido, dentro de la narrativa, podemos destacar que el Ratero y el Nini representan el descontento de una capa social no dispuesta a creer en las propuestas venidas desde “los de arriba”, aun estando en un contexto de enormes desigualdades sociales. Quizás se trate de la necesidad de un discurso nuevo, emitido por una generación que no necesita las migajas del Estado, sino que requiere el redimensionamiento de las políticas agrarias, que conlleven desarrollo.

En esta perspectiva, la indiferencia del Ratero con las jerarquías gubernamentales inviabiliza las propuestas venidas desde “los de arriba”, dada la

imposición de Justito, el Alcalde, que le conducen al fracaso, lo llevan a asumir la fragilidad del sistema gubernamental y le motivan, todavía más, la imposición de su autoridad. Así, “hay que desahuciar a ese desgraciado” (*Las ratas*, p. 67). Para eso es la “autoridad”.

En vez de enfrentar al problema que supone para la España de entonces, disminuyendo los abismos sociales existentes, hacer “volar” la cueva es la mayor demostración de maquillaje de la realidad. En ese sentido, constatamos que Miguel Delibes, a través de personajes como el Ratero y el Nini, elabora la realidad del universo campesino castellano de manera también caricaturesca, con la aparente intención de subrayar las enormes desigualdades existentes en la geografía rural de su Castilla natal.

Por ello, en *Las ratas*, Miguel Delibes mezcla sensibilidad e ironía, testimonio y símbolo que refuerzan su visión de la realidad de los “más perdedores” y consolidan su anhelo de transformación social, además de evidenciar su misión de escritor comprometido con su tiempo, al servicio de una reflexión sobre el hombre, la Castilla rural y la España de su tiempo.

4.1.3 Las novelas *El camino* y *Las ratas*: una configuración de la combinación entre ficción y realidad

“La novela es el hombre y el hombre en sus reacciones auténticas y espontáneas”.

Miguel Delibes

En este capítulo haremos una breve reflexión sobre la correlación de las novelas analizadas en nuestra tesis y su importancia para la comprensión de la tendencia literaria de Miguel Delibes, que va mucho más allá de lo que concierne a la ficción narrativa y al imaginario del autor.

Aunque Delibes encuentre en la realidad de su Castilla natal los elementos fundamentales para su producción literaria, es importante tener en cuenta que, antes de nada, las novelas son objetos de la ficción. Eso significa que no se trata de reproducir un mero retrato análogo del mundo real, una vez que lo real y lo imaginario se funden, por medio del lenguaje, dando lugar a una nueva realidad. En esa perspectiva, ningún texto literario puede ser considerado un documento histórico o un enunciado informativo. De ahí que prescindir de la dimensión literaria de la ficción sería, sin duda, alejarla de la concepción artística que respalda y atestigua el quehacer literario, como vehículo transmisor de esa “nueva realidad”.

En efecto, las narrativas de ficción aportan un sinnúmero de posibilidades de penetrar en la historia y en la sociedad, permitiendo repensar las construcciones discursivas establecidas a lo largo de los siglos y todo lo que ello conlleva. Con base

en esta perspectiva, observamos que, a través de *El camino* y *Las ratas*, el escritor de Castilla transporta a la ficción nacional una de las mejores imágenes de mundo rural castellano de postguerra, como forma de fomentar el debate en cuanto a los abismos sociales existentes en este universo, en una de las épocas más llenas de sombras de la historia de España. En un primer plano, y a simple vista, la literatura delibeana tiene sus raíces afincadas en lo local, sin embargo, dado el cuestionamiento existencial que provocan los textos, su literatura alcanza lo universal.

La narrativa de ambos textos equilibra muy bien lo estético con lo social, por medio de un lenguaje sencillo, evidenciado en una sintáctica igualmente sencilla, que combina con el cuidado de mantener vivo un amplio vocabulario rescatado del universo rural, capaz de despertar la sensibilidad del lector no solo hacia los problemas existentes en el marco rural castellano, sino también hacia los problemas de su tiempo, que son universales. En efecto, la estética de las referidas novelas se nutre de los elementos del cotidiano, como pueden ser las desigualdades sociales o los problemas causados por factores meteorológicos, como ingredientes necesarios a la crítica y denuncia social. Así, y según subraya Santaella (1995, p. 22), “as obras são resultados de um trabalho que incide sobre os signos, sobre a linguagem na sua capacidade de representar, criar ou radicalmente transformar em cada patamar histórico, o que os homens concebem como realidade”. En esta perspectiva, podemos considerar la narrativa delibeana como la expresión de los aspectos de la vida en los más variados ámbitos de la geografía rural castellana: culturales, económicos, políticos e históricos, entre otros. Además, hace florecer el debate a

partir de los cuestionamientos surgidos y, por consiguiente, invita a participar del debate a favor de la transformación social, necesidad urgente y fundamental en el ámbito rural, marcado por problemas que son universales.

Cuando Miguel Delibes inaugura su vocación campestre en *El camino* (1950) y decide “salir a cuerpo abierto”, en *Las ratas* (1962), en defensa del campesino y del campo castellanos, asume la tarea de escritor comprometido con los problemas inmediatos de su tiempo (SOBEJANO, 2005), trasportando al centro del debate actual la lúcida pregunta que lanza en la obra *La tierra herida: ¿Qué mundo heredarán nuestros hijos?* (2005). De este modo, entendemos la narrativa literaria del escritor de Castilla como la expresión del imaginario social del contexto de postguerra, traducidos en considerables recursos que evidencia su experiencia personal en tierras castellanas, elaborados como expresión de la estrecha relación entre la literatura y la realidad.

Para comprender mejor la pregunta que formula el escritor en cuanto al futuro de nuestros hijos, en verdad es importante retroceder medio siglo antes de la publicación de esta obra, y encontrarnos con las novelas *El camino* y *Las ratas*, en las que el novelista tematiza el hombre rural castellano, representado en la imagen de dos niños de tan solo once años, Daniel, el Mochuelo y el Nini, que viven en un escenario marcado por los abismos sociales. Aunque en *El camino* queden rasgos de lo idílico, representado, como puede ser, en la tranquilidad del valle, donde el protagonista y sus amigos “Muchas tardes, ante la inmovilidad y el silencio de la Naturaleza, perdían el sentido del tiempo y la noche se les echaba encima” (*El camino*, p.28), el autor da énfasis a los dilemas de los personajes considerados

perdedores. En *Las ratas*, a su vez, se evidencia la intención del escritor de Castilla de “aguijonear al sistema de hoy y al de mañana”, teniendo en cuenta los problemas que afectan colectivamente la sociedad rural. Sus protagonistas son seres que viven en una cueva, en un estado deplorable, cazando ratas para sobrevivir, privados de los bienes más elementales para la supervivencia.

Ante estas circunstancias, al comparar las dos novelas analizadas en este trabajo notamos, a simple vista, un cambio significativo en la intención del autor, ya que en *Las ratas* se intensifican las críticas a las desigualdades sociales existentes en el marco rural, con un único objetivo, el de denuncia social. No obstante, como hemos comentado anteriormente, la preocupación de Miguel Delibes con la problemática existente en el mundo rural castellano no es exclusiva de esta obra, sino que se inaugura en *El camino*, aunque de manera mucho menos intensa.

En ambas novelas los protagonistas son indefensos, expuestos a los caprichos de los “superiores”, cada uno driblando las adversidades del tiempo y del espacio. En *El camino*, Daniel, el Mochuelo, no escapa de las migraciones, como muchos castellanos; en *Las ratas*, el Nini, junto al tío Ratero, no se libra de la circunstancia de miseria y hambre en la que viven, cazando ratas para asegurar el sustento. Sin faltar el respeto a las instituciones, familiar, social o gubernamental, los personajes de las referidas obras acaban aceptando las imposiciones que vienen desde “los de arriba” o resignándose ante su indefensión.

Como es sabido, Miguel Delibes enfoca la problemática social de su tiempo. Según subrayamos en capítulos anteriores, el autor utiliza su producción literaria con fines de crítica y denuncia social. El autor, en el plano de la ficción narrativa, de

la imaginación artística, cuestiona el sentido del progreso y todo lo que ello conlleva para el universo campesino. Todo ello de forma breve y concisa, una escritura hecha con “poco adorno”, cuya amplitud y contundencia de los textos están en consonancia.

El camino y *Las ratas*, debido a su realismo crítico, son novelas cuyo abordaje sobre las vicisitudes de los personajes acaba atrapando al lector y le hace partícipe de ese realismo crítico, en una narrativa que da a conocer una dura realidad existente en el marco rural e invita a tomar partido ante ella. Así, en las referidas obras no existe un final feliz, una vez que el autor no pretende dar una posible solución a los abismos sociales que marcan el universo campesino, siendo consciente que la sociedad necesita un cambio significativo en lo que se refiere a la temática que aborda en las narrativas. Para que ocurran esos cambios, sin embargo, el escritor vallisoletano subraya que la problemática existente en la Castilla rural tiene al propio hombre como principal causante de los abismos sociales que, en general, actúa bajo la tutela de un Estado autoritario e indiferente, y mantiene estrechas las relaciones de opresores y oprimidos, secularmente existentes.

En efecto, y según advierte el autor en sus conversaciones con Alonso de los Ríos (1993), la Revolución de 1789 en España todavía está inédita. Desde el prisma de Delibes, son dos siglos de retraso, puesto que los ideales proclamados por la Revolución francesa, comprendidos en tres grandes valores: *liberté, égalité, fraternité*, todavía no han llegado a España. Esas observaciones son sumamente vitales para entender el contexto en que se escribieron las novelas y nos llevan a no perder de vista la orientación del autor en cuanto al pensamiento del Occidente,

bajo la perspectiva temporal de los hechos que han marcado para siempre la historia de España, como la guerra civil, que ha sido una de las grandes vergüenzas del siglo XX.

La visión de mundo de Miguel Delibes, bajo el concepto de los ideales franceses, es un componente fundamental en la elaboración de una literatura comprometida. Su obra trasciende lo estético y se ocupa de la crítica y denuncia como forma de contribuir a la transformación social. Así, entendiendo que la sociedad española de postguerra, especialmente en el ámbito rural, está marcada por grandes abismos sociales, destacamos a Miguel Delibes como uno de los más importantes críticos de la realidad histórico-social de su tiempo. El autor está sumamente atento a los acontecimientos del país, y en ámbitos muy variados, les asegura protagonismo dentro de su relevante producción literaria. Como hemos subrayado anteriormente, en sus textos el autor no elabora un mero retrato de la realidad del universo rural castellano, sino que levanta cuestionamientos y nos invita a participar del debate en pro de la transformación social, urgente y necesaria en el ámbito rural de su Castilla natal, marcada por problemas que son universales.

La Castilla rural en las novelas de Delibes es una realidad reconstruida y reinventada por el autor; una Castilla de “Castilla la Vieja”, pero que aparece renovada gracias a su imaginario y, a la vez, a su decisión de “salir a cuerpo abierto” en defensa del campo y del campesino castellanos. Esa invención discursiva de Castilla en la narrativa del escritor vallisoletano va mucho más allá de los acontecimientos histórico-sociales que conciernen a su geografía rural. En esta perspectiva, y en toda la complejidad que le concierne, la Castilla rural que nos

presentan las narrativas de Miguel Delibes es, principalmente, una fuente de reflexión, de cuestionamientos, pero también de luces y de esperanzas.

Esta fuente de reflexión se impregna de lo real, donde cabe la consciencia e implicación del autor, conjugada con la problemática y los abismos existentes en el universo campesino. Por una parte, se evidencia la indignación individual del autor ante las desigualdades sociales; por otra parte, la esperanza y la certeza de la necesidad de redimensionar la realidad, cuya dimensión histórico-social y cultural está en consonancia con lo literario. En ese sentido, *El camino* y *Las ratas*, en lo que se refiere a la construcción de sus textos, evidencian la importancia del autor y del lector como posibles transformadores de la sociedad.

Otro factor distintivo de la obra del escritor de Castilla, y que es tema de nuestro gran interés, es la manera idónea cómo el autor trae a la actualidad los acontecimientos históricos a la reflexión, juntamente con los problemas sociales, demostrando una gran capacidad de plantear los dilemas individuales y colectivos del hombre rural, en igualdad de importancia. Todo ello, a través de unos personajes y narradores cautivadores, elementos clave en el desarrollo de la narrativa.

Miguel Delibes trata las temáticas individual y colectiva en las novelas bajo el mismo nivel de importancia, elaborándolas con un lenguaje propio, que representa la renovación que el escritor aporta a la literatura española. De este modo, se destaca entre sus contemporáneos, consagrándose como representante/portavoz del universo rural -factor que provoca un gran impacto a la literatura española

contemporánea -, al mismo tiempo que se torna uno de los clásicos de la literatura nacional.

Establecemos una conexión entre las novelas *El camino* y *Las ratas*, subrayando la trascendencia de ambas en lo que se refiere al valor estético, entremezclado el testimonio y el símbolo. Además del sarcasmo, la contundencia del pensamiento crítico del autor revela su implicación con los problemas que afligen al mundo rural castellano de postguerra, como forma de participar directamente de la construcción de lo que podemos denominar “nueva historia de España”. Todo ello, motivado por la angustia e invadido por la esperanza.

Pese al cierto pesimismo que podemos advertir a lo largo de las obras, identificado a partir de la imagen y vicisitudes de los protagonistas, el narrador y los demás personajes centrales de ambas novelas se compenetran por medio de un lenguaje propio del ámbito rural, lleno de esperanza y que, a su vez, se convierte en uno de los principales elementos de reflexión.

Daniel, el Mochuelo, en *El camino*, el Ratero y el Nini, en *Las ratas*, revelan el prototipo estereotipado del hombre rural, perpetuado a lo largo de varios siglos, con su forma de vida y tradiciones; bajo un cielo inclemente y en un camino incierto, cuyo destino, muchas veces, no lleva a ninguna parte, como lo podemos notar en el relato de *Viejas historias de Castilla la Vieja* (2010, p.09): “¿Dónde va el Estudiante?” Y yo le dije: “¡Qué sé yo! Lejos”.

El caminar hacia lo *lejos*, quizás, revela una esperanza, la única esperanza de alcanzar mejores condiciones de vida. Daniel, el Mochuelo, está obligado a emprender un camino que, supuestamente, le llevará lejos, a la ciudad. Salvador, su

padre, insiste siempre en la necesidad de progresar y se dedica a ahorrar, “tiene que ahorrar” con la ilusión de enviar al hijo al encuentro del tan anhelado progreso. El personaje no vacila, emite y defiende su punto de vista, principalmente en lo que se refiere a su decisión y sus planes de enviar al hijo a estudiar el grado a la ciudad.

Sin Duda, Salvador, el quesero, es un símbolo que representa el intento del autor de recuperación de la esperanza para el universo campesino castellano, una forma de recuperar el tiempo perdido y reconstruir el destino de muchos individuos que, a lo largo de muchas décadas, o incluso siglos, fueron privados de los beneficios que supone el progreso.

Las acciones de los personajes, al igual que la circularidad de los hechos narrados, marcan las dos novelas y nos ofrecen una imagen característica de las contradicciones y bellezas existentes en el marco rural castellano. La clarividencia y objetividad de la narrativa sorprende constantemente al lector. Todo ello, como arte de contar y construir las historias y elementos del texto; una magnitud capaz de *hilvanar* belleza a partir de las cosas sencillas; de saber mantener la densidad y tensión poética bajo la filosofía de los misterios de la vida, deteniéndose, siempre, en cada detalle de la obra: personajes hombres o animales, lugares como calles, plazas o un sencillo “senderillo de cabra” (*El camino*, p.30), entre otros, como el pueblo de Daniel que, “visto así, a la ligera” (*El camino*, p.33), no se diferencia de tantos otros, “pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a lo de los demás” (*El camino*, p.33).

El mundo de Daniel, el Mochuelo, tiene marcas de un edén de evocación arcaica en el cual la vida transcurre entre la belleza, abundancia y tranquilidad. En

este ambiente, el protagonista disfruta con intensidad de cada momento, de cada cosa y cada rincón: “A Daniel, el Mochuelo, le placían estos olores, como le placía oír en la quietud de la noche el mugido soñoliento de una vaca o el lamento chirriante e iterativo de una carreta de bueyes avanzando a trompicones” (*El camino*, 30). En efecto, ante la inminencia de su partida a la ciudad, el personaje lamenta el inevitable abandono de la aldea y todo lo que ello conlleva en cuanto a sus relaciones sociales y/o familiares: “Y lloró, al fin” (*El camino*, p.221).

El desenlace dramático, con el llanto final de Daniel, el Mochuelo, revela que el personaje no ha sido capaz de redimensionar su destino, siendo, de cierto modo, un fracasado. Es la demostración de que el universo rural castellano, pese a rasgos que bordean lo idílico, dista de ser un paraíso en la tierra, precisamente por la coexistencia de pobres y ricos en el mismo entorno rural. Como es sabido, se configura entre: “Los que ganaban poco dinero y de éstos decían que eran unos vagos y unos holgazanes, y los que ganaban mucho dinero, de los cuales afirmaban que se trabajaban era sólo para gastarse el dinero en vino” (*El camino*, p.22). En ese sentido, además de estar dividido el pueblo entre pobres y ricos, refleja una sociedad desigual, que conlleva en la marginación del campesino y campo castellanos. De ahí que surge la necesidad de marcharse en búsqueda de otras alternativas, especialmente en las ciudades donde, supuestamente, está el anhelado progreso.

La imposibilidad de cambiar el rumbo de la historia y el destino es un tema que se repite de manera mucho más profunda en *Las ratas*, cuyos protagonistas

viven a la merced del destino y del tiempo, bajo un cielo inclemente y padeciendo las consecuencias de la indiferencia de los poderes públicos.

La realidad de los protagonistas en *Las ratas* refleja los abismos sociales existentes en el universo campesino, donde las clases inferiores están siempre instrumentalizadas con promesas que serán incumplidas por los sistemas de dominación:

Justo Fadrique, el Alcalde, aspiraba a que todos en el pueblo vivieran en casas, como señores.

Al tío Ratero le atosigaba:

-Te doy una casa por veinte duros y tú que nones. ¿Qué es lo que quieres, entonces? (...) Justito, el Alcalde, se irritaba y, en esos casos, la roncha morada de la frente se reducía a ojos vistas, como en una cosa viva:

-¿Es que no te da la gana entenderme? Quiero acabar con las cuevas. Se lo he prometido así al señor Gobernador” (*Las ratas*, pp.10-11).

En el fragmento citado, el narrador toca un punto decisivo que nos permite entender mejor la preocupación e indignación del escritor ante esas circunstancias: la promesa carente de solidez que elabora Justo Fadrique, el Alcalde, como representación de un poder vigente que, solamente de manera aparente, está preocupado con la situación de abandono y miseria de las poblaciones rurales más “perdedoras”. Además, de eso, el narrador utiliza el ejemplo para advertir al lector sobre la necesidad del redimensionamiento de las políticas públicas destinadas al campo castellano, elemento central de la preocupación del escritor y la obra.

El Ratero, que habita en una cueva, es un individuo frágil y fragilizado; posee aspecto decadente: “sus dientes podridos” (*Las ratas*, p.11)... aspecto que nos remite a una relectura de la sociedad rural postguerra en que, dada la fuerza de la

indiferencia de los poderes públicos, acaba oprimiendo, excluyendo e, incluso, animalizando a los hombres. Su presencia incomoda por eso, hay que “¡desahuciar a ese desgraciado!” (*Las ratas*, p.67). Y, en efecto, el personaje es un desgraciado.

En *El camino* y *Las ratas*, Delibes, en las circunstancias de los personajes más perdedores, elabora la unidad de su obra, pero una unidad que podemos decir fragmentada por las desigualdades sociales, las adversidades del tiempo y la ausencia de la posibilidad de desarrollo, salvo por vía de las migraciones, como ocurre con Daniel, el Mochuelo. El autor, además, rescata, aun de manera desgarradora, la realidad y la subjetividad de unos seres sin destino concreto ni poder de decisión. En ese sentido, por medio de la ficción literaria que oscila entre la angustia y la esperanza, el escritor de Castilla trata de comprender y dar a conocer las vicisitudes del campesino y del campo castellanos de postguerra a través de una literatura comprometida con los problemas de su tiempo.

Según afirma en una entrevista concedida a la televisión pública española, en el año 1976, Miguel Delibes no cree que por medio de unas novelas se pueda mover el mundo, pero sí es consciente de la dorada utopía de llevar al conocimiento de todos de esas ideas de paz, de justicia, igualdad... que, de cierto modo, deberíamos conquistar sin necesitar, para nada, la violencia.

V - CONSIDERACIONES FINALES

Al estudiar la narrativa rural de Miguel Delibes, no podíamos dejar de tener en cuenta las circunstancias histórico-sociales, político-culturales y literarias de la España de postguerra, en lo que se refiere a su Castilla natal, región anteriormente protagonizada e inmortalizada en los versos de Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Baroja o Azorín, entre otros, que alabaron y glorificaron Castilla y su tierra “parda, seca y amarilla”. Sin embargo, aun estando presente en la trascendental producción literaria de escritores de la Generación del 98, Castilla sigue dejando siempre abiertas las puertas y nos permite acceder a temas tan relevantes como el mundo rural, subrayado en la producción literaria delibeana, nacida de la pluma del escritor que mejor que nadie ha sabido “pintar Castilla”.

Miguel Delibes representa el mundo rural castellano en lo más profundo de su esencia, y es capaz de llevarnos al más remoto rincón de la realidad campesina, haciéndonos descubrir los misterios de la vida lejos del progreso de la ciudad, nunca mejor representado en la literatura española. Por otro lado, el *cazador-que-escibe* nos invita a reflexionar sobre el propio sentido de la vida, sobre la realidad y la dignidad humanas, incitándonos a participar de la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, de manera completamente desligada de dogmatismos, partidismos y muchos otros “ismos”, lo que asigna a su literatura el carácter social, distanciado de lo meramente estético, pero sin perder jamás su valor literario. Y, por medio de una escritura comprometida, Miguel Delibes aporta los instrumentos capaces de despertar nuestra conciencia colectivo-personal que nos hace no solo

pensar, sino incluso cambiar nuestra actitud ante la vida misma y tomar partido ante las circunstancias de miseria y hambre a las que muchas veces están sometidas poblaciones rurales.

En su oficio de escritor, cuya misión es “aguijonear al sistema de hoy y al de mañana”, Miguel Delibes tiene el lenguaje como uno de los principales instrumentos de crítica y denuncia social, desarrollado con una sencillez y peculiaridad sintáctica propias, capaz de atrapar al lector y hacerle reflexionar sobre la problemática del universo campesino. De ahí que, debido a la amplitud de la narrativa estudiada, indudablemente, nuestro trabajo no puede tener un punto y final, ya que nos parece más que justo ponerle un punto y aparte/seguido en nuestra investigación, una vez que al igual que Miguel Delibes, tampoco podemos dar por cerrada la gran problemática existente en la vida del campo y el campo castellanos. Por esta y no otra razón, y con el anhelo de seguir con futuras investigaciones sobre la producción literaria del escritor vallisoletano, somos conscientes de las muchas inquietudes que nos van a acompañar en investigaciones futuras, si nos referimos al porvenir del mundo rural y, aunque parezca evidente, difícilmente podremos encontrar respuestas concretas e inmediatas a cuestiones como las planteadas por el propio autor: “¿Qué mundo heredarán nuestros hijos?” Y podemos añadir: ¿Qué mundo heredarán nuestros nietos? Y, todavía, ¿Qué mundo heredarán los nietos de nuestros nietos?

Nuestros interrogantes se deben a la tan temida desaparición definitiva de la vida en el marco rural, compartida con el escritor de Castilla, lo que supondría la pérdida de tradiciones milenarias, atestiguadas en un conocimiento del medio y

sabiduría popular de un pasado remoto o cercano que, en cierto modo, han funcionado como las bases de nuestra civilización. Todo ello con el anhelo de contribuir a mantener viva y actual la producción literaria delibeana, especialmente la ambientada en el marco rural, por medio de la cual se reconstruyen no solo discursos y formas de vida campesinas, tradicionalmente marginadas ante el mundo civilizado de la urbe. En ese sentido, nuestro estudio ha pretendido ser una posibilidad más de lectura y reflexión sobre la literatura, sociedad e historia, desde la perspectiva de la producción literaria de Miguel Delibes, teniendo en cuenta la experiencia personal de quien se consideraba un “*hombre de campo con la pluma en la mano*”, actuando directa e incondicionalmente a favor de la transformación social. El escritor ha decidido salir a cuerpo abierto en defensa del campo y campesino castellanos, con una conciencia de escritor humanista, en búsqueda de ideales como igualdad, fraternidad y solidaridad.

Miguel Delibes actúa con la conciencia de la importancia de la ficción literaria como vehículo de transformación social, a través de la cual cree que es posible reflejar la realidad de una época, sin pretensión de hacer de ella un mero retrato. No obstante, por medio de la literatura el escritor trata de despertar la conciencia de que es necesario redimensionar no solo la política agraria del campo español, sino también fomentar el debate sobre la importancia del mantenimiento de la vida en el universo campesino.

Así, hemos pretendido también subrayar la figura del hombre rural, individuo que en su “inferioridad” protagoniza gran parte de la producción literaria delibeana. Este ser no “civilizado”, animalizado muchas veces por las circunstancias,

prescindible ante el mundo desarrollado del consumo, que caracteriza lo rudimentario de nuestra historia, el que no tiene voz ni vez dentro de la sociedad, aquél que está condenado a desaparecer con su cultura; el que ni siquiera molesta ni aporta, que está expuesto a la miseria y al hambre, al abandono u olvido, a las migraciones y a la indiferencia social. No obstante, son los individuos que ocupan el “trono sagrado” de la realeza literaria de Miguel Delibes, reconocido en su superioridad, subrayado en su sabiduría y conocimientos del medio, en su fortaleza y su humanidad. Por lo tanto, nuestra investigación puede ser entendida como una preocupación humana compartida con Miguel Delibes, en cuanto a la inquietud por el futuro del universo campesino, el reconocimiento de la importancia del campesino y del campo castellanos. Se trata de una tesis que en la que hemos pretendido contribuir a la actualización del debate y a la construcción de una conciencia que anhela el reconocimiento de la importancia y necesidad de mantener viva la vida en el universo campesino y que propone que el mundo rural y sus poblaciones ocupen en la pirámide social el mismo nivel de importancia que la urbe, una vez que campo y ciudad se necesitan mutuamente.

Más allá de la preocupación estético-formal de la literatura y de lo que puede parecer alabanza del mundo rural y preocupación por la problemática existente en su Castilla (rural) natal, están el compromiso con la justicia e igualdad humanas intrínsecamente ligados a la ética del escritor vallisoletano como hombre y escritor de su tiempo, que le mantiene firme en sus ideas y principios como escritor comprometido, sin vacilar en la crítica ante las injusticias sociales. De ahí que para entender la producción literaria de Miguel Delibes no podemos dejar de considerar

la experiencia personal del autor y el momento histórico en el que ha desarrollado su obra, una vez que, como hemos señalado repetidamente a lo largo de esta tesis, el escritor encuentra en la realidad gran parte de los elementos que inspiran su trabajo literario. De ahí que, sobre ello, subraye Alfonso Guerra (2003) la capacidad de la literatura de hacer una interpretación de la sociedad, metamorfoseándola, dándole forma y significado sin pretender ser una mera reproducción de la realidad.

Nuestra idea no ha sido la de agotar el debate sobre el carácter de transformación social que caracteriza las obras que forman el *corpus* de este trabajo, sino la de ocupar un escalón más en la pirámide de los estudios críticos que se ocupan de entender y difundir la producción literaria de Miguel Delibes, especialmente de las obras ambientadas en el entorno campesino. Nos hemos sumado a la reflexión sobre el papel de la literatura, a partir de lo que propone la sociología literaria y, por consiguiente, de la necesidad de una literatura comprometida. En ese sentido, al apoyarnos en la teoría y crítica literarias, optamos por relacionar siempre la temática estudiada con la historia, la sociología, la política, ejes pilares que han funcionado como las bases de nuestra reflexión en cuanto al carácter socio-artístico de la obra del escritor Miguel Delibes.

Tras analizar y subrayar el papel del escritor en el contexto histórico de la España de postguerra, ha sido posible identificar la preocupación de Miguel Delibes con el futuro de la vida en el marco rural y mostrar como el autor atestigua la estrecha relación entre la literatura y la realidad. Así, su angustia y su esperanza, junto a todo lo que ello supone, no se reflejan en su literatura como un añadido más que se interpone entre lo estético, como vehículo única y exclusivamente de

denuncia, sino que forman la esencia del texto literario como una realidad existente y necesaria, que pretende cambiar el rumbo de la historia a través de la experiencia de vida de unos personajes que, abandonados a su propia suerte, muchas veces nacen, crecen y mueren marginados por la propia historia oficial, excluidos de los bienes más elementales para la supervivencia y la dignidad humana.

Hemos observado que en la producción literaria delibeana la relación entre la ficción y la realidad se muestra a través de la historia de historias de seres que el autor subraya como los “los más perdederos”, a los que el Delibes le da toda la preferencia y protagonismo, aun siendo, muchas veces, animalizados por las circunstancias, como es el caso del Ratero, en *Las ratas*, que está obligado a cazar ratas para la supervivencia, llegando a actuar instintivamente, como un verdadero cuadrúpedo. Son seres que viven al margen de la sociedad y poco o nada aportan al mundo “civilizado” del consumo. No obstante, reúnen en su esencia un incalculable valor humano que van mucho más allá de lo meramente económico.

Para clausurar, subrayamos que esta tesis confirma nuestra intención de aportar un elemento más, una gotita de agua en el gran océano de los estudios sobre la producción literaria del escritor de Castilla y de la literatura española de postguerra, tal como dejar grabado el esfuerzo que caracteriza nuestro trabajo, en un mundo cada vez más urbano y urbanizado, cuyo resultado es fruto de mucho esfuerzo, reflexión y lectura, además de significar un gran aprendizaje y un muy placentera amplitud de descubrimientos, de experiencia y acumulado de conocimientos.

Sin duda, difícilmente hubiéramos podido avanzar en nuestra investigación prescindiendo de nuestra experiencia personal y la relación directa con el mundo rural, como los abundantes personajes de Delibes, en obras como *El camino* o *Viejas historias de Castilla la Vieja*, en las que los protagonistas Daniel, el Mochuelo, y el Isidoro provienen de un entorno campesino, entre otros; difícilmente hubiera sido tan placentero partir del centro de una experiencia no vivida, pura y esencialmente urbana, simplemente por el hecho que esta ocupa, tradicionalmente, la cumbre de la pirámide en cuanto a nivel de importancia socio-cultural de la historia, de desarrollo y, por consiguiente, de “civilización”. Con base en las aportaciones en esas experiencias personal y académica, hemos podido aceptar el reto de llevar a cabo nuestra tesis porque estábamos seguros de lo muy interesante que iba a ser, puesto que, al estar estrechamente relacionada con nuestra vida, traduce la esencia de una realidad llena de inquietud, de angustia, pero también de esperanza e ilusión. Y en la obra de Miguel Delibes hemos encontrado gran parte de respuestas para nuestras interrogaciones y gran hilo de ilusión, a partir de los aportes teóricos de la sociología literaria, la política, la historia o el lenguaje en el contexto actual, estrechamente ligados a la producción artístico-histórica y social de la obra del escritor de Castilla.

Tras reflexionar sobre el quehacer literario, no ha sido difícil observar como la ficción goza de la libertad de representar la historia y la sociedad sin tenerla que adulterar, que las cuestiones estético-sociales del texto se mezclan y se complementan. En esta perspectiva, la paradoja histórico-social y el sufrimiento humano pueden tener lugar asegurado, no de forma entrometida para servir de

adorno o denuncia, sino para darle una dimensión mucho más amplia a los hechos, sin tener que refutar necesariamente la narración histórico-oficial, que no da cuenta de lo estético y todo lo que ello supone. De ahí que la literatura de Miguel Delibes nos ha permitido llevar a cabo un estudio socio-histórico y literario sobre la representación del campo en la literatura y, por consiguiente, sobre la representación de lo humano en un mundo apartado del desarrollo de la ciudad, una realidad plagada de contradicciones, erigida entre la tradición y modificada por el advenimiento de las transformaciones aportadas por el desarrollo tecnológico y social.

A través de su producción literaria, Miguel Delibes asume el desafío de dar nuevas formas y nuevos sentidos sobre la vida y las tradiciones rurales, sobre el lugar que estas ocupan en la subjetividad y en la historia oficial. Estas aportaciones del autor son sumamente relevantes para dar a conocer y/o entender y redimensionar la problemática social que aflige al campesino castellano, estrechando y fortaleciendo la relación del texto literario con el contexto histórico, hecho que ha ocupado un lugar destacado en el *corpus* elegido para este trabajo, tal como también en gran parte de su narrativa.

Sin duda, uno de los grandes desafíos enfrentados por el escritor vallisoletano ha sido recrear y/o representar, a lo largo de su trayectoria de escritor comprometido, la realidad de su Castilla natal sin atenerse a reproducir/documentar fielmente la vida de las poblaciones campesinas, a partir de una perspectiva histórico-oficial, teniendo en su literatura un instrumento de denuncia social. Todo ello, motivado por su ingenio literario, cuyas bases están muy bien ancladas en la

libertad de creación que goza el artista, en un ese quehacer literario que encuentra en la sociedad de postguerra el terreno fértil para su desarrollo, sumada a una experiencia personal en las tierras castellanas, que le ha asignado al autor la autoridad para representar el universo campesino, yendo mucho más allá de posibles mimetismos, distando de hacer una literatura-retrato histórico-social de la vida alejada de la civilización y, por consiguiente, del progreso.

La narrativa rural de Miguel Delibes nace de la necesidad que tiene el autor de defender al campesino y el campo castellanos; de sensibilizar al lector a través del arte comprometido, despertándole la conciencia hacia la problemática existente en el universo campesino. Así, invitándole, por consiguiente, a tomar partido de la indiferencia social y del abandono al que están condenadas las poblaciones campesinas castellanas durante una de las épocas más oscuras de España, la postguerra.

El Miguel Delibes intelectual, al igual que el Miguel Delibes-cazador-que-escibe, u hombre-de-campo-con-la-pluma-en-la-mano, se hace presente a lo largo de su producción literaria con la misma intensidad, poniendo su discurso mucho más allá de lo estético, trascendiéndolo a lo social y construyendo una literatura cuyo valor estético-social ocupan el mismo *status*. En esta perspectiva, la voz con la que nos relata la problemática existente en el universo rural castellano dista de mostrarnos tan solo las angustias y los sufrimientos de los individuos, evocando su historia, su experiencia y sabiduría por medio de la peculiaridad un lenguaje literario, propio del quehacer artístico, que materias como la antropología, la filosofía, la sociología, entre otras, no alcanzan. Y, al confundirse como un personaje más de su

narrativa, el escritor-personaje se deja entrever en las persuasiones de Daniel, el Mochuelo, invitándonos a reflexionar sobre el sentido y motivación del atractivo progreso de las ciudades y todo lo que ello conlleva, a partir de una perspectiva humanístico-social, eminentemente explícita en sus ideas y anhelo de transformación social, que subrayan la necesidad de redimensionar las políticas agrarias, destinadas al campo castellano, especialmente en la década de los 50, algo más de una década después de haber cesado la guerra civil que destruyó vidas, asesinó sueños y robó esperanzas.

En ambiente rural castellano en el que se desarrollan las novelas que forman el *corpus* de nuestro trabajo, mostrado en toda su singularidad, refleja las huellas imborrables de la indiferencia social de los sistemas vigentes; está marcado por el abandono y el olvido, cargando a sus espaldas las más sórdidas consecuencias de las injusticias sociales y, por consiguiente, las desigualdades sociales que dividen la sociedad entre pobres y ricos; escenario plagado de perplejidades, marcado por la angustia y la desesperanza, cuyos individuos protagonizan los textos del escritor castellano y son, en su gran mayoría, seres que luchan única y exclusivamente por la supervivencia.

Con un realismo social eminentemente claro, Miguel Delibes decide salir a cuerpo abierto a defender al campesino y el campo castellanos, con una misión que consiste en denunciar y aguijonear al sistema, optando por una crítica social eminentemente contundente, pero sin caer en la tentación de hacer literatura didáctico-panfletaria o político-partidaria. En ese sentido, el escritor de Castilla se destaca en el escenario literario español, sabiendo equilibrar muy bien lo estético

con lo social con un singular ingenio literario, siempre atento a las cuestiones del mundo rural. Para ello, es dueño de un lenguaje cuya sencillez sintáctica combina con el cuidado de mantener vivo un amplio vocabulario rescatado del medio rural, aportando en sus textos el panorama de una realidad de la cual él es un gran conocedor, cuya experiencia personal le ha dado autoridad para “pintar Castilla”, siendo la voz de los sin voz, pasando a ser el mayor exponente de la representación de la Castilla rural en la literatura nacional.

Para finalizar, al igual que Miguel Delibes, compartimos la idea de salir *a cuerpo abierto* en defensa del campesino y del campo (no solo castellanos), teniendo en la literatura un instrumento más de denuncia de las injusticias sociales. Por otro lado, somos conscientes de importancia de no dejar desaparecer la vida en el medio rural, preocupación esta que nos ha acompañado a lo largo de nuestro trabajo, siendo uno de los principales recorridos que nos ha guiado en este esfuerzo, despertándonos todavía más el placer de investigar sobre un tema tan relevante. De este modo, al concluir esta tesis doctoral esperamos haber contribuido a la universalización del escritor de Castilla, manteniendo viva su preocupación por la problemática existente en el universo campesino, dejando abiertas las posibilidades de debates sobre los más variados enfoques sobre la narrativa social de uno de los autores más universales de la literatura española. Aquí subrayamos los sobresalientes anhelos de un escritor comprometido y lo elevamos a la cumbre de la literatura social como el mayor exponente de la representación de la Castilla rural, Miguel Delibes o el-hombre-de-campo-con-la-pluma-en-la-mano, cazador-que-escribe, y que “acertó a pintar Castilla”.

VI - REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ADORNO, Theodor W. (1962): *Notas de literatura*. Barcelona: Ariel.

ALFONSO, Juan M. (1975): *Modernización y cambio en la España rural*. Madrid: EDICUSA.

ALONSO DE LOS RÍOS, César. (1993): *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino.

ÁLVAREZ MÉNDEZ, Natalia. (2002): *Espacios Narrativos*. León: Universidad de León. Secretariado de Publicaciones y Medio Audiovisuales.

_____. (2010): "Territorios, parajes y contornos literarios: Aproximación teórica al espacio en la narrativa actual". En *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual*. Cátedra Miguel Delibes. Edición de María Pilar Celma Valero y José Ramón González. Valladolid-Nueva York, pp. 17-37

ÁLVAREZ-BLANCO, Palmar. (2010): "Para una reeducación de los sentidos: naturaleza y ficción en el siglo XXI". En *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual*. Cátedra Miguel Delibes. Edición de María Pilar Celma Valero y José Ramón González. Valladolid-Nueva York. pp. 40-53.

ARANDA PÉREZ, Francisco José (ed). (2004): *El mundo rural en la España moderna*. Ciudad Real: Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha.

AUERBACH, Erich. (1993): *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México-DF: Fondo de Cultura Económica.

AYALA, Francisco. (2001): *Recuerdos y olvidos*. Madrid: Alianza.

BACHELARD, Gastón. (1998): *La poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

BAJTIN, Mijail M. (1989): “Las formas de tiempo y del cronotopo en la novela” (Ensayos de poética histórica). En *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus. pp. 237-409

BAUDELAIRE, Charles. (1995): *El pintor de la vida moderna*. Trad. Alcira Saavedra. Murcia, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos. Librería Yerba – Cajamurcia.

BENJAMIN, Walter. (2002): *Dirección única*. Madrid, Alfaguara.

BERGSON, Henri. (1900): *Materia y memoria: ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Traducción española de Martín Navarro. Madrid: Librería de Victoriano Sánchez Suárez.

BERMAN, Marshall. (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid, Siglo XXI de España.

BORDIEU, Pierre. (1995): *Las reglas del arte: Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.

BOSI, Ecléa. (1998): *Memória e sociedade: lembranças de velho*. São Paulo: Companhia das Letras.

BOZAL, Valeriano. (1987): *Mímesis: las imágenes y las cosas*. Madrid: Visor Distribuciones – Ediciones Antonio Machado.

BRAVO, Víctor. (1993): *Los poderes de la ficción*. Caracas, Venezuela: D.R. Monte Ávila Latinoamericana.

BUCKLEY, Ramón. (2012): *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo – La biografía intelectual del gran clásico popular*. Barcelona: Ediciones Destino.

_____. (2010): “Arcadia: el espacio simbólico rural”. En *Miguel Delibes, pintor de espacios*. Ed. M^a Pilar Celma Valero. Madrid: Visor Libros, pp.13-25.

CALINESCU, Matei. (1991): *Cinco caras de la modernidad: modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*. Madrid: Tecnos.

CANDIDO, Antonio. (1997): *Os parceiros do Rio Bonito. Estudo sobre o caipira paulista e a transformação dos seus meios de vida*. São Paulo: Editora 34 Ltda.

_____. (1976): *Literatura e sociedade*. São Paulo: Nacional.

CARR, Raymond. (2010): “La sociedad española de posguerra en la novelística de Delibes”. En *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Dirigido por José Jiménez Lozano. Actas del Escorial. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, 1993, pp. 69-71.

CELMA VALERO, M^a. Pilar. (ed) (2010): *Miguel Delibes, pintor de espacios*. Madrid: Visor Libros.

CORREDERA GONZÁLEZ, María. (2010): *La guerra civil española en la novela actual. Silencio y diálogo entre generaciones*. Madrid: Iberoamericana.

CUADRADO, Agustín. (2010): “Mi idolatrado hijo Sisí: una relectura socioespacial de la novela urbana de Miguel Delibes”. En *Miguel Delibes, pintor de espacios*. Ed. M^a Pilar Celma Valero. Madrid, pp. 27-46.

DELEUZE, Gilles. (1986): *La imagen-tiempo*. Barcelona: Paidós.

DELIBES, Miguel. (2010): *Las ratas*. Barcelona: Destino.

_____. (2010): *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Madrid: Alianza Editorial.

_____. (2010): *El disputado voto del Señor Cayo*. Barcelona: Destino.

_____. (2005): *La tierra herida*. Barcelona: Destino.

_____. (2004): *España 1936-1950. Muerte y resurrección de la novela*. Barcelona: Destino.

_____. (2002): *Los diarios de Lorenzo*. Barcelona: Destino.

_____. (1999): *La hoja roja*. Barcelona: Destino.

_____. (1995): *El camino*. Barcelona: Destino.

_____. (1994): *Diario de un emigrante*. Barcelona: Destino.

_____. (1990): *Los santos inocentes*. Barcelona: Planeta.

_____. (1984): *Diario de un cazador*. Barcelona: Destino.

_____. (1980): *Con la escopeta al hombro*. Barcelona: Destino.

DÍAZ, Joaquín. (1993): "La tradición oral". En *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Dirigido por José Jiménez Lozano. Actas del Escorial. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, pp. 183-186.

DOMÍNGUEZ, Antonio Garrido (ed) (1997): *Teorías de la ficción literaria*. Compilación de textos, introducción y bibliografía. Madrid: Arco/Libros.

ECO, Umberto. (1996): *Seis paseos por los bosques narrativos*. Barcelona: Editorial Lumen, S. A.

ELIZALDE, Ignacio. (1992). "La actitud de Miguel Delibes ante la realidad". En *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Dirigido por Cristóbal Cuevas García. Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga, 12,13, 14 y 15 de noviembre de 1991. Editorial Anthropos. Barcelona, pp. 277-292.

ERAS, Pedro Carrero. (2010): "Miguel Delibes, el posfranquismo y unas cartas".

Ínsula, nº 766. Disponible en:

<http://pendientedemigracion.ucm.es/BUCM/revcul/e-learning-innova/3/art328.php>

Consultado el 18.02.2012

FRADES, Antonio Maya. (2008): *El desarrollo rural como estrategia territorial: las perspectivas de los espacios rurales en Castilla y León*. León: Universidad de León.

GARCÍA VELASCO, Antonio. (1992). "El disputado voto del señor Cayo: técnica narrativa, lenguaje y contemporaneidad". En *Miguel Delibes: El escritor, la obra y el lector*. Edición dirigida por Cristóbal Cuevas García. Congreso de literatura contemporánea. Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga 12, 13, 14 y 15 de noviembre de 1991. Anthropos. Editorial del hombre, pp. 247-255.

GIER, Daniel. (1997): *La Castilla Rural en la narrativa de postguerra*. Valladolid. Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura.

GIL CASADO, Pablo. (1975): *La novela social española*. Barcelona: Seix Barral.

GIRARD, René. (1997): *Literatura, mimesis y antropología*. Barcelona: Gedisa.

GOLDMAN, Lucien. (1967): *Para una Sociología de la novela*. Madrid: Editorial Ciencia Nueva.

GRANDES, Almudena. (2003): "Los nuevos escenarios para el compromiso social y la literatura". En *Literatura y compromiso social*. Reyes, F. B., Madrid, Visor libros: Escuela Julián Besteiro, p. 61-70.

GUERRA, Alfonso. (2003): "Literatura y social y la literatura". En *Literatura y compromiso social*. Reyes, F. B., Madrid, Visor libros: Escuela Julián Besteiro, pp. 15-25.

GUHA, Ranahit. (2002): *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona.

GULLÓN, Germán y Agnes (eds) (1974): *Teoría de la novela*. Madrid: Taurus.

GULLÓN, Germán. (1999): *La novela en libertad (Introducción a la lectura cultural de la narrativa)*. Colección Trópica, Anexos de Tropelías, 6. Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Teoría de la Literatura. Dpto. de Lingüística General e Hispánica. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.

GULLÓN, Ricardo (1980): *Espacio y novela*. Barcelona: Antoni Bosch, editor.

HABERMAS, Jurgen. (2002) “La modernidad, un proyecto incompleto”, en Foster, Hal (coord.) *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 2002.

HALBWACHS, Maurice. (2004): *La memoria colectiva*. Trad. Inés Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.

HARVEY, David (1998): *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

HUTCHEON, Linda. (1991): *Poética do pós-modernismo: história, teoria, ficção*. Rio de Janeiro: Imago.

JAMESON, Fredric. (1991): *El Posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.

LONG, María Luz. (2005): *La repercusión del conflicto del 36 en la obra de Miguel Delibes*. Madrid: Pliegos.

JIMÉNEZ LOZANO, José (1993): “Lectura privada de Miguel Delibes”. En *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Dirigido por José Jiménez Lozano. Actas del Escorial. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, pp. 19-29.

_____. (2003): “Respirando el Mundo”. En *Miguel Delibes: Homenaje académico y literario*. Ed. María Pilar Celma. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 138-144.

LAZO, Alfonso. (2008) *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*. Madrid: Editorial Síntesis.

LUCKÁS, Georg. (1996): *Sociología de la literatura*. Barcelona: Ediciones Península. (Edición original preparada por Peter Ludz).

LIMA, Luis Costa. (2006): *História, ficção, literatura*. São Paulo: Companhia das Letras.

_____. (1980): *Mimeses e modernidade*. Rio de Janeiro: Graal.

MARTÍN JIMÉNEZ, Alfonso. (2003): *Tiempo e imaginación en el texto narrativo*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

MATEO DÍEZ, Luis. (1999): *El provenir de la ficción*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.

_____. (2003): “Infancias – Una lectura de *El camino*, de Miguel Delibes”. En *Miguel Delibes: Homenaje académico y literario*. Ed. María Pilar Celma. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 108-115.

MATZAR, Wolfgang. (ed). (2007): *Espacios y discursos en la novela española – del realismo a la actualidad*. Madrid: Iberoamericana.

NEBOT, Fernando Abad. (2001): *Teoría de la novela y novela española*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

NEBRERA, Gregorio Torres. (1991): “‘Arcadia amenazada’: Modulaciones sobre un tema en la narrativa de Miguel Delibes”. En *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Dirigido por Cristóbal Cuevas García. Actas del V Congreso de Literatura Española

Contemporánea, Universidad de Málaga, 12,13, 14 y 15 de noviembre de 1991.
Barcelona: Editorial Anthropos, pp. 31-60.

ORTEGA Y GASSET, José. (1925): *Obras completas*. Tomo III. Madrid: Alianza Editorial, Revista de Occidente. Ed. 1983.

PALOMO, M^a del Pilar. (1983): *Estudios sobre Miguel Delibes*. Madrid, Universidad Complutense.

_____. (2001): “Las ratas, entre testimonio y símbolo”. *Espéculo Revista de Estudios Literarios*, 2002. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en: <http://www.ucm.es/info/especulo/delibes/ratas.html> Consulta el 12 de abril 2014.

PÉREZ DÍAZ, Víctor. (1966): *Estructura social del campo y éxodo rural*. Madrid. Editorial Tecnos.

PÉREZ DÍAZ, Víctor. (1971): *Emigración y cambio social. Procesos migratorios y vida rural en Castilla*. Barcelona. Ediciones Ariel.

REIS, Carlos. (1981) *Fundamentos y técnicas del análisis literario*. Versión española de Ángel Marcos de Dios. Biblioteca Románica Hispánica. Madrid: Gredos.

REY, Alfonso. (1993): “Tradición y originalidad en Delibes”. En *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Dirigido por José Jiménez Lozano. Actas del Escorial. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, pp. 101-109.

RODRIGUEZ PEQUEÑO, Mercedes. (2010): “El conflicto rural/urbano en el funcionamiento del espacio y en la configuración de los personajes en la narrativa de Miguel Delibes”. En *Miguel Delibes, pintor de espacios*. Ed. M^a Pilar Celma Valero. Madrid: Visor, pp. 113-127.

RUANO DE LA FUENTE, Yolanda. (1996): *Racionalidad y conciencia trágica. La modernidad según Max Weber*. Madrid, Trotta.

SAID, Edward Wadie. (2005): *Reflexiones sobre el exilio*. Trad. Ricardo García. Barcelona: Grupo Editorial Random House Mondadori.

SALCEDO, Emilio. (1986): *Miguel Delibes – Novelista de Castilla*. Valladolid, Junta de Castilla y León. Consejería de Educación y Cultura.

SAMANIEGO, Pilar de la Puente. (1986): *Castilla en Miguel Delibes*. Salamanca. Ediciones Universidad de Salamanca.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José. (1975): *La vida rural en la España del siglo XX*. Barcelona. Editorial Planeta.

SANTAELLA, Lúcia. (1995): *(Arte) & (Cultura): equívoco do elitismo*. São Paulo, Cortez.

SANZ, Benjamín G. (2000): *La Sociedad Rural de Castilla y León en el siglo XXI*. Junta de Castilla y León. Consejería de Agricultura y Ganadería.

SANZ VILLANUEVA, Santos. (1992): “Hora actual de Miguel Delibes”. En *Miguel Delibes. El escritor, la obra y el lector*. Dirigido por Cristóbal Cuevas García. Actas del V Congreso de Literatura Española Contemporánea, Universidad de Málaga, 12,13, 14 y 15 de noviembre de 1991. Barcelona: Editorial Anthropos, pp. 79-113.

SENADOR GÓMEZ, Julio. (1978): *Castilla en escombros. Los derechos del hombre y los del hambre – Las leyes, las tierras, el trigo y el hambre*. Madrid, Administración y ciudadano.

SOBEJANO, Gonzalo. (1970): “Miguel Delibes: la busca de la autenticidad”. *Novela española de nuestro tiempo*. Madrid, Prensa Española, Col. “El Soto, 10”.

TALAVERA MUÑOZ, María José. (2010): “La lengua popular del señor Cayo como reflejo de la realidad y sus variedades lingüísticas en Miguel Delibes”. En *Literatura popular e identidad cultural: Estudios sobre Folclore, Literatura y Cultura Populares en el mundo Occidental*. Jesús Cañas Murillo, Francisco Javier Grande Quejigo, José Roso Díaz (Eds.). - Cáceres: Universidad de Extremadura, págs. 2015-220.

Disponible:<http://193.147.33.53/selicup/images/stories/actascaceres/literatura.pdf>

Consultado el 18.02.2012.

TORTAJADA, José Félix Tezanos. (1984): “Cambio social y modernización en la España actual”. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, ISSN 0210, N°28, pp. 19-62.

UMBRAL, Francisco. (2003): “Lectura de *Viejas historias de Castilla la Vieja*”. En Miguel Delibes: *Homenaje académico y literario*. Ed. María Pilar Celma. Universidad de Valladolid, pp. 145-149.

TORIBIO, José Manuel Cuenca. (2004): *Historia y literatura*. Madrid, Actas.

URDIALES YUSTE, Jorge (2006). “La palabra y la imagen en el discurso popular rural de Miguel Delibes”. *Revista de folclore*, 308, pp. 39-49.

----- (2006): *Diccionario del castellano rural en la narrativa de Miguel Delibes*. León: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

UREÑA, Enrique M. (1978): *La teoría crítica de la sociedad de Habermas. La crisis de la sociedad industrializada*. Madrid, Tecnos.

VATTIMO, Gianni. (1990): *La sociedad transparente*. Barcelona, Paidós.

VILANOVA, Antonio. (1993): “Inocencia natural y conciencia moral en la obra de Miguel Delibes”. En *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Dirigido por José Jiménez Lozano. Actas

del Escorial. Cursos de verano 1991. Universidad Complutense de Madrid, 1993, pp. 31-40.

VILLANUEVA, Darío. (2003). “Seis claves para Delibes”. *Siglo XXI. Literatura y Cultura Españolas*, 1, pp. 151-173.

VILLANUEVA, Darío (1989): *El comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón: Ediciones Júcar.

VIÑÓ, Manuel García. (2005): *Teoría de la novela*. Barcelona, Anthropos.

WEB, Max. (2004): *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo*. Madrid, Alianza Editorial, S.A.

ZABIA, Cuca. (1999): *Las voces y los ecos de Miguel Delibes*. Salamanca, Junta de Castilla y León – Consejería de Educación y Cultura.